

BIBLIOTECA SELETA

MOSÉN JACINTO VERDAGUER

DIARIO DE UN PEREGRINO
A
TIERRA SANTA

TRADUCIDO AL CASTELLANO

108

CON CONSTANTINO LLOMBART

VALENCIA

Fascual Aguilar, Editor

C. Caballeros, 1

2 rs. tomo en toda España

PAV

03



PC3941

.Y4

D5

c. 10 IV

011103

Colección



1080022400

- | | | |
|---|---|------|
| 1—Viaje al rededor de mi cuarto y Excursión nocturna al rededor de mi cuarto, por J. Maistro (3.ª edición). | 1 | vol. |
| 2—Werther, por Goethe (3.ª edición). | 1 | » |
| 3—Aventuras maravillosas, por Edgard Poe (3.ª edición). | 1 | » |
| 4—Avatar, por Teófilo Gautier (4.ª edición). | 1 | » |
| 5—Leyendas de Oro, por D. T. Llorente (3.ª edición). | 1 | » |
| 6—El Endemoniado, por C. Dickens (4.ª edición). | 1 | » |
| 7—Hugo-el-Lobo, por Erekmán Chatrian (2.ª edición). | 1 | » |
| 8—Amorosas, por D. Teodoro Llorente (3.ª edición). | 1 | » |
| 9—Baladas, por Walter Scott (2.ª edición). | 1 | » |
| 10—Cántico de Nochebuena, por C. Dickens. | 1 | » |
| 11—Cuentos de los Vosgos, por E. Chatrian (2.ª edic.) | 1 | » |
| 12—Novelas Memanas y Escandinavas. | 1 | » |
| 13—Vencedor por Mme. Emilio de Girardin (2.ª edición) | 1 | » |
| 14—La Reina de Saba, por T. Bayley Aldrich (2.ª ed.) | 1 | » |
| 15—Deloras, por D. Ramón de Campoamor (nueva edición). | 1 | » |
| 16 17—El Mundo tal y como será en el año tres mil, por Emilia Souvestre (2.ª edición). | 2 | » |
| 18—El Progreso, por Emilio Souvestre. | 1 | » |
| 19—Cuentos flamencos, por E. Conscience. | 1 | » |
| 20—Dos episodios, por E. Vichert. | 1 | » |
| 21—El Título de Propiedad, por E. Eggleston. | 1 | » |
| 22—Federico el Guardabosque, por E. Chatrian. | 1 | » |
| 23—Cuentos suecos. | 1 | » |
| 24—Aventuras de un niño calavera, por Tomás Bayley Aldrich. | 1 | » |
| 25—Espirita, por Teófilo Gautier. | 1 | » |
| 26—Croquis americanos, por Bret Harie. | 1 | » |
| 27—Los pequeños poemas (1.ª serie), por D. R. de Campoamor. | 1 | » |
| 28—Doble Amor.—Margot, por Alfredo de Musset. | 1 | » |
| 29—Relatos breves, por D. Felipe Mathe. | 1 | » |

BIBLIOTECA SELECTA

LVII



LIBRERIA DE EDUCACION DE B. de la FECHA 31 DEL 5 DE ABRIL MEXICO
LIBRERIA GENERAL DE BIBLIOTECAS



MOSÉN JACINTO VERDAGUER

DIARIO DE UN PEREGRINO

A
TIERRA SANTA

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

CONSTANTINO LLOMBARTI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

VALENCIA

PASCUAL AGUILAR, EDITOR

Caballeros, 1

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

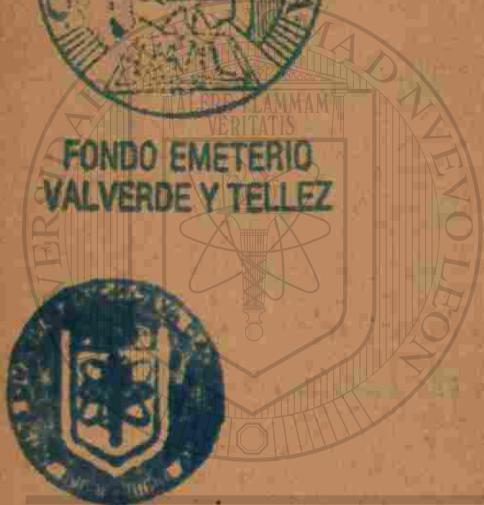
47270



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria





FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

Imp. de F. Vives Mora—Lauris, 20

Mi querida madre, que esté en el cielo, era muy inclinada á leer *El Devoto Peregrino* del P. Castillo, libro que se encontraba en todos los escaños y librerías de la llanura de Vich; oyéndole yo leer algún bonito pasaje, desde su falda, sentí nacer en mí el sueño, tan halagüeño entonces como lejano, de visitar la Tierra Santa. Aproximóse aquel lejano sueño, y gracias á Dios he podido regalarme con él durante todo el Abril y Mayo del año 1886. Los recuerdos que guardo duran más que el sueño, pues creo que serán eternos. No fui á escribir ningún libro de impresiones, como ahora es moda, por más que el presente se vea estampado, ni menos á buscar inspiraciones para ningún poema,

0111103

de luz de su divino rostro; yo guardaré aquella visión, yo conservaré aquella bella ráfaga de luz en el fondo de mi alma; yo doraré con ella mis recuerdos y engalanaré mis esperanzas; yo hilaré mis postreras canciones, y tejeré mis últimos versos, y al descender á la tumba, me agarraré á esa hebra de resplandor celestial para salir de este valle de lágrimas y subir mejor á la vida perdurable.

En un artículo crítico publicado, no hace muchos días, sobre mi último libro, *Patria*, el crítico lamentándose, tal vez con razón, de que en mis últimas obras, no determino bastante los géneros literarios, pareció dolerse de que yo dejase caer demasiadas gotas de poesía religiosa en el raudal de mi poesía patriótica. ¡Ay! ¡Cómo, sin pensarlo, me honra y me complacía con eso mi bien querido amigo! ¡Cómo le agradezco la acusación; cómo se lo agradecería todavía más si el corazón me dijese que la merezco! ¡Oh, si pudiese suavizar con el dulcísimo y adorable nombre de Dios la seca aspereza de todos mis versos! ¡Oh, si dejando aparte mi insignificancia, pudiese como otro Eliseo con un puñado de sal divina endulzar el torrente cada día más amargo y terróso de la poesía contemporánea, que descreída, sin corazón y sin alma, va dejando las alas á pedazos en el fango de la material! ¡Quién pudiera esculpir el nom-

bre de Dios allá donde quisiera! en cada roca de orillas del mar para guiar á los navegantes; en la frente de cada sierra, como una estrella que iluminase todos los valles; en el muro de las ciudades olvidadizas y en el portal de las masías olvidadas, y en cada rincón de mundo donde se llora, frecuentemente sin consuelo, y en cada húmeda boardilla donde se sufre, y en la cuna del que nace, y en el lecho del que agoniza! ¡Quién tuviese la voz de las ondas y del trueno, para hacerla sentir á la humanidad ingrata que le olvida! si al menos pudiese escribirle en un corazón! mas ya que eso es obra de Dios, tendré yo que contentarme con escribirle en este pobre y sencillo libro, demasiado sencillo y demasiado pobre para dirigirse á la tierra donde se obró nuestra santa redención.

Son notas de viaje, desnudas de estilo y de poesía, escritas á vuelo pluma y que no hubieran salido de la cartera, á no caer en las amigas manos de los Directores de *La Veu de Montserrat* y *La Il·lustració Catalana*. Ellos son la causa de esta humilde publicación; sólo su pobreza, su incorrección y todos sus defectos son míos. Acepte el lector la buena voluntad, y ayúdeme á dar gracias á Dios por haber puesto este perfumado Oasis en el camino estéril de mis ideas, y sobre todo por haberme dejado besar sus huellas en la tierra. Del perfume que recogí de

ellas, y hace ya tres años, tengo aún llena el alma y espero que ha de durarme mientras dure mi existencia. Y ¡ah! si tan dulce me ha sido contemplar las sierras y los bosques, las rocas y los monumentos que, hace dos mil años, vieron á Jesucristo, mortal y hecho hombre de dolores; si me ha sido tan grato seguir sus huellas, ya medio borradas, por los caminos pedregosos y llenos de espinas de este misable destierro, ¡qué no será verle cara á cara, inmortal y glorioso, y seguirle eternamente entre los elegidos por las floridas riberas de la verdadera patria!

Enero de 1889.



DIARIO DE UN PEREGRINO Á TIERRA SANTA

J. M. J.

En nombre de Dios y de la Virgen María, el primer día de Abril, tiempo de la gentil primavera, como diría Fray Anselmo, á las cuatro de la tarde nos embarcamos en Barcelona para Tierra Santa, hacia donde, deseoso de llegar antes que el vapor, volaba el corazón, *sumptis fidei alis*, según la frase de San Gerónimo, Así como el polo atrae á la aguja magnética, la florida pradera á las abejas sedientas de perfumes y de miel, la California atraía á los hambrientos de oro, y los grandes centros de Europa atraen á los sedientos de ciencia, vanidad y placeres, la Palestina atrae al corazón cristiano. Su aridez y desolación espantosa hacen sospechar que ya en ella posa su pie terrible

el desierto, mas aún continúa siendo la tierra de promisión deseada por el pueblo de Dios, que ya no es el linaje de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino el pueblo cristiano, formado *ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis*, que tiene su cabeza en Roma, en medio de ese ancho Occidente, hacia donde, según tradición, estaba vuelto el buen Jesús espirando en el Calvario en la hora más solemne que ha señalado el reloj de los tiempos.

El vapor *Panay* es espacioso, de 375 pies de eslora, y en uno de sus anchos departamentos pueden alojarse bien e independientemente los doce padres capuchinos, que tuvimos la buena suerte de encontrar. Van destinados por el Gobierno español á las Carolinas, siendo los primeros apóstoles que allí pondrán el pie. ¡Dichosos ellos! muchos pasajeros hay á bordo; hay ricos comerciantes, empleados del Gobierno, dignatarios de la Iglesia, militares de alta graduación, jóvenes en la flor de la vida, hombres en la cima de sus carreras; mas solo esos pobres hijos de San Francisco me causan envidia. ¡Dichosos y bien nacidos ellos! van á sembrar en un campo virgen la primera simiente del Evangelio, y á coger las primeras flores, para ofrecérselas á nuestro buen Dios y Señor, que, sin ellas saber nada, las tiene compradas con el precio de su misma sangre. ¡Qué contentos vuelan á la conquista de las almas! me recuerdan los segadores de mi tierra cuando, cantando, hajan con la hoz al hombro á segar á la marina, animados con la es-

peranza de una buena hacina; ó los jóvenes militares que he visto partir á la guerra soñando ya los laureles de la victoria. También ellos sueñan sus laureles y palmas, mas no se satisfacen con los de la tierra. Más ambiciosos que los empleados y comerciantes que les acompañan, no tienen bastante con un puñado de oro, anhelan ganancia infinita. ¡Con qué entusiasmo parten, sin saber dónde van, ni qué les espera! Van á cumplir la voluntad de Dios, y ¡qué les importa de la vida ó de la muerte! Si mueren allí, morirán como buenos soldados en el campo de batalla; si en el mar, ya tienen la fosa abierta y están con la mortaja puesta, pues los entierran con su mismo hábito y, mueran donde mueran, nada ha de dolerles, porque nada dejan en el mundo.

De la cámara del vapor, donde todos se han aposentado bien, han hecho una capilla, que por su sencillez debeles recordar la que dejaron en su convento.

En el humilde trono de rústico altar tienen un cuadro al óleo de su patrona, la Divina Pastora. Va vestida de azul como la reina del cielo, mas lleva el sombrero de palma adornado con un ramo de flores y en su diestra el cayado de pastora de las almas, que son sus místicas ovejas, á las cuales, para hacérselas más agradable, parecen haber tomado la zamorra de lana. Ella y su divino Hijo, que está sonriente sentado sobre su falda.

Fray Isidoro de Sevilla, predicando en Santa Marina de la misma ciudad, en 8 de Septiembre de 1703,

adujo aquel hermoso versículo del Cántico de los Cánticos, 1-7: *Si ignoras te, ó pulcherrima inter mulieres, egredere, et abi post vestigia gregum, et pasce hados tuos juxta tabernacula pastorum.* Habló, por primera vez en el mundo, de la Divina Pastora, y debió hacerlo en términos tan inspirados, que los sevillanos salieron del templo proclamándola á altas voces por las calles y plazas. La nueva advocación de la Virgen, no cabiendo en Andalucía, se extendió, como balsámico aroma, por Cataluña, Castilla, España y América, acompañando y haciendo dulces los trabajos apostólicos á los pobres capuchinos, que la habían tomado por Patrona de sus misiones. Ella, que les sigue amorosa á las Carolinas, haga todas aquellas almas, que no conocen á Dios, mansas ovejas de su rebaño.

8. Abril.

A las cinco de la mañana se divisaba la torre de Bourlog, hacia el medio de las anchas bocas del Nilo; tres horas después veíamos la de Damieta, que se levanta como de puntillas, sobre la costa, para alumbrar de muy lejos los barcos que hacia ella se dirigen. Solo vemos de la población los palos de los que alberga ya en su puerto y alguna vela latina que aletea á la entrada del gran río, entre la tierra y el mar. Con bastante trabajo descubrimos alguna playa á nivel de

las olas, desnuda de caseríos y de árboles. El mar en la grande extensión es verdoso y turbio por efecto de las aguas del Nilo, que nunca vienen enteramente claras, y del poco fondo del mar. Blancas y robustas gaviotas nos vienen á hablar de la tierra de Moysés, á la que nos acercamos á toda vela, y entretienen á los viajeros que la anhelan, no tanto por ser la de Moysés como por huir del balanceo de las olas, no siempre halagüeñas.

Port-Saïd, 9 Abril.

Si el Egipto es un don del Nilo, esta ciudad es la última muestra, pues acaba de nacer á la orilla de uno de sus brazos, aun cuando nada debe á su corriente, sino á la influencia del canal de Suez, del cual es ella quien tiene las llaves. La población antigua más que población, era una agrupación de miserables chozas, habitadas por los pescadores árabes; ahora es de los puertos del Mediterráneo que ven entrar banderas de más diferentes colores y una de las ciudades donde se oye más variedad de lenguajes. El pueblo habla árabe, la gente culta italiano ó francés; hay algunos ingleses y muchos griegos. Estos tienen un templo cismático y otro griego-unido. El sacerdote del segundo, como el del copto y maronita unidos, son súbditos del párroco católico, que es el simpático Guardián del convento de Franciscanos, donde nos hallamos hospedados.

La población mora está á cien pasos de la europea, mas sus usos y costumbres están á mil leguas, á pesar de los esfuerzos que hace el Gobierno egipcio por civilizarla, protegiendo nuestra santa religión, subvencionando sus ministros, estableciendo ferro-carriles y telégrafos, y haciendo adoptar á su ejército nuestras armas y uniformes. Las casas son de madera, desniveladas, torcidas, mal ventiladas y pequeñas, con rejas de confesonario á las ventanas y un *portier* corrido á la entrada para no dejar ver la suciedad interior, que no debe ser poca, á juzgar por el olor pestilencial que de ellas sale. Algunas, que tienen segundo piso, lo avanzan un par de pasos por encima de la calle, sosteniéndose con puntales ó vigas que tienen pretensiones de columnas. La escoba es un mueble desconocido dentro y fuera de las casas, y el agua que por todas partes les rodea y de que hacen frecuente uso, no les priva de ir sucios y de que lo esté todo cuanto tocan, sus vestidos, sus muebles, sus tiendas de víveres y de industria, sus calles y callejones, plazas y plazuelas en que se dividen sus laberínticos pueblos.

Los habitantes, por su alta y gallarda estatura, hánme recordado á los filisteos, vecinos no lejanos de estas tierras, y para no salir de la nuestra, los ampurdaneses, á quienes semejan por ser más altos que robustos, por su aire desenvuelto y por su lengua suelta y desligada. Pella, el historiador del Ampurdán, seguramente diría algo más. Los Felláhs ó labriegos

van vestidos de azul, color del agua que vierte la sazón y la vida en sus campos y del cielo que en ellos se refleja. (Después he visto que no es en honor del Nilo el vestirse de azul, pues es color muy usado en toda la Palestina y casi único en Samaria.) Las mujeres se cubren el rostro con una especie de careta formada por un velo negro, que les oculta la frente, y otro que les tapa la parte inferior de la cara, unidos con un cañón de oro ó de hojalata dorada con dos ó tres círculos, que feamente les cae como pequeño embudo encima de la nariz. Esto y el manto negro que llevan en la ciudad, les da más aire de fantasmas que de mujeres.

Todos los españoles que han estado en Port-Said conocen al señor Artola, único compatriota nuestro empleado en el Canal y uno de los antiguos de la empresa, pues no se ha movido desde el primer golpe de piqueta que allí se dió y, tal vez, el hombre que sabe mejor la historia; historia curiosa, dramática é interesante por demás, que tiene ya escrita y que, según entendimos, no tardará ya mucho en dar á la estampa. El, con una amabilidad toda española, nos ha enseñado los almacenes de la Empresa que están á su cargo, donde hay depositados diez mil objetos, de hierro, madera, cáñamos, etc., que se necesitan ó pueden necesitarse en la obra inmensa del Canal.

En el taller que está adjunto, trabajan 500 operarios; sus máquinas son de gran fuerza y de las últimas invenciones, destinadas todas á recomponer y

construir las dragas y vaporcitos, á reparar los vapores que salen y se escalonan cada día; los cuales en vano buscarían reparación desde Hong-Kong á Liverpool. Aquello es una colmena de abejas de Europa en el interior del desierto de África.

La draga principal, única en su género, es una maravilla. Lanza el agua terrosa, la arena y el fango 80 metros lejos. Está iluminada por tres faros eléctricos, para que pueda trabajar tanto de noche como de día, y es toda de hierro y como hecha de una sola pieza. Vista de alguna distancia y á la última luz del día, pareceme un monstruoso pelicano moviendo su enorme pico á una y otra banda de sus arenosas orillas. Esta ave mística y extraña, que veo aquí en Egipto por vez primera, ha hecho brotar esta comparación de mi pluma.

Hacia Jaffa, 11 Abril.

Decididamente el Patriarca San Francisco, amigo de los peregrinos, quiere acompañarnos á la Tierra Santa, de la que es digno y providencial guardador. Entrando en Port-Said despidiéronsenos los doce simpáticos Padres Capuchinos que vuelan á la conquista espiritual de las Carolinas; al partir, en el vapor de las Mensajerías Francesas, nos da también el «Dios os guarde» otro hijo de San Francisco, más elevado en la gerarquía de la Orden, el sabio, humilde, piadoso

y amabilísimo P. Farnesin, visitador de los conventos de Palestina. Le acompaña el venerable Fray Buccelli, conocido por su elocuencia y sus escritos. Venía abatido por una larga y penosa enfermedad y, lleno de fe, aconhortábase en medio del mar, con aquellas misteriosas palabras del Salmo 64: *Spes omnium finium terre, et in mari longé*, que desmenuzaba sabiamente, encontrando una gota de miel para su tribulación, cuando á lo lejos se vieron azulear las cimas de la anhelada tierra. *Montana Judeæ*, exclamó él, que nos hablaba en latín, señalándonoslas á la vez con el dedo.

Bajo un velo de tristes brumas que sienta muy bien á aquella tierra viuda y desolada, se nos aparece, con las primeras luces del día, la tierra prometida de Moysés, la patria del Mesías esperado y deseado por todos los pueblos, y ¡ay! solamente aquí desconocido y desechado; ¡la tierra predilecta del Altísimo! que ingrata, pagóle tanto y tan incomprensible amor con una corona de espinas y una cruz. Me agrada ver envuelta en nieblas la tierra deicida; frente, á la cual, habiendo conocido á Jesucristo, y dejádole por Mahoma, verdaderamente sienta bien un negro turbante de nubes. Mas no tarda en rasgarse la niebla retirándose en forma de negros girones que van emblanqueciéndose y disminuyendo al beso de fuego del sol de Palestina.

Jaffa, 12 Abril.

Tan pronto como echamos las áncoras al fondo, los barqueros moros, gritando, baladreando y moviendo sus brazos, como si viniesen al abordaje, asaltan el vapor por los dos costados; cojen los fardos y maletas que encuentran, tirando cada uno de cada cosa y tomándoselas de las manos como cosa propia. El derecho que se han formado sobre el bagaje hácenlo extensivo al pobre viajero, disputándosele y estirándolo uno por cada brazo, hacia sus barcas, con un ruido y gritería que ensordecen.

La buena suerte de navegar con el P. Visitador, y su grande amabilidad, hacen que tengamos sitio en la barca del convento, con tan buena compañía y la de dos PP. españoles, que vienen á buscarle al convento. Les acompañan dos genizaros, ó soldados tureos, que están al servicio de los dos conventos de Jaffa y de Jerusalem. Van vestidos de azul con ribete blanco, armados de su alfanje y de su alto bastón con porra de plata cincelada, con que delante de la comitiva hieren las losas de la calle y las escaleras del convento á la manera de las gentes de armas que figuran en nuestras solemnes procesiones de viernes Santo.

El convento, sobre cuya puerta se lee *Hospitium latinum PP. Franciscanorum Terræ Sanctæ*, es un símil de la villa, por sus subidas y bajadas, escaleras, corredores y tejados, que domina aquel puerto

lleno de escollos y aquel mar, azul como su cielo, que acaba de lanzarnos á tan encantadora playa.

El templo no tiene nada de monumental; mas, según dicen, está hecho de piedras del palacio de Herodes de Cesárea. Los ornamentos nos han hecho dudar de si estábamos en España. En el palio del altar mayor, que debe ser regalo de algún catalán, léese el nombre de Barcelona; las casullas, dalmáticas y ropa blanca son españolas, como las de gran parte de los santuarios de Tierra Santa.

En la portada del convento se ven también las armas de España, pero lo más español de la casa son los tres padres, Benito, Buenaventura y el Presidente, Casto Amado, simpático hijo de la Rioja, que habiendo servido ocho años al rey, en tiempo de Espartero, vino á servir á Dios en mejor milicia, rigiendo, hace veinte años, este convento, umbral de nuestra santa Iglesia en Palestina. Su carácter responde á su nombre de Amado, pues es el hombre más amable del mundo, y quien ama es amado. En este puerto se embarcó la Virgen yendo á Éfeso, según la venerable Agreda; 800 años antes ya se había embarcado en él Jonás, que huía de las desobediencias del Señor, por encontrar pesada para sus espaldas la misión de profeta.

Los jardines de Jaffa, que tales son sus alrededores, están verdes y ufanosos como la huerta de Valencia. Verdean los naranjos y limoneros, cargados de flores de plata y frutas de oro; las moreras al lado de los cactus y el granado que con su encarnada flor re-

cuerda la de la amapola, la flor catalana, que me gusta ver entreabierta aquí en Oriente, cuando en nuestro país aún está en capullo.

13 Abril.

A media tarde salimos de Jaffa, atravesando sus verjeles, verdadero Oasis de Palestina. A 15 minutos de camino se encuentra una fuente, al norte de la cual, á doscientos pasos, existe un cementerio abandonado, donde se cree que estaba la casa de Tabitta, resucitada por San Pedro. Allí se dirige el pueblo en romería todos los años el cuarto domingo después de Pascua.

Entramos en la inmensa llanura de Saron, celebrada en el Cántico de los Cánticos; hállase extendida entre las montañas de Judea, el Carmelo y las blancas y tristes dunas de la playa. En esa llanura Sansón incendió las mieses de los filisteos, cuyo país tenemos á mano derecha. Esas montañas viéronle triunfante y al día siguiente vergonzosamente prisionero en brazos de una mujer enemiga de su patria.

La hierba y el trigo verdean lozanamente en toda la comarca y entre ellos amarillea alguna flor que engalana también los campos de la costa catalana. Alguna cenicienta olivera perdida aquí y allá, y á escepción de algún árbol que no conozco, semejante al pino, ningún otro se descubre. Hé aquí lo

que resta de la hermosura de Saron que recuerda Isaias: *Decor Carmeli et Saron.*

Lo primero que se vé del pueblo de Ramleh, la antigua Arimathea, es la Torre de los Cuarenta Mártires. La casa de Nicodemus está convertida en capilla del templo de los PP. Franciscanos, donde he tenido la dicha de celebrar la misa. Casi todos los frailes del convento son españoles: los que no lo son, y sus sirvientes, hasta un gigantesco negro venido de la Nubia, hablan en castellano.

Desde Ramleh, donde llegamos á media tarde, fuimos á visitar á Lydda, con la buena compañía del P. Abugo, Secretario de la Custodia (hoy Custodio de Tierra Santa). A mitad del camino, bajo de un roble, vimos una familia de leprosos, que á grandes y lastimosos gritos nos pedían limosna. ¡Qué espectáculo! Ese mal terrible, desconocido entre nosotros, les vá royendo poco á poco la piel, los huesos y articulaciones, y les vá mutilando horriblemente y á cada cual de su manera. ¡Pobres! y con bastante dificultad saben el nombre de Jesucristo, el hijo de Dios, que nació en su propio país, con una sola palabra curaba los leprosos de su tiempo.

Lydda, patria y lugar donde, según la tradición, fué martirizado San Jorje, por Diocleciano, guardó mucho tiempo sus reliquias en un templo caído y levantado de sus ruinas dos ó tres veces. El actual tiene los tres ábsides y grandes fragmentos del antiguo y está reconstruido por los griegos cismáticos

que lo poseen. Acompañado por un *pope* á la cripta, que es donde nació, he orado con todo el afecto de mi alma por Cataluña, tierra querida de la que es mi patrono; por mi pueblo, donde tiene una de sus pocas ermitas, en la que celebré, acompañado de mis padres y hermanos, que ya no tengo en la tierra, mi primer misa. ¡Que el soldado glorioso de la fé toque el corazón de los guardianes de su cuna, los cuales á la sombra de la heregia duermen el sueño de la muerte!

Camino de Jerusalem.

15 de Abril.

Amoós. Restan de esta ciudad, la antigua Emmaüs, las ruínas de un gran templo dedicado á los siete hermanos Macabeos, y aquí fué donde Judas ganó la célebre batalla á Georgias, general de Antiochus.

El ábside es redondo por dentro y cuadrado por fuera, y compuesto de enormes piedras, algunas de ellas de tres metros de largo.

Satrun, pueblo vecino de Amoós, con quien, según Fray Lievin, formaban la ciudad de Nicópolis, recuerda con su nombre una tradición notable. La Sagrada

Familia cayó en este lugar en manos de una cuadrilla de ladrones. La esposa del jefe de la cuadrilla sintióse conmovida á la vista del Niño Jesús y pidió á la Virgen que en el agua donde lo bañase dejase bañar un hijo suyo leproso. Bañóle y quedó curado de la lepra del cuerpo, como más tarde con una palabra de Jesús, fué curado de la lepra del alma, ya que aquel niño fué Dimas el buen ladrón.

Lecanú cree que esto sucedió viniendo de Egipto la Sagrada Familia, de donde, según él prueba, volvieron por mar, desembarcando en Ascalon ó Jamnia. Así se explicarían las tradiciones de su pasaje por Satrun, Ramleh y Carmelo; difícil es de conciliar de otra manera.

Aquí dimos el adiós á la abierta y hermosa llanura de Saron, y empezamos á subir las montañas de Judea, digna escalinata de la ciudad santa de Jerusalem.

En el valle del Teberinto, orillas del torrente abajo, donde David cogió las cinco piedras lanzadas con la honda á la frente de Goliat, delante de una posada esperan al P. Visitador, un representante del Cónsul francés y otro del austriaco, acompañados de sus respectivos genizaros. Ellos, el dragman y los genizaros de los conventos de Jaffa y San Salvador, montan á caballo y colócanse tres por banda, delante de la carroza del P. Visitador.

Atravesamos el torrente seco del Teberinto y los cienientos parajes de este estrecho y ruinoso valle,

trepamos á las montañas que le encajan por el otro lado, y al cabo de un rato de subir y bajar por sus asperezas, se nos apareció de súbito la Ciudad Santa, que me impiden ver las lágrimas. *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem.* Bajando del caballo, nos deseubrimos y rozamos devotamente el salmo: *Lætatus sum in his que dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Heme alegrado de las palabras que se me han dicho: iremos á la casa del Señor.—Siempre me ha producido impresión este salmo de sentido misterioso y doble, mas nunca como aqui donde fué dictado. Aqui las frases que hacen referencia á los atrios de Jerusalem, á las tribus que aqui han subido, á la paz y *abundantia in terribus ejus*, no se pueden pronunciar sin que se llore; mucho más para quien, iluminado por la fe, sobre las torres y muros de esta ciudad, aún hermosa en su desolación, allá arriba entre esas blancas nubes, del azul del cielo ve descender la *nueva y resplandeciente Jerusalem* de que nos habla el capítulo XXI del Apocalipsis. Dios mío, gracias infinitas por haberme permitido ver la de la tierra, mas no es éste, nó, el fin de mi viaje; cuando llegue mi hora postrema, cuando fortalecida por el alimento de los ángeles mi alma pecadora vaya á abrir las alas, permitidme entonar por segunda vez ese divino cántico, que tantas almas puras ha acompañado en su vuelo á la celestial Jerusalem.

En el cuartel de la puerta de Jaffa los soldados

turcos presentan las armas al P. Visitador; el pueblo se agrupa en todas partes para verle pasar, y no obstante ser la mayor parte de la gente de diversa religión, le saludan con respeto.

A la entrada de San Salvador le esperan los Padres Franciscanos á la puerta, precedidos de la cruz alta y tres sacerdotes con capa pluvial. Le incensaron y, entonando el Te-Deum, acompañaronle al altar mayor. Después de orar sientase en humilde trono á la derecha del altar. El P. Custodio y todos los frailes del convento han ido á besarle la mano humildemente y él á los ordenados de presbiterado les ha devuelto afectuosamente el beso en la mejilla. Este es el primer ejército franciscano que he visto pasar ante mis ojos; son una cincuentena, los más del Mediodía de Europa, donde tienen un hogar querido, padres ó hermanos, que han dejado por seguir al Patriarca de los pobres; algunos han encanecido y enfermado, luchando bajo su glorioso pendón, entre enemigos terribles y en un clima devorador; mas ellos guardan á la Iglesia, hace seiscentos años, el sepulcro de Jesucristo.

Hacia el Jordán.

14 de Abril.

Llegamos ayer noche á Jerusalem y salimos hoy temprano, habiendo visto solamente la calle de entrada y la de salida, y el claro y espacioso templo de San Salvador, donde hemos celebrado misa. Al entrar al convento estabase organizando una caravana al Jordán y nos alistamos, preveyendo que si dejáramos escapar aquella ocasión, seguro que no volvería ya á presentársenos.

Bethania es la primera población que encontramos al perder de vista la Ciudad Santa. Rodeadas de higueras y oliveras se ven una vointena de casas, entre las cuales se enseñan las ruinas de las de Simón el Leproso y Lázaro. En ésta, Jesucristo fué acogido muchas veces por Marta y María, y en ella pronunció aquella palabra que es un resumen del Evangelio: *Una sola cosa es necesaria.*

La tumba de Lázaro es el principal monumento de Bethania. Se baja por una escalerilla de unos veinte peldaños y un vestíbulo de cuatro pasos de largo y poco menos de ancho; allí estaba la losa sepulcral, que Jesús mandó quitar antes de gritar con fuerte voz: *Lázaro, sal afuera.*

Un poco más abajo de Bethania se encuentra una roca donde María y Marta salieron al encuentro de Jesús, que iba á ver á su hermano difunto. *Si hubieseis estado aquí, le dijeron, nuestro hermano no hubiera muerto.* Mandó que le acompañasen delante de la tumba y allí lloró. «Jamás, exclama un autor, fué Dios más hombre que llorando sobre el sepulcro de su amigo: jamás el hombre fué más Dios que arrancando esa víctima á la muerte.»

No tardamos á encontrar al pie del camino bajo una roca cortada á escuadra, el Campo de la Higuera maldita. Saliendo de Bethania, Jesús, sintiendo ganas de comer, acercóse, y no encontrando más que hojas, la maldijo. Al día siguiente, pasando por allí con sus discípulos, díjole San Pedro: *Maestro, mirad cómo se ha secado la higuera que maldijisteis ayer.*

A la derecha del camino se ve en una cima el sitio donde David, fugitivo, fué maldecido por Semei.

La *Fuente de los Apóstoles* está en el fondo del valle del Sol, nombre que le cuadra perfectamente, pues no recuerdo haberlo sentido con tanto ardor, como allí, en toda mi vida.

Aquí es donde el Salvador puso la escena de la parábola del buen samaritano. En todos esos valles, collados y montañas no se ve un árbol, ni una planta, ni un brote de tomillo; la poca hierba que hay está sin verdor, agostada y como quemada por el sol.

En la vertiente de Jericó comenzamos á encontrar alguna mata de farofillo y de retoños extraños para

nosotros; mas las rocas que hasta ahora veíamos ó adivinábamos escondidas bajo una capa de tierra, salen como huesos á través de la piel.

De pronto las montañas más atormentadas y abruptas se separan, y desde un collado vemos con toda su magestuosa anchura el llano de Jericó, hermoso, verde y lleno de árboles, entre las montañas de Moab y las de Judea.

La fuente de Eliseo está á este lado de la llanura, regándola amorosamente y adornándola de una gran faja de verdor. Más que una fuente es un torrente que impetuoso brota de la tierra; sus aguas, que eran amargas, fueron dulcificadas por el profeta Eliseo, que en ella echó un vaso de sal, diciendo en nombre de Jehovah: «Yo he purificado esa agua y la muerte y la esterilidad no saldrán ya más de ella.»

Al O. de la fuente hay una montañita, formada por las ruinas de la antigua Jericó.

Desde allí nos dirigimos á la montaña de la Cuarentena, de enhiesta y áspera subida. Oramos en la cueva donde oró Jesucristo por espacio de cuarenta días, y después espaciamos la vista desde aquel balcón de roca, que produce en la cabeza el vértigo. El panorama es inmenso y de un género á que los occidentales no estamos acostumbrados. Las rocas del alrededor están huecas, y en esas cuevas vivían, según San Gerónimo, siete vírgenes, cada cual en la suya. Cuando moría una de ellas tapiaban su celda, que le

servía de tumba, y abrían una nueva cueva para otra virgen.

Cósroes puso en manos de estas vírgenes la palma del martirio.

Una bandada de palomos del bosque que pasaba por delante de ese extraño asceterio, me ha hecho recordar el blanco grupo de sus almas al levantar el vuelo con sus palmas y lirios del paraíso.

El amable solitario griego que vive en la cueva consagrada por Jesucristo, convertida hace muchos siglos en santuario, no tiene otra compañía que la de algún manso mirlo, que vuela desde San Sabas, como para llevarle nuevas de sus compañeros de vida eremítica.

Jericó, la ciudad de las palmas, la que Josué hizo caer después de haberla rodeado siete veces al són de las trompetas, pronunciando después esta terrible maldición: «Maldito sea delante del Señor el hombre que vuelva á edificar esta ciudad,» no ha vuelto á levantarse más. No hace mucho hemos encontrado su cadáver, ó mejor dicho, el polvo de su cadáver mal amontonado al pié de la montaña de la Cuarentena. Sus bosques de caña de azúcar y de palmeras, sus balsaminas, y su Rosa por las divinas letras celebrada, se han secado, y aquellos antiguos jardines se han convertido en un desierto, bien que no tan árido como el resto de Palestina, por hallarse entre el Jordán y la fuente de Eliseo.

La Jericó de hoy está situada á dos horas de la

primitiva y no se le parece en nada. Más que una villa es un grupo de cabañas de rocas y fango, donde viven trescientos beduinos medio desnudos y de aspecto salvaje. He visto alguna mujer que llevaba un botoncito clavado á la nariz y hasta un huesecito en una de sus fosas. Las criaturas iban completamente desharapadas ó desnudas.

Entre las aves dícese que está el mirlo de Mar-Saba y el ruiseñor de Palestina; entre las plantas la *Spina Christi*, árbol regular, el árbol de Sodoma y la adelfa.

La flor que hoy lleva el nombre de Rosa de Jericó ha sido encontrada por Fray Lievin en la montaña de la Cuarentena, y poseemos un ejemplar de que nos hizo presente él mismo. Ábrese instantáneamente en el agua.

A las diez de la noche partimos de Jericó hacia las orillas del Jordán; la larga caravana es con frecuencia desorganizada, sobre todo al llegar á la arboleda, que hace más negra la obscuridad de la noche, pero á gritos y alaridos nos volvemos á reunir. Al llegar á Guilgal ó Galgala empezaba á apuntar el día. Aquí los Israelitas acamparon después de pasar el Jordán y levantaron doce piedras en eterna memoria de tan venturoso paso.

Por aquí se ven las ruinas de un antiguo convento de San Juan.

Llegamos al término de la peregrinación. El Jordán corre suavemente detrás de esos sauces y tamarindos.

Según la tradición (y aquí copiamos á Fray Lievin, que lo ha estudiado bien) en este lugar los Israelitas, cuando entraron en la tierra prometida, atravesaron el Jordán á pie enjuto, mientras las aguas de abajo se deslizaban hacia el Mar Muerto, y las otras se levantaban y formaban como una montaña desde el valle de Adán hasta Sorthan.

En este mismo sitio Elías, debiendo pasar á la otra banda del Jordán, donde iba á ser arrebatado en un carro de fuego, hirió el agua con su manto y lo atravesó á pie enjuto en compañía de Eliseo. El Profeta, al desaparecer, dejó caer su manto. Recojóle Eliseo, y de regreso al Jordán, hirió con él las aguas del río, como había visto hacerlo á Elías; mas ellas no se dividieron. Entonces Eliseo dijo: «¿Dónde está ahora el Dios de Elías?» é hiriendo segunda vez las aguas se obedecieron y abrieronle paso.

David, perseguido por Absalón, atravesó el Jordán acompañado de sus fieles servidores.

Naaman, capitán de la armada siria, estando cubierto de lepra, vino, por orden de Eliseo, á bañarse en el Jordán y sanó. El mismo Profeta hizo subir á la superficie de las aguas del río una cuña de hierro que un niño derribando un árbol había dejado caer.

Una tradición no interrumpida designa este lugar como el sitio en que San Juan predicó la penitencia y bautizó á Nuestro Señor Jesucristo.

Aquí, el día 15, á la salida del sol tuve la dicha

de celebrar la santa misa conmemorativa de este pasaje con el Evangelio de San Juan. *Vidit Joannes Jesum venientem ad se, et ait: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.*

La impresión que producen las grandes frases del Evangelio en el lugar de la misma escena, es superior á toda ponderación. Cien veces he dicho en mi viaje lo que he dicho ahora mirándome en las aguas del río sagrado. Solamente por leer este Evangelio aquí, doy por bien empleado el viaje y doy las gracias al Todopoderoso.

Un poco más abajo, en la espesura de los árboles que hay á orillas del Jordán, he oído cantar á un ruiseñor, el único que he escuchado en Palestina. Algún escritor ha comparado al Nilo el Jordán, restando por todas partes en los primitivos tiempos esa honda llanura que la Sagrada Escritura compara al Egipto, diciendo que era un valle fértil y un jardín del Señor. Mas sus crímenes horribles hicieron llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del cielo. Entonces Abraham, levantándose del sitio donde estaba entretenido con el Señor, miró á Sodoma y Gomorra y en todo el país del alrededor vió una espesa humareda como la de un horno que se levantaba de la tierra. «Incrédulos ó escépticos, á nuestra llegada al Mar Muerto, dice un sabio, director de la Misión americana de exploración, después de veintidos días de un riguroso examen, hemos proclamado unánime-

mente la verdad de lo que dice la Biblia sobre la destrucción de las ciudades de esta llanura.»

El valle del Mar Muerto es la depresión más honda que se conoce en la superficie de la tierra; está 171 metros más bajo que Jerusalem, de manera que el camino por donde hemos venido es una continua bajada: hállase á 393 metros bajo el nivel del Mediterráneo, lo cual, unido á la hondura media de sus aguas, que es de 225 metros, hace que la depresión total sea de unos 790 metros.

La tumba de cinco ciudades como Pentápolis, había de ser más grande que la tumba de un hombre; había de ser más ancha que la tumba de una familia ó de una parroquia; se había de enterrar en ella á los hombres y las bestias, las casas, los campos, bosques y jardines; sus templos y sus divinidades; sobre todo, habían de caber en ella sus monstruosos vicios y su orgullo.

Sus aguas son amarguisimas, como si fuesen lágrimas de desesperación de la gran victima enterrada allí en vida, y en sus orillas, sin una hierba ni una avecilla, solitarias, desnudas, áridas y secas, sembradas de negras piedras de asfalto que huelen á azufre, se siente el hedor, la soledad, la tristeza y el terror de la tumba.

San Sabas, 15 Abril.

Medio monasterio, medio fortaleza, rodeado de altas y fuertes murallas, San Sabas siéntase en la pendiente de una profunda y áspera garganta, al fondo de la cual, corre anguileando el torrente Cedrón, hoy, como casi siempre, sin una gota de agua.

Todo accidente de esta montaña ofrece un piadoso descanso á los cincuenta monjes que la habitan. A mitad de la pendiente, en un rellano sostenido por enormes botareles, se levanta la iglesia en forma de cruz griega. Su ornamentación es riquísima, mas sin arte. Dos grandes lámparas de plata iluminan el presbiterio, en cuyas paredes no caben los sencillos cuadros modernos al estilo del siglo XIII.

Delante de la iglesia se levanta un pequeño octógono, llamado la Tumba de San Sabas, y un poco más lejos, en la misma montaña, hállase la cueva-capilla de San Nicolás. La adornan algunos retablos antiguos, uno de ellos representando la horrible mantanza de anacoretas en tiempo de Cósroes, cerca de un rimero de cráneos y reliquias que blanquean detrás de una reja.

Después de visitar la capilla que fué habitación y tumba de San Juan Damasceno, pasamos á la cueva de San Sabas, denominada también del León. Habiendo salido un día el Santo penitente, entró un león á ocuparla. Volvió San Sabas rezando, y como quien

mal no hace mal no piensa, después de cerrar el libro quedóse durmiendo. El león, queriendo ser dueño de la cueva, cogióle por el hábito y arrastróle hacia fuera. El Santo despertóse, entró de nuevo en la gruta y reanudó su rezo. Habiéndose vuelto á dormir, otra vez fué arrastrado al exterior de la cueva. Entonces el Santo, dirigiéndose al molesto animal, díjole:—¿No es bastante capaz la cueva para los dos?—La fiera, haciéndose cargo de la razón, retiróse mansamente á donde el Santo le indicó, y habitaron los dos en buena compañía.

Uno de los pocos árboles que allí se ven es una vieja palmera, que, según tradición, fué plantada por San Sabas.

Algunos de los monjes viven en pequeñas grutas, donde no hay más que una cruz de madera y una estera de palma; á uno de ellos, hace cuarenta años que no se le ha visto fuera de ella, sino para ir á la iglesia ó al refectorio. Viven en la más áspera penitencia, teniendo prohibida la carne todos los días del año, y levantándose á cantar maitines, al són de una gruesa plancha de bronce sostenida por dos cadenas de hierro, á la una de la noche, como es estilo de la Orden de San Basilio, que es la que profesan. Las aves del cielo, con las que deben tratar únicamente durante nueve meses del año, bajan á tomar las migas de pan en sus descarnadas manos, como yo mismo he visto, haciéndome recordar con dulce melancolía á nuestros ermitaños de Montserrat, los cuales

hacían descender del cielo, con más puras plegarias, no solamente á las cantadoras avecillas, sino á los mismos ángeles.

No obstante, no es oro todo lo que reluce; la pobreza monástica reina en San Sabas, mas no falta quien tiene abundante dinero, pues cada cual tiene su peculio aparte y derecho de comprar y vender por su propia cuenta. Algunos, cada vez que pasa una peregrinación, salen y forman delante de la puerta, sobre una estera, su despacho de cuadritos sencillamente pintados, medallas, bastones y cucharas. Esto parece y realmente es poca cosa, mas revela que en los monasterios cismáticos no existe la comunidad de bienes, y sin ella, por más virtud y penitencia que haya, es una ilusión la vida monástica.

¡Qué diferente sería esta humilde Tebayda antes de la degollación de sus ermitaños por las tropas de Cósroes! ¡Qué coro de alabanzas alzarían, cada mañana, los cuatro mil anacoretas, que, según Quaresmius, la habitaban, y los diez mil que animaban las cuevas que, una al lado de la otra, como celdas de un panal, se veían vacías á uno y otro lado de la arroyada, hasta quién sabe dónde, sirviendo hoy de madrigueras á las zorras y chacales! ¡Los murmurios profundos y lejanos de las sagradas aguas del Cedrón, que divide esa mística región, como el torrente de Santa María dividía en dos la Tebas y Tebayda de Montserrat, con cuyas oraciones y cánticos tan puros y aromosos se elevarían al trono del Altísimo! ¡De cada planta brota-

ría una ola de perfume, de cada roca un suspiro de amor, de cada corazón una estancia del himno más bello y armonioso que haya surgido de la tierra!

Desiertas celdas, dónde las abejas volaron,
Que, como los panales sin mieles, os dejaron?
Nidos de golondrina suspendidos del cielo,
¿Dónde, vuestras nidadas, levantaron el vuelo?

16 Abril.

Partida de San Sabas, celebración en el altar de la Magdalena en el Santo Sepulcro.

A las dos de la tarde somos convidados á ver pasar la peregrinación de los moros á Nebi-Mussa, antiguo convento fundado por San Euthimio, donde una leyenda arabesca coloca la tumba de Moisés. Dice que Dios le prometió alargarle la vida hasta que él mismo se metiese en la tumba. Pasaron años y más años, se hizo viejo y más viejo, y como nunca se metía en la tumba, nunca se moría. Una vez pasando por esa montaña en el resistero del sol, entró á reposar en una cueva, la cual ignoraba él que en otro tiempo había servido de tumba. El ángel de la muerte, que hacía años ya seguía sus huellas, al verle dentro de la cueva, cerró la entrada y Moisés quedó en ella enterrado.

La verdadera tumba del legislador de los judíos

está en el monte Nebo, á la otra banda del Jordán, según testimonio de la Biblia; mas un santón, que no quería ir tan lejos, levantóse una mañana diciendo que Mahoma se le había aparecido aquella noche revelándole que el sepulcro de Moysés no estaba en el monte Nebo sino en el Nebi-Mussa. Desde entonces cada año celébrase una romería, que dura ocho dias, quedándose los peregrinos en la montaña, los ricos en hermosas tiendas, y los pobres al sol y á la serena.

El espectáculo de la partida es verdaderamente imponente. Dos horas antes, la puerta de San Esteban ha estado vomitando espectadores que se colocan entre ella y la Montaña de las Olivas, en las dos vertientes del valle de Josafat. Las cimas de las torres, las almenadas murallas, las ventanas y tejados de las vecinas casas, las paredes de los campos, los desiguales márgenes del camino, todo está convertido en un hormiguero de gente curiosa, que, vestida de fiesta, ha salido á despedirse de los que, más venturosos, van á la gran romería.

Precede á la comitiva un escuadrón de caballería vestido á la europea; á no ser por el birrete egipcio, que no estamos acostumbrados á ver sobre testas bautizadas y la media luna que luce en las chapas de hierro de los cinturones y en los botones de sus casacas, dudáramos que fuese caballería mora. Detrás de ella viene la infantería y algunos prohombres de Jerusalem ricamente vestidos. Al són de la música de regimiento, que toca aires extrañísimos para nosotros,

pasan pendones y banderas muy parecidos á los de nuestras procesiones, y muy cerca de ellas unos cuantos espantables cantores haciendo muecas y contorsiones, y cantando, en medio, de una manera desapaible y estridente. Sin orden ni concierto pasan hombres ricos á caballo, pobres á pie con sus mujeres y familias, y en medio de otra agrupación de peregrinos, viene el gran santón de la mezquita de Omar, vestido de túnica, manto y turbante verde, luciendo en sus manos un terrible mandoble, que con un pequeño golpe podría abrir la cabeza á un hombre. Hé aquí las insignias de la santidad para esa raza fanática, sorda y ciega; rebaño de hombres que el profeta Mahoma une á su carro en su triunfo á través del Africa, el Asia y la Europa.

Las dos ó tres charangas que siguen á la comitiva, compónense de bombos, que tocan con dos mactas una á cada lado del atronador instrumento, y dos ó tres pares de platos de sonido cascado, que ensordecerían las piedras. Ahoga de vez en cuando este desconcierto y algazara un fuerte cañonazo.

En los peregrinos como en los espectadores ¡qué variedad y hermosura de trajes, aun cuando muchos están llenos de remiendos y aun rasgados! ¡Qué cosecha para nuestros pintores y artistas que, hambrientos de belleza, han de desayunarse con la vista del napolitano que toca el arpa ó del pastor que baja de los Pirineos á bailar el oso en las plazas de Barcelona!

Los mahometanos parten á la romería con toda

su fé y entusiasmo primitivos. No se vé sombrear en sus frentes ninguna nube de duda: ellos de nada dudan. Nada importa que toda la Palestina conozca otra tumba de Moysés, que es la única y verdadera, nada importa, como si no se hubiese dicho ni escrito una palabra en contra; lo afirmó un santón al levantarse de la cama, y aun cuando no lo acompañase con ninguna razón ni testimonio, aun cuando no fuese una verdad de las escritas en el Corán, fué aceptada por unanimidad sin sospecha: los árabes no sospechan. Su fé es ciega, tan ciega que no quiere ver, y acepta de la misma manera lo que tiene razón de ser que lo que evidentemente es contra toda razón.

Cuando Mahoma les prohibió la discusión con los cristianos sobre materias de religión, supo lo que se hizo; como hombre de gran talento y gran previsión debió conocer que no era bastante fuerte la obra que fundaba para ponerla en peligro: el mahometismo, como ciertas aves que hoyen de la luz, necesita la noche de la ignorancia para vivir, es una niebla que se desharia y se evaporaría si se expusiese á la luz del sol de Jesucristo.

Bethleem, 18 Abril.

Sobradamente buena es la carretera que conduce al viajero desde Jerusalem, haciendo desear el viejo camino que anguleaba por viñedos y jardines, encajonado entre dos márgenes guarnecidas de azabaras y

rosales. Estaba cual empedrado, lleno de guijarros, desigual y abarrancado; mas, guardaba las huellas sagradas de David y Salomón, y las todavía más sagradas de Jesús, Joseph y Maria, que en más de una ocasión debieron transitarlo.

Una tradición nos presenta á la Sagrada Familia á la mitad del camino, reposando á la sombra de un teberinto, que se inclinó respetuosamente ante el divino Infante, formándole con sus ramas un sombrío dosel. Los peregrinos no pasaban nunca sin abrazar y besar el dichoso árbol, y guardaban sus hojas y corteza como reliquias, hasta que, disgustado el moro dueño del campo, un dia que se levantó de mal humor cogió un hacha y lo hizo leña. En el mismo sitio una cristiana mano ha plantado otro teberinto que, dentro de algunos años, brindará con su sombra á los peregrinos recordándoles tan bella y piadosa tradición.

Al pié de la montañita que corona el monasterio de San Elías, encuéntrase el pozo de los Tres Reyes, donde se les apareció de nuevo la Estrella, que se les habia ocultado al entrar en Jerusalem. Estamos al extremo de la llanura de Rafaim ó de los Gigantes, donde David batió dos veces á los filisteos y quemó sus ídolos.

Desde aqui se vé aún el Santo Sepulero y el monte de las Olivas, mas *transeamus usque ad Bethleem*, ciudad que nuestros ojos ven por vez primera, blanca, resplandeciente y colocada en una cima como la gloriosa corona de Judea.

A mano derecha del camino encontramos á poco la hermosa tumba de Raquel, que nos recuerda la degollación de los inocentes con aquella frase tan bella y tan triste de Jeremías: *Vox in Rama audita est; Rachel plorans filios suos et noluit consolari quia non sunt.*

Bethleem ó Beit-Lehem, como la denominan siempre los del país, es una ciudad cristiana, más bien católica. La cruz no se esconde delante de la media luna, como en Jerusalem, sino que se alza magestuosa, se multiplica y, como en nuestros antiguos pueblos, pónese como un signo sagrado sobre la puerta de las casas y sobre el pecho de las bethlemitas. Ya al llegar se siente la civilizadora influencia cristiana, la gente no se aparta asombrada, ni nos mira con ojos de lástima y menosprecio, sino que por el contrario, nos envía en su mayor parte un afectuoso «guárdeos Dios» en su lengua, un *buena sera ó bon soir* que nos roba el corazón. La sonrisa que asoma en todos los labios, dicen que estamos entre hermanos; y no sólo nos sonríe la gente, sino las ventanas abiertas, las huertas llenas de verdor, las calles llenas de transeuntes, los árboles, la ciudad, el buen Jesús y todo, hasta el mismo cielo.

Hoy es domingo y no hay para qué decir que la gente está endomingada. Los hombres llevan turbante de seda de varios colores, entre los que domina el amarillo, y túnica listada de rojo, y sobre ella un abrigo semejante á nuestro gambeto, negro con rayas

blancas de arriba á abajo; llévanlo sencillamente puesto sobre las espaldas sin meter los brazos en las mangas. Los niños usan gorrita egipcia, túnica rayada de encarnado, y no llevan gambetos sino cuando ya son mayorcitos. El traje de las bethlemitas es todavía más original y rico. Estrecha túnica azul listada, apellado de seda bermeja con rayas de otros colores y con dibujos árabes al cuello y pecho. Dejan colgar espalda abajo el blanco velo de las musulmanas, que sobre su cabeza, por efecto de algún especial postizo, toma la forma de una corona suavemente inclinada hacia atrás. Con este traje, ayudado de un aire noble y reposado, hacen recordar algunas antiguas pinturas de la Madra de Dios.

Las jóvenes solteras ciñen su frente con una sarta de pequeñas monedas de plata ó de oro, y unen bajo la barba las dos puntas del velo con cadenas también de plata, y más frecuentemente con unos colgantes de medias pesetas ó escudos de oro, que les caen en artístico desorden, jugando, moviéndose y resonando sobre su pecho. El vestido de las niñas de pocos años todavía es más agraciado y bonito: suprimen el apellado, y si lo llevan es corto hasta la cintura y colorado con rayas negras y azules. La túnica es azul también, rayada de encarnado y verde y ceñida con faja colorada. Sobre el pecho ostentan un cuadrado rojizo de bellissimo dibujo que recuerda el ephod de los sacerdotes hebreos.

Los niños católicos besan la mano á los sacerdo-

tes, y la posan después con humildad sobre su frente, como pidiendo la bendición. Quiero notar aquí, y esto nos lo cuenta un venerable religioso, que cuando nace un niño en Bethleem, sus padres cristianos, y hasta moros y todo, lo tienen ocho días tendido sobre la paja, en un pequeño lecho que expresamente le hacen, á imitación del de Jesús.

La Cueva.—Acabo de entrar en la Sagrada Cueva del Señor; mis ojos han visto lo que mi corazón soñaba desde que estoy en el mundo. ¡Con qué recogimiento se arrodilla uno en aquellas losas donde los pastores y los ángeles se arrodillaron la noche de Navidad! ¡Con qué fruición se posan los labios donde el buen Jesús puso los pies al llegar á la tierra! ¡Cómo fluyen aquí las lágrimas, aquí donde el mismo Dios hecho hombre derramó las primeras de sus ojos! El sitio donde nació está cubierto de mármol y rodeado de una plancha de plata en forma de estrella, con estas palabras que hacen saltar el corazón de alegría: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*

La sagrada Cueva es de unos 12 metros de largo por 4 de ancho; está cubierta de mármoles y damascos que hacen desear la desnuda roca. Está llena de mística obscuridad, interrumpida por 32 lámparas que derraman una luz semejante, según Schubert, á la de la luna en una noche de primavera, ó mejor aún, á la claridad de aquella bendita noche de la cual nació el más hermoso día que vieron los siglos.

Una cosa entristece en este primer santuario de Jesucristo, y es que en el lugar donde nació, solamente su verdadera Iglesia se vé privada de celebrar los divinos sacrificios. Dos días he tenido yo la suerte de celebrar en el altar del Pesebre, que está á cuatro pasos; mas, por ser Semana Santa, no he podido decir la Misa votiva de este sagrado lugar, sino la de Pasión. El sitio era el de la noche de Navidad; estaba en la misma cueva que eligió por palacio el divino Mesías. Su Madre Santísima y San José hacíanle compañía en aquel antro; venían los pastores de aquella comarca y los Reyes del Oriente á adorarle; los ángeles cantaban *Gloria in excelsis Deo*; mi corazón y mis labios iban también á cantarlo, mas en el misal no leía mas que frases de dolor y de tristeza. El teatro es del Nacimiento, mas ¡ay! ¡los días son del Calvario!

La Cueva del Nacimiento se dilata y ramifica bajo la peña formando otras cuevas, donde la tradición encuentra otros recuerdos. La capilla de San José, la de los Santos Inocentes, las tumbas de Santa Paula y de San Eustaquio, la tumba de San Gerónimo, y oratorio donde el Santo se entregaba á la contemplación y al estudio. En el jardín del convento enseñase un naranjo plantado por él, no muy lejos de la escuela donde enseñaba á los niños.

Cueva de la Leche.—Está un poco apartada del convento y convertida en capilla. En ella, según la tradición, refugióse la Virgen en los primeros días de la persecución de Herodes. Amamantando al buen

Jesús, dejó caer en tierra algunas gotas de leche, de la cual tomó el color y la virtud de darla á las nodrizas que no la tienen. Tómanla con este fin las beduinas como las cismáticas, las moras como las católicas. Allí á la orilla hállase la *Cisterna de María*. Cuentan que una mujer sacaba agua cuando acertó á pasar la Virgen que, viniendo de lejos y sedienta, pidióle de beber, y se lo negó; las aguas, que estaban hondas, fueron entonces subiendo, subiendo, hasta que la Virgen pudo apagar su sed.

Cueva de los pastores. — Hállase á quince minutos de Bethléem, bajo la costa donde está sentada la ciudad, en un campo llamado de Booz por haber acaecido en él el idilio de Ruth, la Moabita. Allí estaban los pastores, cuando el Ángel se les apareció diciéndoles: *Nolite timere. Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator qui est Christus Dominus, in civitate David. Et hoc vobis signum: Invenietis infantem pannis involutum; et positum in præsepio. Et subito facta est cum angelo multitudo milicie celestis, laudantium Deum et dicentium: Gloria in altissimis Deo; et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* «No tengais miedo, que os traigo nueva que será de grande alegría para todo el mundo. Y es que nos ha nacido Jesucristo el Salvador, en la ciudad de David. Y esta será la señal: hallareis al Infante empañado y puesto en un pesebre. Al mis-

mo tiempo unióse al Ángel una gran milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo más alto del cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» (S. Lucas, capítulo II.)

Hebrón, 19 Abril.

Dejamos al amanecer la tierra de los pastores, donde nació el Hijo de David, que había de ser el Pastor de todos los pueblos, para ir á visitar la tierra de los patriarcas, sus antepasados en cuanto á hombre. El camino pedregoso anguleaba por entre pequeñas montañas sin árboles, mas no sin hierba y musgo que verdea y con su gentil floridez parece querer esconder los huesos de la tierra. Al pié del camino brota, muy delgada, la fuente Ain-diroueh, donde, según probabilidades, San Felipe bautizó al Eunuco de la reina de Etiopía.

Kherbet en-Nassara (ruinas de los cristianos) llevaba en algún tiempo el nombre de pueblo de María, por haber pasado por allí una noche la Madre de Dios yendo á Egipto.

Hermosos viñedos y oliverales nos acompañan á las puertas de la ciudad de Hebrón, que yace en el fondo de un valle, entre dos montañas, á la orilla de un torrente que se precipita.

Su gran monumento es la Mezquita de Abraham, que nos hubimos de contentar mirándola por fuera,

menos afortunados que nuestro compatriota Aly-Bey, el primer europeo que en ella entró, y de la cual hizo una descripción completa. Allí está la Cueva de Makpelah, que Abraham compró para enterrar el cuerpo de su esposa Sara, haciendo de ella después su sepulcro y el de toda su familia.

Son notables los cenotafios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de su esposa Rebeca.

Desde encima de la Mezquita echamos un vistazo á la Villa, que parece un rimero de casas que se levantan unas sobre las otras para acerearse á la mezquita principal. Las calles son, no es necesario decirlo, tortuosas, llenas de suciedad y de piedras, y tan pronto se abren como un campo á la luz del día, como se cierran bajo una negra bóveda que se hunde, convertidas en pestilentes y oscuras cloacas. Los habitantes, que son tan fanáticos como activos é industriosos, no miran con buenos ojos á los perros cristianos, que así poco cariñosamente nos denominan, y á no ser por el *bakchiche*, siempre simpático al oriental, nos sacarían de la ciudad de los patriarcas á puntapiés como á los perros.

Una antigua tradición hace de esa comarca la cuna y el sepulcro de Adam. Habitáronla los Enacitas, gigantes hijos de Enach, que fueron destruidos por Josué. Mas el nombre glorioso que aún la llena toda es el de Abraham. Cuando, por mandamiento del Señor, salió de Caldea, «Plegó su tienda y fué á vivir cerca del valle de Mambré, que está en

Hebron» (Gen. XIII, 18). Allí se le aparecieron los tres ángeles en figura humana. «Os traeré agua, les dijo Abraham, os lavaréis los pies y reposaréis á la sombra de ese árbol.» Ese árbol, según algunos autores, es la actual *Encina de Mambré* ó de Abraham.

Tiene siete metros de circunferencia, y en las sinuosidades de su soberbio tronco puede ocultarse un hombre como una lagartija en la corteza de un sarmiento. El tronco, que no es muy alto, se abre en tres ramas que se levantan cada una como un árbol gigantesco; mas una de ellas está ya muerta, y la hojosa copada, digna corona del valle, empieza á descantillarse. Su altísima cima se seca, y, sin ser profeta, se puede asegurar que el único gigante que resta de los tiempos de Enach, no tardará á caer. Sus bellotas son diferentes de las de Europa. Su cáscara es más gruesa y su fruto pequeño y más difícil de sacar. Una niña mahometana ha venido á ofrecerme una, pidiéndome *bakchiche*, y yo además le he dado una medallita de la Virgen, que le ha enseñado á su padre, el cual conociéndola ha dicho: Miriam.

Hortus conclusus.—Volviendo desde el valle de Hebrón á Bethleem, como si dijésemos desde la tumba de Abraham á la cuna de Jesús, pasamos á saludar en Ras-el-Ain (*Fons Signatus*) la imagen de Salomón, peldañó digno de la escalera de la divina historia. Es de quince escalones la que baja á la Fuente Sellada, todavía hoy cerrada con dos piedras,

que para entrar se levantan. Sus aguas son abundosas y dulcísimas y todavía hacíamelas á mi más dulces el verso del Cántico de los Cánticos, que con ellas sabereaba: *Hortus conclusus soror mea sponsa, hortus conclusus, fons signatus*. Para hacérsela suya y protegerla, levantaron los cruzados en su orilla un enorme castillo y hospicio, coronado de almenadas murallas que se desmoronan.

Bajo ese hospicio, en el valle, cavados en la roca viva y rodeados de pared se ven los Estanques ó Piscinas de Salomón. El más alto derrama sus aguas, que recibe del *Fons Signatus*, en el segundo, y el segundo en el tercero, como en los estanques de Tristanya, en la parte de arriba del valle de Ordino, en Andorra. El inferior y más grande es de 177 metros de largo, de 82 de ancho, por 15 de profundidad. Su autor mismo menciona esas balsas en el Eclesiastes: «*Me hice huertos y jardines y plantíos de árboles de toda clase é hice estanques para regar los árboles que nacían.*»

Este bosque, por otro nombre *Hortus Conclusus*, está más abajo, cerrado entre dos montañas paralelas, y todavía merece entre los árabes el nombre de Jardines de Salomón. Según testimonio de Josefo, «*Aquí tenía costumbre de venir al romper el alba, saliendo de Jerusalem, escoltado por sus guardias armados de ballestas, montado en su carroza y vestido de blanco.*» Aquí tenía su palacio de verano, de que parece hacer mención el Eclesiastes (cap. II, v. 4),

y aquí compuso en una hora de inspiración divina que no ha tenido igual antes ni después de él, en ningún pueblo de la tierra, el misterioso Cántico de los Cánticos, desesperación de la poesía amorosa terrenal, que no tiene alas para volar tanto y tan alto, fuente sin origen de la poesía mística de todas las literaturas. Todos los epitalamios, toda la incomparable poesía oriental vive y canta en esos versículos nupciales, que parecen dictados en el paraíso terrenal, ó mejor dicho, en el verdadero paraíso, para celebrar los eternos desposorios de Jesús y el alma.

Dice la Sulamita:

«Yo soy morena, mas soy hermosa, hija de Jerusalem, como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón.»

«No os extrañéis de que sea morena; el sol me ha hecho perder el color.»

«Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles, dice el Esposo; como el lirio entre las espinas es mi amada entre las hijas.»

«Venga mi amado á su huerto, dice ella, y coma el fruto de sus manzanos. Mi amado es cándido y rubio, escogido entre millares. Su cabeza es oro del fino, sus cabellos son como brotes de palmeras, negros como el cuervo. Sus ojos son semejantes á palomas sobre el río de las aguas, que están lavadas con leche y viven junto á la corriente abundosa. Sus mejillas son como los plantíos de las especíes.

Sus labios destilan la mirra más pura... y ese es mi amado ¡oh, hijas de Jerusalem!

«Y ¿a dónde se ha ido? responden ellas, ¿hacia dónde se ha desviado tu amigo? Dinoslo y contigo iremos á buscarle.»

«Mi amado baja á su huerto hacia la era de los aromas, para guiar su rebaño y coger lirios.»

«Yo paré mi amado y mi amado para mí que apacienta entre los lirios.»

La mística escena no parece separarse mucho de esos vergeles que el Esposo compara á Sulamita:

«Huerto cerrado eres, oh esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada.»

«Tus estanques son un jardín de delicias lleno de frutos de granado.»

«El nardo, el azafrán, la caña dulce y el cinamomo y todos los árboles del Líbano aroman con la mirra y el aloes y perfumes más exquisitos.»

«Plega las alas, viento del norte, ven, viento de mediodía, alienta por mi huerto y corran sus aromas.»

Y después de tres mil años todavía fluyen esos aromas á todos los conventos y monasterios, á todos los templos y capillas, á todas las celdas y oratorios donde riega un alma enamorada de Jesús. En esos jardines perfumaron sus almas puras y sus libros Santa Gertrudis y Santa Teresa. Guardan sus olores los cán-

ticos del meliflúo San Bernardo y los de nuestro iluminado Ramón Lulio; mas San Juan de la Cruz nos ofrece en sus Idilios celestiales sus mismas flores, como las que los sacerdotes peregrinos llevan guardadas entre las hojas del breviario.

Hoy esos vergeles son huertos divididos en pequeñas fajas, que beben por cada lado el riego de las aguas de los estanques de Salomón. Los manzanos y otros frutales que llenan el estrecho y delicioso valle brotan cuando los panes florecen, y una rosada blancura cubre esos campos de trigo y de hortaliza, como si para celebrar la Pascua que se aproxima quisieran vestirse la antigua y ya olvidada vesta de jardín. El murmurio de las aguas, el movimiento de las hojas, el concierto de las aves, en que solo echo de menos la voz del ruiseñor; la dulce soledad y el enjambre de imágenes divinas que la pueblan, forman el más delicioso descanso de Palestina.

La semana Santa en Jerusalem.

Gracias al Señor que me ha permitido ver, durante este venturoso viaje, los más sagrados lugares de Palestina, y entre ellos con más tiempo y más á placer la Ciudad Santa. La he visto y sentido llorar como

una viuda en los días en que se celebra el aniversario de su divino Esposo, mas he tenido que renunciar á escribir cada día mis propias impresiones por tener que ayudar en un trabajo literario á una persona respetable. Jerusalem es lo que he visto más y mejor de Tierra Santa, mas también es el punto en que he podido escribir menos, pues es de memoria (y eso que la mía es cortísima), y un año después, cuando escribo estas cuatro ligeras y mal hilvanadas notas.

Domingo de Ramos.—Delante mismo de la entrada del Santo Sepulcro se improvisó un altar, en su mayor parte de plata, que regalaron los reyes de España cuando eran dueños del Nuevo Mundo, y allí se celebraron los Oficios del día. Celebra de pontifical el Patriarca ayudado de dos de sus canónigos, y le responden en el coro, que está á pocos pasos, los PP. Franciscanos de Jerusalem y los venidos de Bethleem, de San Juan y de los conventos vecinos para asistir á las ceremonias de la semana. El Patriarca, vestido con capa pluvial morada, bendice las palmas llegadas ayer de Gaza, que están arrimadas como un haz de oro á la pared del Santo Sepulcro, y las distribuye á los frailes, á sus canónigos y seminaristas, á los sacerdotes y seculares peregrinos. El diácono exclama: *Procedamus in pace*, y la procesión recorre magestuosamente por tres veces en derredor del Santo Sepulcro, en recuerdo de lo que hicieron Jesucristo y los apóstoles al entrar triunfantes en Jerusalem.

Nuestras palmas recuerdan las que arrancaron de las palmeras los niños hebreos, saliéndole al encuentro: *Pueri Hebræorum tollentes ramus palmarum, obviaverunt Domino*: nuestros cánticos recuerdan sus clamores de *Hosanna in excelsis*. ¡Con qué satisfacción he acompañado á mi Dios y Señor en su triunfo, por la ciudad ingrata, que dentro de cuatro días ha de crucificarle! Triunfo efímero en apariencia, mas todavía dura y durará mientras el mundo sea mundo, y si el mundo llegase á no ser, durará mientras Dios sea Dios.

Alguna vez los PP. Franciscanos iban á comenzar aquella sagrada ceremonia en el pueblo Bethphagé, donde la comenzó el Salvador. Ponían sus capas sobre una borrica seguida de su pollino. El P. Guardián montaba, y le seguían en dirección á Jerusalem cantando *Hosanna in excelsis*, donde entraban por la misma puerta que dió entrada á Jesucristo. Los católicos sembraban el camino de flores y le recibían levantando palmas y ramas de olivo.

Jueves Santo.—Después del solemne Oficio, el Patriarca ha rodeado tres veces el Santo Sepulcro, seguido de los religiosos, sacerdotes y fieles en respetuosa y devota procesión, que acaba en el mismo santo edículo, donde queda otra vez guardado el Cuerpo santísimo de Jesucristo, dentro de una preciosa urna de plata. Hoy es el día de la institución del Santísimo Sacramento, la cual fué precedida del Lavatorio. El

Patriarca, á ejemplo de Jesús, cíñese la toalla y lava y besa los pies á doce sacerdotes peregrinos, á quienes hace obsequio de un recuerdo de Tierra Santa.

El efecto de las lamentaciones de Jeremías en el sitio donde fueron escritas, es indescriptible:

Quomodo sedet sola civitas plena populo: facta est quasi vidua domina gentium: princeps provinciarum facta est sub tributo.

Plorans ploravit in nocte, et lacrimæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus: omnes amici ejus spreverunt eam, et facti sunt ei inimici.

«¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad un día tan populosa! La reina de las naciones ha quedado viuda: la soberana de las provincias es ahora tributaria.

Llora sin consuelo toda la noche, y sus lágrimas ruedan hilo á hilo por sus mejillas: entre todos sus amantes no hay quien la consuele: todos sus amigos la han menospreciado y se han convertido en enemigos suyos.»

Via Sion lugent, eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem: omnes portæ ejus destructæ: sacerdotes ejus gementes: virgines ejus squalidæ, et ipsa oppressa amaritudine.

«Lloran los caminos de Sión, porque no hay ya

quien venga á la solemnidad: destruídas están sus puertas: gimen sus sacerdotes: descoloridas se hallan sus vírgenes, y ella presa de amargura.»

Y á las lágrimas y suspiros de la ciudad deicida, nuestra santa Iglesia responde amorosamente que se convierta al Señor: *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum*: como las amigas de la morena Esposa de los Cantares, le decían: *Revertere, revertere, Sulamitis*.

El Cenáculo.—¿Es posible pasar el día de Jueves Santo por Jerusalem y no visitar el Cenáculo? Lo hallareis lleno de polvo y escombraduras, como escuela que es de niños musulmanes; mas aún debemos dar gracias á Dios, ya que peor cosa no ha sido.

Las dos salas principales son la del lavamiento de pies y la de la institución de la Eucaristía. Pocos momentos pudimos permanecer en esa cuna de la religión, *omnium orbis ecclesiarum mater et caput*, mas pudimos besar aquellas sagradas piedras que vieron, hoy hace años, abrir los diques del mar de amor del Corazón dulcísimo, que con sus oleadas habla de cubrir toda la tierra: pudimos en breve, mas ferviente oración, pedir la merced de no ser ingratos al buen Jesús, que por no dejarnos huérfanos, ha encontrado en su infinito amor un medio de quedarse con nosotros hasta el fin del mundo.

Viernes Santo.—El Oficio matinal de este día se celebra en el Calvario, cuya capilla llénase de católicos, un rato antes de la piadosa función. El P. Buccelli hace de Evangelista, y con voz entera, que los años y la predicación no han descolorido todavía, canta el *Passio* de San Juan: «*En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos hacia la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entró Él y sus discípulos.*» El silencio es sepulcral, nadie pierde una palabra del sagrado libro. Vemos con el evangelista la escena de Judas el traidor, la de San Pedro, tan valiente al desenvainar la espada en el huerto, como débil en el átrio de la casa de Anás. Vemos al buen Jesús en la casa de Pilato, le vemos azotado y coronado de espinas, puesto á Barrabás y condenado á muerte en cruz: mas á aquellas palabras que sentían las rocas del Calvario: *Et bajulaus sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvaria locum*, la sonora voz del evangelista entúrbíase á la fuerza del sentimiento, y quedó tan conmovido que no le fué posible cantar más, sino llorando y gimiendo, llenáronse de lágrimas todos los ojos y, una explosión de llantos silenciosos y unánimes, hasta la última frase del *Passio*, hizo resonar aquellas bóvedas sagradas y aquella roca del Gólgota, que tantos lloros ha escuchado desde aquel día en que el dolor la abrió hasta el fondo de sus entrañas; desde aquella hora en que lloraban con María y Juan los más fieles discípulos del Crucificado.

Via-Crucis.—Hoy es verdaderamente día de lágrimas; los que lloran de devoción al hacer el *Via-Crucis* en nuestros templos, ¡cómo llorarían al hacerla todos los viernes del año por las calles de Jerusalem, empedradas tal vez con las mismas piedras que besaron los pies, las manos y el rostro ensangrentado de Jesucristo, cuando cayó cinco veces llevando la pesada cruz sobre sus hombros! ¡Cómo llorarían al practicarlo hoy con nosotros, en el día y en las horas en que se cumplieron los misterios de nuestra redención!

La primera Estación se hace sobre las ruínas del Pretorio de Pilato, que vienen á dar en medio del patio de un cuartel. Allí delante de la cruz que lleva un lego, un P. Franciscano francés, subiendo sobre una silla, dirigenos una exhortación. Los soldados turcos, al llegar nosotros, nos han abierto paso y nos miran con una gravedad y un respeto que en vano sería esperar de un pueblo del Mediodía de Europa. Bajo este punto de vista, los bárbaros somos nosotros y ellos los civilizados.

De allí salimos en dirección á las calles más transitadas de Jerusalem; á una señal del genizaro del convento, los transeuntes de á pié y de á caballo páranse respetuosamente, por mucha prisa que lleven, dejándonos arrodillar y besar la tierra. En los puntos de tránsito el P. Predicador abrevia la plática, y los doscientos católicos abreviamos también nuestras devociones.

Las Estaciones están señaladas con una cruz sencillamente grabada en la piedra, que una vez he visto al Padre limpiarle las salivas de los judíos irreverentes, á quienes Dios perdone é ilumine. Desde allí vamos al altar de la Crucifixión, al Calvario y al Santo Sepulcro.

Aquí volvimos á las seis de la tarde en procesión más solemne pero semejante á esta. La componen toda la comunidad de San Salvador, los sacerdotes y los católicos que se encuentran en Jerusalem. Salimos con cirios encendidos de la capilla de la Virgen hacia el altar de la División de las vestiduras y al de los Improperios, desde donde subimos al Calvario.

En el altar de la Crucifixión colócase una imagen de miembros flexibles en la cruz, que se levanta sobre la misma roca del Calvario. No era necesario allí sermón de agonía, pues bien lo predicaban el lugar sagrado, el día y sobre todo la divina imagen extendiendo al mundo los brazos desde la cruz; mas un reverendo franciscano hizonos una breve y sentida plática, empezándose después de ella la patética escena del Descendimiento de la Cruz. Quitaron á la sagrada imagen la corona de espinas, con unas tenazas arrancaron los clavos de sus manos y pies, que sostenían con blancas toallas, y fueron á extenderla cubierta con un sudario sobre la piedra de la Ueición, donde la rociaron con esencias y ofreciéronle incienso. En esta procesión pronúncianse siete sermones en siete lenguajes, y aquí delante de la piedra de la Un-

ción, que dá frente á la grande entrada del templo, predicase en árabe. El auditorio de moros es grande; acuden á oír hablar de Jesucristo, y el orador puede decir en su honor todo cuanto quiera, puede ponerlo, si le place, en lo más alto del cielo y sobre todos los santos, patriarcas y profetas; mas guárdele Dios de compararle con Mahoma, pues correría peligro de que lo echasen púlpito abajo.

La devota y patética función acabóse en el Santo Sepulcro, delante del cual el simpático P. Ventura de Jaffa, que ya había predicado en turco, nos hizo escuchar la sonora, galana y armoniosa lengua de Cervantes.

Plaza de los lloros de los Judios.—Esta tarde hemos aprovechado un momento libre de ocupaciones, después de comer, para ir á verla. Más que una plaza es un corredor de doce metros de largo, por cuatro de ancho, situado delante de la única pared que resta del templo de Salomón. Los sillares, que son enormes, en las primeras hileras están muy bien es cuadrados, mas van disminuyendo de tamaño hacia arriba, terminando con un trozo edificado en la época musulmana.

Por un suceso que verdaderamente parece providencial, todos los viernes del año menos uno, por la tarde, los más fervorosos judíos de la ciudad, relevándose unos á otros, van allí á leer las Lamentaciones de Jeremías y los Salmos de David. Leen derechos ó

acurrucados en tierra, moviendo la cabeza como acotumbra los orientales. He visto algunos lagrimeando y gimiendo sin pronunciar una palabra, con la cabeza sobre las piedras desnudas é introduciendo las manos convulsivas entre sus junturas como para abrazar y cubrir de besos y de lágrimas aquel pedazo de muro, que es todo lo que les queda de su glorioso reinado, de su patria y de su templo.

¡Pobres hijos de Abraham! Desde que Jesucristo, con la cruz al hombro, dijo á las hijas de Jerusalem: *No lloréis sobre mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos*, lloran ellos; mas como un viajero observa, sus lágrimas son estériles, porque no es el arrepentimiento el que se las arranca.

A veces el Rabino entona este cántico que parece allí la letanía del dolor:

Rabino.—A causa de estar derrumbado nuestro palacio:

Pueblo.—Nosotros yacemos solitarios y lloramos.

R.—A causa de estar el templo destruido:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que sus muros han caído:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de nuestra pasada grandeza:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que nuestros grandes hombres han muerto:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que nuestros sacerdotes han claudicado:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que han sido menospreciados nuestros reyes:

P.—Nosotros yacemos solitarios y lloramos.

Sábado Santo.—Los PP. Franciscanos abrevian hoy las funciones públicas para dejar el templo más sagrado del mundo á la ridícula función ó profanación de los griegos, denominada el Fuego Sagrado. El Santo Sepulcro (vergüenza dá el decirlo) ha tomado la forma de teatro con sus palcos y galerías. Los griegos, poseedores de la mayor parte de la Basílica, alquilan á altísimo precio sus tribunas y sus intercolumnios, donde forman andamios con tablones. Allí se colocan las mujeres, niños y gente delicada. Los hombres, griegos, armenios y coptos, ocupan la grada de la iglesia, divididos en dos círculos concéntricos por dos filas de soldados turcos que, estando á la mira por si es necesario, abren un pasadizo alrededor del Santo Sepulcro. La devoción ha huido rato ha: la algazara de nuestras plazas de toros llena aquellas bóvedas que guardan lo más santo y sagrado de la tierra. Se come como en casa, se conversa como en la calle, se ríe y se juega como en una feria, y abajo los hombres se agitan, se mueven de aquí para allá, corren, se amontonan subiéndose unos sobre los

hombros de los otros. Aparece el patriarca griego seguido de dos largas hileras de popes, dá tres vueltas al santo tabernáculo y se mete en él solo, quedándose la comitiva rogando al cielo descienda sobre él el Fuego Sagrado. No tarda en salir un haz de antorchas por un agujero abierto en la pared de mármol, y una oleada de locura pasa por sobre la multitud. El primero que ha recibido el fuego comprado á gran precio, está en mangas de camisa, como preparado á revenderlo bien, pasa por sobre la turba, agrupada á su alrededor; enviando á sus consocios el sagrado elemento, que sube por un hilo como una chispa eléctrica á un balcón de la cúpula donde se hallan los representantes de Grecia, pasa á las galerías, entra en las capillas y sale de allí para ser remitido á los vecinos pueblos donde hay comunidades cismáticas. El Patriarca, que lo ha hecho bajar del cielo, sale del Santo Sepulcro, agitando dos hachas encendidas que entrecruza y levanta al aire triunfante. Los popes y fanáticos fieles encienden sus candelas, y el magestuoso templo parece arder como un brasero, prorrumpiendo todos en una grita salvaje é infernal. Los hombres corren enloquecidos entre el fuego purificador, tomándose los unos á los otros y pasándose por la barba, cuello y pecho, y las mujeres, más supersticiosas todavía, les imitan pasando la bendita llama por sus caras y por la de sus hijitos, que lloran espantados como deben hacer los ángeles guardianes del Santo Sepulcro.

Confieso que yo hubiera huido horrorizado desde

el principio si hubiese encontrado la puerta abierta y el paso libre, pues temía que Dios, insultado y escarnecido en su mismo tabernáculo y en los más sagrados días del año, enviase un castigo de aquellos que para ejemplo encontramos en la historia. ¡Cuán grande es la paciencia de Nuestro Señor Jesucristo!

Pascua.—*Este es el día que ha hecho el Señor; alegrémonos con Él.* La fiesta de la Resurrección es alegre en todo el mundo, pero en ninguna parte tanto como aquí en Jerusalem. Las campanas de la santa Basílica desvelan á primera hora la ciudad dormida y el canto de *Alleluia*, saliendo de entre los muros de la ciudad de David, resuena en las montañas de Judea, y el triste valle de Josafat, lleno de sepuleros, se extremece al recibir la dulce nueva de que ha resucitado Aquel que ha de presidir en él la gran Resurrección.

A ejemplo de las piadosas Marías, al rayar la aurora bajamos al Santo Sepulcro á adorar las losas que habían guardado treinta y tantas horas el cuerpo del Divino Crucificado, y sobre todo á adorarle á Él libre ya por siempre de las cadenas de la muerte.

Los griegos y los armenios han celebrado sus oficios de noche, siguiendo la costumbre oriental, y antes de que amaneciera han abandonado la Basílica dejando desiertas sus capillas, que no tardan á llenarse de católicos. Entre ocho y nueve se canta el Oficio de Resurrección con una solemnidad y magnificencia

orientales. ¡Cómo hace latir el corazón, en la tan inspirada como irregular *Sequentia*, el diálogo entre los Apóstoles y María Magdalena!

—Dinos, María,

dinos, qué has visto en el camino?

—He visto el sepulcro de Cristo viviente
y la gloria del Resucitado:

los Angeles celestiales testigos,
su sudario y blancas vestiduras.

Ha resucitado Cristo, mi esperanza.—

Acabado el Oficio se da la vuelta por tres veces en solemne procesión á la sagrada Sepultura, deteniéndose en diferentes sitios para cantar los fragmentos del Evangelio que cuentan las primeras apariciones de Nuestro Señor Jesucristo.

Por poco ó nada que valga quiero notar la tradición siguiente: Viniendo de los Oficios del Santo Sepulcro hoy he advertido que en todas las tiendas de comestibles, moras ó cristianas, vendían huevos pintados de rojo. He preguntado la razón de esto y me dicen que una vez los judíos dieron á unos niños unos cuantos huevos para tirárselos á Jesucristo cuando pasara; pasó, y los niños al ir á arrojarle los huevos, los encontraron pintados de color de sangre, y tomándolo como un aviso del cielo, asustados, los devolvieron á los judíos. La costumbre de vender por Pascua huevos rojos bendecidos, dícese que también se sigue en Italia y en otras partes.

Emmaüs, 26 Abril.

Todos los años, al día siguiente de Pascua, algunos Padres Franciscanos de Jerusalem vienen en peregrinación á este pueblo bendecido en este día por la presencia de Jesucristo. Nosotros nos unimos al acompañamiento compuesto de pobres peregrinos alemanes. Salimos por la puerta de Jaffa, siguiendo las huellas de los dos discípulos que partían tristes de Jerusalem, temiendo que con Jesucristo en el Calvario, hubiese muerto por siempre su religión divina. Cuenta la tradición que el celestial peregrino se les hizo encontrar hacia la fuente Ain-Beit-Hoülmeh, que da su hilo de agua al torrente de Teberinto. Nosotros no tuvimos la fortuna de encontrar á Jesucristo, sino un enjambre de muchachos del vecino pueblo que nos siguió amorosamente pidiéndonos *bakchiches*, y viendo que no les dábamos tantos como querían, nos enviaron una lluvia de piedras, acompañada de vocablos secos y guturales, que por suerte no entendíamos, pero que debían valer por dos ó tres piedras cada uno. Yo, francamente, lo tomé como juego ó travesura de niños, más que como odio. Hay más odio en la temerosa é hipócrita, á la vez que provocativa mirada de los judíos, que en las pedradas de los niños mahometanos.

Con qué gusto caminábamos, recordando la conversación de Cleofás y su compañero y la que tuvie-

ron con el divino Maestro, disfrazado de peregrino en el camino aquel que aún se conoce con el nombre de Camino de los discípulos: «¿Qué es eso de que habláis caminando y cómo estáis tan tristes? Respondió Cleofás: ¿Vos sois tan extranjero en Jesusalem que no sepáis nada de lo ocurrido estos días? ¿Qué? pregunta Él. ¿Qué? respondieron, de Jesús de Nazareth, que ha sido un profeta poderoso en palabras y obras delante de Dios y el pueblo. ¿Y cómo los buenos sacerdotes y los príncipes le han condenado á muerte y le han crucificado? Nosotros esperábamos que hubiera rescatado á Israel. No obstante, después de todo esto, ya han pasado tres días que esas cosas son pasadas. Es verdad que algunas mujeres de los que estaban con nosotros nos han espantado, pues habiendo ido antes de amanecer al sepulcro y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron contándonos que han visto ángeles que dicen que Él vive aún. Y algunos de los nuestros, habiendo ido al momento, han encontrado las cosas como ellas dijeron, mas á Él no le han hallado. Entonces Él les dijo: ¡Oh insensatos y tardíos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que Cristo sufriese todo eso para entrar en su gloria? Y comenzando por Moysés y todos los profetas, les explicaba todas las escrituras que

se referían á Él. Y se acercaron al castillo donde iban y Él parecía querer ir más lejos. Y ellos le obligaron á detenerse, diciendo: quedaos con nosotros, pues se hace de noche, advesperascit.»

También á nosotros nos anochece recordando esta conversación divina en el mismo camino donde se tuvo, á orillas de esos mismos campos y peñascales que la escucharon. Hasta las flores parecen las mismas, las palomillas ostentan su rojo color entre los panes; las achicorias amarillean en las umbrías; los pájaros cantan en los olivos la misma canción, dándonos las buenas noches que darian á Jesucristo y á sus discípulos al verles pasar. ¿Quién sabe si esas márgenes de campo, esas orillas de camino rozaron su aérea túnica; quién sabe si esos mismos cantos besaron aquellos piés sagrados á los que ya no podían hacer daño?

Hoy, desde las cuatro hasta las ocho, se celebraron misas en la devotísima iglesia de Emmaús; después, por la voz clara y bien entonada del P. Lector, de San Salvador, oímos cantar el hermosísimo Evangelio del día, que pudieron oír aquellos conventos y cumbre de sierra, lugares testigos de la escena. Después hemos visto con gusto el convento, construido por la tertiaria de San Francisco, Condesa de Nicolai. ¡Magnífico lugar de reposo para un alma muerta á las vanidades del mundo! ¡Cuánta soledad! ¡Cuánta paz, cuánta delicia! Rodea el grandioso edificio una

huerta llena de árboles floridos, que tienen á los pies un jardín también floreciente. Las flores que encuentro conocidas son, la reina de todas, la rosa, la encendida amapola, la primavera, el clavel, el alelí, la flor de todos los meses y la anémona, que llaman aquí *gota de sangre*, quizás por haberla bebido adorando los ensangrentados pies de nuestro Salvador!

Hace unos cuantos años, removiendo un lego del convento las piedras de la huerta, surgieron las enteradas ruinas de una gran iglesia, construida por los cruzados, de la cual restan aún las paredes del ábside, hasta diez ó doce palmos de piedra labrada; los zócalos de tres columnas de un lado y uno de la otra banda. Lo restante de aquella parte, que era pared maciza, se cree que fué de la casa de Cleofás, enclavada en el templo. En esta casa sería probablemente el aposento en que Jesuista se daría á conocer á los dos discípulos *in fractione panis*. Allá á la orilla blanquean también los cimientos de un monasterio, sobre el que viven seculares olivos.

Los más de los peregrinos que acompañamos son alemanes y austriacos, los cuales, unidos á unos pocos compatriotas suyos, que tienen una pequeña colonia adosada al convento, han estado largo espacio en el templo rezando y cantando con una devoción que equamora. Al partir se han arrodillado todos delante del P. Presidente ó Guardián para recibir la bendición.

San Juan en la Montaña, 27 Abril.

A media tarde salimos de Emmaús, en compañía de P. Lector y dos novicios de San Salvador, y á las seis llegamos al humilde pueblo, patria del *profeta y más que profeta*, San Juan. Está situado en una montaña rodeada de otros montes más elevados, y de los setecientos habitantes que contiene no hay más de cien que sean católicos. La iglesia del convento se levanta sobre las ruinas de la casa de los padres del Precursor, que nació en un aposento cavado en la roca. El lugar del nacimiento recuerda el de Bethleem, por estar cubierto de granito, bajo la mesa de un altar, dentro de una estrella de mármol blanco. San Zacarías, á más de la casa que poseía en el pueblo, tenía una masía en el campo en la vertiente de la montaña vecina. A la mitad del camino de las dos, en el fondo del valle, donde se unen, se encuentra la Fuente de la Virgen, porque ella debía servirse de sus aguas en su estancia en la casa de Santa Isabel. Surte abundantemente á aquella vecindad y riega sus huertas y jardines. Bien merece el nombre hebreo de (Ain-Karim) Fuente generosa, que los moros dan aun al pueblo.

La Capilla del Magnificat.—Fué construida el año 1856, pero su cueva ó pequeño santuario á que más particularmente se dá este nombre, es primitivo y

está cubierto de diversos mármoles finísimos y un bonito cuadro, costeados por españoles. Encima están las ruinas del antiguo convento ó iglesia: en frente y á los lados vése un humilde vergel, donde contemplo una palmera, un olivo y dos eipreses, tres árboles que las sagradas letras nos dan como símbolos de la Virgen. A su sombra viven plantas más humildes, pero también muy estimadas de Ella: el árbol cargado de rosadas flores, el romero, el clavel y una siempreviva que yo no conocía.

En este pequeño huerto, que hubo de dar sus flores á María, y sobre todo dentro de la capilla, ¡cuán sabroso se encuentra, cuán dulce é inspirado el *Magnificat*, ese canto divino, brotado de sus purísimos labios, para consuelo de los corazones sedientos de la poesía del cielo! Aquí, en la misma fuente de donde mana, siguiendo la piadosa costumbre de los peregrinos, hemos querido nosotros cantarlo también y, después hemos pedido á la Virgen, reina de los poetas, que nos lo deje cantar un día con Ella en la Gloria.

En el interior de la misma capilla, junto al portal, hay un pozo llamado de Santa Isabel.

Al acabar la visita tomamos el camino de la Cueva, cerca de la cual, á veinte minutos de distancia, encontramos la Roca de San Juan, desde donde, según la tradición, gritaba á la multitud: *Haced penitencia, pues se acerca el reinado del cielo*. Dícese que un moro puso este peñasco en la pared de un horno, mas no podía cocer el pan, pues por más leña

que pusiese no podía calentarlo. Advertido de que podía ser en castigo de la profanación de la Roca de San Juan, lo devolvió á su lugar y el horno volvió á cocer como antes.

La Cueva de San Juan en el Desierto.—

Está á una hora de distancia. Tiene cinco metros de profundidad, tres de ancho y dos de altura. Sobre una piedra que llaman el Lecho del Precursor, hay un pequeño y sencillo altarcito sostenido por dos columnitas. Tiene una ventana á la derecha resguardada por una reja como la puerta de entrada. De entre los peñascos que hay sobre la Cueva, salpicados de hierba mora, mana una abundante y rumberosa fuente, que detiene sus aguas ante ella en una mediana alberca, y baja después á regar una escalonada vertiente de banales llenos de árboles y flores. Entre estas veo la simpática amapola, la margarita, el tomillo, el absintio, la salvia, el hisopo, alelles, estepa, trebol, aliaga florida y rosas del bosque; entre los árboles, el olivo, árbol dominante en estas vertientes, la adelfa, limoneros, granados, perales, terebintos y algarrobos que los alemanes llaman árbol del pan de San Juan.

Aquí pasó el Bautista la primera parte de su vida; Santa Isabel, que tiene su sepulcro á la parte de arriba, le escondió en tiempo de Herodes; el niño se encontró á su gusto en la soledad, donde, según Orígenes, «el aire es más puro, el cielo está más abierto y Dios más cerca,» y aquí quedó hasta que llegó su

hora. Entonces la voz del desierto fué escuchada á orillas del Jordán y en las ciudades de Judea, é hizo temblar al mismo Herodes en su trono. Según una tradición, volviendo los tres reyes de Bethleem pasaron una noche en esta cueva, y según otra, Juan vió desde ella pasar á lo lejos al pie de la montaña en el valle de Teberinto, al buen Jesús viniendo de Egipto, y le enseñó desde lo alto de una roca una cruz de caña.

San Juan *in montana* es el primer noviciado de los Padres Franciscanos y en él se quedó uno de los seis peregrinos españoles que pasaron con nosotros la Semana Santa en Palestina. Es un joven y simpático marino de Vizcaya. ¡Dichoso él! Ya está en el puerto y nosotros habremos de atravesar algo más que mares y tierras para encontrarle.

Templo del Ecce-Homo, 5 Mayo.

Ligeras como un instante, han transcurrido dos horas en esta bella y devotísima iglesia, después de celebrar en su altar mayor. Este se alza sencillísimo ante un ancho y soberbio arco romano por donde se entra en la sacristía. Sobre él hay una mármorea imagen del *Ecce-Homo*, sola, triste y compasiva, como debió estarlo su divino original allí mismo, mientras Pilato leía la más inieua de las sentencias. Al pie de la cúpula del templo se leen estas tres pala-

bras, que escritas por un judío á sus hermanos y en este lugar valen más que todos los sermones:

Ecce Rex vester.

La mesa del altar y el altar mismo están hechos de seis ó siete piedras del Litóstrotos, y por lo tanto están pisadas por los sagrados y adorables pies de Jesucristo. La iglesia está paralela á la calle y recibe la luz por los lados. Delante de la puerta franca, al entrar en el templo, se presenta en la pared, que es la roca desnuda, una enorme cruz de madera sencillamente trabajada y sin imagen, ornada únicamente del cartel en tres lenguas: *Jesus nazarenus rex judeorum*; quizás Ratisbonne la hiciera poner recordando la cruz que le perseguía con los brazos abiertos unos cuantos días antes de su maravillosa conversión. Junto á la puerta hay una lastimosa Virgen de los Dolores con su hijo en los brazos. En el único altar lateral, sobre un tapiz rojo que recuerda el manto de púrpura, hay un *Ecce-Homo* de medio cuerpo, bien encarnado y de tamaño natural, que recibiendo un rayo de luz de ludo, parece talmente que vive aún. Las cruces de las catorce estaciones no tienen otro adorno que el sencillo número en medio, rodeado de una corona de espinas. Esta corona se ve por todas partes como primer motivo de ornamentación del templo. La más hermosa es la de espinas de oro, que sirve de diadema al precioso globo del sagrario.

La iglesia es de piedra y su aspecto es monumen-

tal. Sus blanquecinas paredes están cubiertas de estrechos tapices de color de sangre, recordando á los devotos que es un templo expiatorio. Todo está aquí consagrado á la misma idea. En el pequeño recibidor se ve un gran cuadro representando una gallina llamando á la sombra de sus alas los polluelos que huyen, y debajo se leen estas tiernas y amorosas palabras de Jesucristo, que aquí no se pueden leer sin llorar: *Jerusalem, Jerusalem, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat filios suos sub alas, et noluit.* (Matt. 23.)

Oímos la misa de comunidad de las Damas de Sión, cantada por ellas y las pobres huerfanitas á que la congregación está dedicada. Las hay católicas, eismáticas, tanto de rito griego como de armenio; protestantes, judías y hasta musulmanas. Al comenzar la misa cantan la oración de San Bernardo, oyendo la cual se convirtió su venerable fundador; después el *Credo*, y acto seguido de la consagración aquellas palabras de Jesucristo en la cruz: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*; capaces de hacer llorar á las piedras, cuanto más á las infelices que lo cantan, algunas hijas de aquellos que gritaron allí mismo: *Tolle, tolle, crucifige eum, sanguis ejus super nos et super filios nostros.* Acabada la misa cantan el *Magnificat* á su divina Autora.

¡Pobres huerfanitas! ¡Hacen bien cerrando su pe-

queño misal con las gafas de oro de dos oraciones á su Madre celestial, que las ha amparado en sus brazos al morirseles la madre terrena; hacen bien festejando á la Virgen, que las abriga con su manto de reina en esta tierra donde la mujer nace esclava! A las que han tenido la suerte de nacer cristianas, Ella les guiará por los caminos de la vida; á las que nacieron entre herejes y moros, solo Ella podrá salvarlas.

La segunda casa de la evangélica institución de las Hijas de Sión se levanta con su color rojizo en el mejor punto, centro del valle de San Juan de la Montaña, junto á la tumba del P. Ratisbonne y frente por frente de la capilla del *Magnificat*, donde lo deben cantar gustosas como coro escogido de la Madre de los huérfanos y desamparados.

Una de las hermosas industrias de las Hijas de Sión es tejer coronas con retoños del árbol *raanus spina Christi*, á semejanza de la que ciñó la adorable frente de nuestro Salvador, y de ir á coger flores á los lugares evangélicos para venderlas en bonitos álbums y arbitrarse de este modo. ¡Con qué gusto les dejé á esas pobres huérfanas una limosna que me encomendaron tres jóvenes hermanas de una noble y cristiana familia originaria de mi tierra!

Dios les conserve los padres; y á una madre, fervorosa eristiana, que también me encomendó otro donativo para ellas, Dios le conserve los hijos.

Montaña de la Ascensión, 2 Mayo.

No me es posible recordar todo lo que acabo de ver, pero tomaré nota de lo que me venga á la memoria. Hemos comenzado la peregrinación por Santa Ana, grande y magestuoso edificio de piedra del país, hermosamente restaurado por el cardenal Lavigerie. Allí es donde la tradición más común pone el lugar del nacimiento de la Virgen. Cerca de ella, á alguna profundidad, se acaba de descubrir la Piscina probática. Desde su cuna bajamos á su sepulcro, que está en el fondo del Valle de Josafat. Bájase por una larga y magnífica escalera, que tiene á mano izquierda el sepulcro de San José, y á la izquierda, los de San Joaquín y Santa Ana. Tallado en la roca viva, es de un metro de alzada y está cubierto de mármol blanco, dentro de una hermosa capilla que pertenece á los cismáticos. Es la joya de este triste valle, que, habiendo de ser sepulcro de la humanidad, comienza á ser el valle de los sepulcros. Empieza en la Tumba de los Jueces y sigue hacia abajo cubierta de losas sepulcrales: á la parte de Jerusalem tiene la de los moros, entre las cuales hemos oído cantar elegias á un marabut; á la parte izquierda tiene las de los judíos, como si esperasen ver desde la tumba la Ciudad Santa. Abajo, hechos de un gran trozo de piedra viva, blanquean los sepulcros de Zacarías, *occisus inter templum et altare*: el de Josafat y el de Absa-

lón, que tiene una abertura á la altura de tres metros, por donde los muchachos echan piedras y maldiciones al perverso y desnaturalizado hijo que persiguió á su padre. Montaña arriba está la Tumba de los Profetas.

Getzemani.—Al lado mismo del sepulcro de la Virgen se abre en la roca la cueva de Getzemani; es honda y triste y los Padres Franciscanos la han convertido en capilla. Entrando al Huerto se encuentra la Roca de los Apóstoles, donde Jesús dejó á los tres predilectos, diciéndoles: *vigilate et orate*, y el corazón se vá hacia los siete colosales olivos, testigos mudos de las tristezas del Hombre-Dios, en la última vez que hubo de visitarlo; sus nudosas raíces se regaron con sus lágrimas y su sudor de sangre, y, después de diez y nueve siglos, aún verdean, como si en la hora de la muerte Él les hubiese concedido la inmortalidad. Fuera del cercado del jardín se enseña el lugar donde Jesús recibió el beso del sacrilego Judas, con aquella palabra capaz de romper una piedra: *Amice ad quid venisti?* Más abajo está el Puente del Cedrón, donde, al arrojarlo desde arriba los judíos, se estamparon sus sagradas rodillas en la piedra. Desde aquí, abandonado por todos sus discípulos (aún se enseña el sepulcro donde se escondió San Jaime), fué llevado á Jerusalem, donde ya no entró como tres días antes, en el día de su triunfo, por la Puerta Dorada, sino por la Sterquilínea!

A los primeros pasos de la subida de la montaña de los Olivos, á mano derecha, blanquea una roca,— *Roca Blanca* se llama,—donde, según tradición, Santo Tomás, habiendo llegado tarde para asistir al sepelio de la Virgen María, recibió de sus propias manos una cinta misteriosa, que aún se conserva en Prato de Toscana.

Dominus fleuit.—Son las ruinas de una mezquita que fué iglesia en el lugar donde Jesús lloró viendo la Ciudad Santa (Lucas, XIX): *Y acercándose Jesús á la bajada del monte de las Olivas, la turba de los discípulos, llenos de alegría, comenzó á alabar á Dios, en voz alta, por todos los prodigios que habían visto.*

Diciendo: *Bendito quien viene rey en nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas.*

Y acercándose á la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo:

Si tú también conocieses, al menos en este día que te es aún concedido, lo que te importa; mas ahora esas cosas están escondidas á tus ojos.

Días vendrán; y tus enemigos te cercarán de fosos y te estrecharán por todas partes.

Y te echarán por tierra á tí y á tus hijos, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no

has querido conocer el tiempo en que has sido visitada.

Bethphagné.—Ruinas de un pueblo donde Jesucristo, el domingo de Ramos, envió á buscar para su triunfo el humilde jumento. Se acaba de descubrir una gran ara ó altar de roca fonje, donde se ve, entre otras pinturas medio borradas, al buen Jesús subido sobre el jumento y rodeado de sus apóstoles.

En el lugar donde Jesucristo enseñó el Padre-nuestro á sus discípulos, la Princesa de la Tour d'Auvergne ha hecho un hermoso claustro, al rededor del cual se lee en treinta y dos lenguas esa oración divina. No lejos de allí está la capilla donde los apóstoles se reunieron para dictar el Credo, antes de separarse y emprender la conquista del mundo. Los dos memorables lugares están incluidos dentro de un convento de monjes carmelitas, que se deben deleitar, rezando esas dos oraciones en el lugar donde se rezaron por vez primera.

Monte de los Olivos.—Acabamos de subir. Los árboles que le dan nombre, como á *Getzemani* (prensa de las olivas), abrigan aún alguno de esos campos y le manchan de cenicienta verdura. Corona su cima el pueblo de Zeitun; en medio del pueblo se levanta, dentro las ruinas de una gran basílica octógona, edificada por Santa Elena, una pequeña mezquita dedicada por los musulmanes á Jesús, pues creen, como

nosotros, en el misterio de la ascensión del Hijo de la Virgen. En el centro de la Basilica, bajo mismo de la cúpula que, según tradición, quedaba siempre abierta, retirándose por sí mismas las piedras que ponian para cerrarla, como para dejar libre por los aires el camino de Jesús resucitado, rodeada de piezas de mármol blanco, se ve impresa en la roca su divina pisada, mirando á occidente. Desde allí levantó el vuelo el Hijo de Dios, al volver á los brazos de su Padre celestial, y allí es, según creencia común, donde bajará el último día de los tiempos á juzgar á los vivos y á los muertos, y á pesar lo que dejaron de polvo ó de perflumo todas las generaciones de la tierra.

Una vez al año, el día de la Ascensión, la mezquita se transforma en Iglesia católica: sus paredes se cubren de tapices, y en el centro, sobre aquella pisada tan dulce de besar, se coloca un altar en que los PP. Franciscanos celebran un solemne oficio. Después, de prisa y corriendo, apagan los cirios, deshacen el altar portátil, desuelgan los tapices; y el sacratísimo templo de la Ascensión vuelve á quedar, ¡horramala! en manos de moros!

Estáramos aquí toda la tarde, mas el llavero, que también es moro, nos saca fuera, cansado de esperar á la puerta, que acabásemos de besar la Roca y de hacer nuestras devociones, y haciendo sonar las llaves, que para mí tenían sonido de cadenas, nos muestra un panorama que no tendrá igual en la tierra.

«Al Oriente, tras desnudas y desiertas montañas, contéplanse el Valle del Jordán y las profundas aguas del Mar Muerto, que se divisa entre los altos y bajos de los promontorios, bajo los rayos del sol, ardiente como un estanque de metal fundido. A la otra parte alzan sus crestas los montes de Arabia, inmensos muros que separan los desiertos de Moab del actual desierto de la Tierra de Promisión. El monte Nebo se levanta entre las sierras que le rodean, desnudas de vegetación y hendidas por numerosas y oscuras tormenteras. La viveza de la luz derrama sobre sus vertientes esa indefinible tinta que tantas veces admiramos en los paisajes del Libano y en la llanura de Balbek. El Jordán, merced á los árboles que sombrean sus márgenes, forma una gran raya verde en medio de la árida comarca donde tuvieron lugar las primeras escenas de la historia del mundo. Al Norte los montes de Efraim, coronados por las ruinas y mezquitas de San Samuel, se unen con los de Hebal y Garizim, en el centro de la Samaria. A Poniente se contemplan al pie del valle de Josafat, los monumentos y planicies de la ciudad, cuyas casas podrían contarse. ¡Con qué deleite se extiende la vista desde el monte Sión hasta el Calvario, desde el punto que ocupa el templo de Salomón hasta la Torre de David! El antiguo y el nuevo Testamento, la historia de cien pueblos mezclada con las cenizas de esa ciudad, se manifiestan á mi presencia; no permita el cielo que me olvide de esa gran página ni de sus divinas enseñanzas.»

He copiado esta descripción de Mislim, por no privar al lector del magnífico panorama de que nos priva á nosotros el fortísimo viento de esta tarde, que envuelve á Jerusalem, la Judea y sus inmediaciones con una nube de polvareda; digno manto de esa tierra de ruinas.

Circunscribiéndonos á la ciudad, qué tristes reflexiones me inspira lo poco que veo! Su templo y edificio más soberano es el de Omar, que tiene su asiento donde lo tenía el de Salomón, y la media luna corona la roca de Sakhra, que fué, según se juzga, el lugar del *Sancta Sanctorum*, donde estaba guardada el Arca Santa. El Santo Sepulcro se vé pequeño, insignificante, detrás de él y ¡ay! el Santo Sepulcro no es de los católicos. Cuatro sectas nos disputan su posesión, y los protestantes, si no están fuera aún, no están muy lejos. Dos ó tres templos suyos se levantan aquí y allá como blancos espectros, y las ruinas del templo, que están en su poder á las puertas del Santo Sepulcro, parecen llorar y crujir, al pensar que hoy ó mañana pueden verse en poder de los sectarios de Lutero. Al pie de la montaña de Sión se muestra orgullosa una gran sinagoga de las muchas que hay en la ciudad, y la iglesia de San Salvador está tan escondida entre los tejados, que se necesitaría el hilo de Ariadna para encontrarla desde aquí. Se escuchan muchas voces de muezín y pocas de campana, y la Cruz, el signo adorable de nuestra redención, parece estar á la sombra de la

fatídica y aborrecida media Inna. Jerusalem, que no quiso por esposo á Jesucristo, es esclava de Mahoma.

¡Oh! si yo pudiese gritar á la Europa católica, si la pudiese mostrar este doloroso espectáculo. Mira, le diría, eso es obra tuya. Tú eres hija de Jesucristo. El amor suyo, que rehusó la ingrata Jerusalem, te lo dió todo entero á ti. Por dirigirse á ti, le volvió la espalda á ella, al morir en el Calvario y al subirse al cielo en la vecina Roca de la Ascensión. Jesucristo te ha sacado de la barbarie y te ha hecho reina del mundo. Él ha permitido que le representases en la tierra, según la expresión del poeta Alexandri, y en prenda de su amor infinito, te hizo guardián de su cruz, de su cuna y de su sepulcro, y de los lugares santificados con su divina presencia. ¿Por qué hoy te lo va tomando todo? ¿Por qué ha dado á los cismáticos el lugar donde se cortó el árbol de la cruz, los conventos de Lidda, San Elías y San Sabas; los sepulcros de la Virgen María, de San José y los de San Joaquín y Santa Ana? ¿Por qué ha compartido entre las sectas anticatólicas el santo Sepulcro, dejándote á ti la mínima parte? ¿Por qué les ha dado la cuna de Bethlehem, donde nació, y la roca del Gólgota donde quiso morir? ¿Por qué entrega á la guarda de los hijos de Mahoma esa Roca de las olivas, la última cosa que pisó en vida? ¡Por tu ingratitud! Bien puede dirigirse á ti la queja que lanzó á la ciudad deícida: *Jerusalem, Jerusalem, ¡cuántas veces he querido congregar tus*

hijos, como la ilueca recoge sus polluelos bajo sus alas, y no has querido!

Nazareth, 7 Mayo.

A media tarde del día 2 salimos de Jerusalem, por la grandiosa y monumental puerta de Damasco; mis ojos se posaron en la honda y negra cueva de Jeremías; pues él, y solo él con el doloroso acento de las lamentaciones, puede hablar de la Jerusalem actual.

A cuatrocientos pasos se encuentra el edificio que dedican los Padres Predicadores á San Esteban, el primer predicador que dió, allí mismo, según tradición, la sangre y la vida por la fe. Han descubierto un gran mosaico, cerea del solar de una capilla que estaría dedicada al propio santo, en el lugar donde cayó herido y muerto por una gran lluvia de piedras. Los Dominicanos, según se dice, hacen una casa destinada á ejercicios espirituales, y en la pared del buerto ó jardín, á medida que la van edificando, ponen hermosas capillitas representando los 15 misterios del Rosario.

La tumba de los Reyes que se encuentra más hacia aquí, consiste en un foso cuadrado é inmenso que, según fray Livin, sirvió de cantera á Jerusalem muchos años. El vestibulo, sostenido en otro tiempo por columnas de la misma roca, se abre en una de sus paredes y está adornado con un piso de gusto delica-

do, aunque incómodo. Allí, por una puerta de 90 centímetros de alto, se entra á las tumbas, cavadas al rededor de escavaciones que se introducen, la una detrás de la otra, en la roca viva.

Desde la tumba de los Reyes se camina un buen trecho por una vía romana, y se atraviesa el Valle de Josafat, que acaba un poco más arriba.

Montaña Scopus.—Donde el gran sacerdote Jaddo salió al encuentro de Alejandro que iba á apoderarse de Jerusalem.

Desde una altura, al despedirnos de la Ciudad Santa, rezamos, como es costumbre, el salmo:

Super flumina Babilonis illie redimus, et flevimus cum recordaremur Sion.

In salicibus in medio ejus, suspendimus organa nostra.

Y mirando fijamente por vez postrera á Jerusalem, coronada aún de hermosos muros, le digimos con el Rey Profeta:

Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea.

Adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui.

Ninguna ciudad del mundo hace tal impresión al dejarla, y no obstante, uno ignora si es amor, odio ó compasión lo que siente por ella, ó si siente á la vez esas pasiones, según se acuerda de la ciudad que fué cuna de la ley, imagen de la Jerusalem celestial, pre-

dilecta del Altísimo, ó del pueblo ingrato, cruel y deicida.

El-Bireh (antigua Beroth).—Allí Débora, sentada bajo una palmera, juzgaba al pueblo de Israel. Aquí es donde José y María, volviendo de Jerusalem, se apercibieron de que Jesús no iba con uno ni con otro. Se ven ruínas de una iglesia de tres naves, dedicada á la Virgen por los cruzados.

Samaria.—El primer pueblo que se encuentra es Bethel, donde Loth se separó de su tío y donde Jacob, huyendo de Saúl, vió la escala misteriosa que llegaba hasta el cielo, figura misteriosa de la Iglesia.

Allí fué enterrada Débora, nodriza de Rebecca, bajo una encina que fué llamada Encina de los lloros. Jeroboam adoró en Bethel un becerro de oro, y 42 niños de esta población, en el camino que va á Jericó, fueron devorados por los osos por haber insultado al profeta Eliseo.

Jifna.—La hemos visto solamente de lejos. No hay más que el lugar de una encina llamada Arbol de la Santa Virgen. Según la tradición, la Madre de Dios descansó viniendo de Nazareth con su hijo, y otra vez, volviendo de Jerusalem, cuando perdió á Jesús, viniendo desde El-Bireh buscándolo.

Silo (Seiloun) donde Josué puso el Arca y estuvo

300 años, y donde murió el sacerdote Heli al saber la muerte de sus hijos Ophni y Phinées.

Saliendo de *Khan es-sáoureh* véñse á lo lejos, por primera vez, al N. la cordillera de Garizim, y más allá el Hermon, casi siempre cubierto de nieve, como nuestro Canigó.

Pozo de Jacob ó de la Samaritana.—Está en medio de las ruínas de una pequeña iglesia construída por Santa Elena. Está hecho de piedra y cal y es profundísimo, pero no tiene agua. Su brocal es de una pieza. Al pie de ella leímos devotamente el Evangelio recordando el hermoso encuentro de Jesús y la Samaritana. A un kilómetro del pozo pasamos cerca de la tumba de José.

Ain Dafnah.—En este lugar, que está en medio del valle, entre dos montes, Josué puso el Arca y después de ofrecer un sacrificio, haciendo colocar seis tribus á una parte y seis á la otra, pronunciaron dos levitas las maldiciones contra los transgresores de la ley y las bendiciones para los observadores, y todos respondieron: Amén.

Napluse, antigua Sichem.—Situada en un hermoso valle entre dos montañas Hehal, vestida en toda aquella vertiente de nopales, y Gazirim, cubierto de verdes árboles y campos de trigo. De Gazirim, bajan unas cuantas abundosas fuentes que llenan de

vida y de murmullos sus huertos y jardines, pasando sus riegos por dentro de la ciudad, que no por esto es más limpia que las otras de Palestina, aun cuando es un todo diferente.

Hay muchas casas de tres pisos y de aspecto monumental como lo tienen sus murallas.

La capilla latina está enclavada dentro de la rectoría, es muy pequeña, y con bastante trabajo debe haberse visto nunca llena, pues de 16.000 habitantes no hay más que 60 católicos, siendo casi todos los demás mulsumanes. Visitamos el templo de los griegos unidos, que es tan grande como desierto, y el de los samaritanos para ver el famoso manuscrito del Pentateuco, que data, según Lievin, de Manassés, esto es, de 300 años antes de Jesucristo.

Consiste en una ancha faja de pergamino que se rolla por cada extremo en dos brocas de plata. Los cinco libros de Moisés están escritos con caracteres samaritanos. El pontífice de esa extraña rama del judaísmo, reducida hoy á 240 fieles, nos lo trae, porque nosotros no hemos querido descalzarnos hasta la puerta del templo, y nos lo enseña gozoso por dos pesetas y media. Cuéstale más morir á una religión, por pequeña que sea, que á diez dinastías.

Djémeh el-kebir.—Es una antigua iglesia, convertida en mezquita; su portada gótica es magnífica, y tiene algún parecido con la del Santo Sepulcro de Jerusalem. Véanse dentro columnas de granito,

enteras ó á pedazos, pero derechas aún, como soldados de la cruz que aún no han querido doblar la rodilla á Mahoma.

Los habitantes de Napluse no parecen de los más civilizados de Palestina, y los niños, que hacen, según el adagio, lo que ven hacer á los grandes, corren amablemente tras nosotros pidiendo *bakchiches*, á cambio de los improperios que nos lanzan.

Desde Jerusalem á Napluse el vestido cambia totalmente. En Samaria, los hombres del campo van vestidos con túnica azul, como las mujeres del campo de casi toda la Judea, y muchas mujeres visten de blanco, como los hombres en Judea, aunque esto no es raro al rededor de la Ciudad Santa. Lo que parece verdaderamente extraño es ver á los hombres vestidos de largo, y á las mujeres, especialmente en su infancia, llevando medias anchisimas y desgarradas. En toda la Judea hemos notado en las mujeres tendencia á coronarse de monedas de oro ó plata, mas desde Jerusalem á Samaria las hemos visto ricas y pobres, hasta las apacentadoras del campo más infelices, con la cabeza rodeada de duros de canto (habría unos cuarenta á sesenta), agujereados por en medio y atados con un cordón. Dicen que muchos son columnarios, llamados por los naturales *columnata*, que los mismos exigían de los pobres frailes, tributo que las mujeres hacen lucir sobre sus frentes, transmitiéndose de madres á hijas. En Samaria no he vuelto á ver esa corona de plata, aunque, según me dicen, es solo

por guardarla mejor dentro de una de trapo que llevan en la misma forma.

El país de Napluse es fertilísimo, los olivos son gruesos, tiernos y cargados de flor; verdean los manzanos, los granados de roja flor, los nopales cercan todos los huertos y jardines llenos de cebollas, ajos, tomates, melones, donde se oye susurrar el agua y cantar las aves. El país que encontramos hacia Sebaste no es tan abundante en agua, pero tiene con él mucho parecido.

Aquí en Napluse, como en Ramalá, hemos descansado en la casa parroquial, ó patriarcado, como aquí la llaman por estar servida por un sacerdote del Patriarca; los dos son del país. En las dos rectorías se hospedan hasta los protestantes, siendo así que en ambos pueblos hay pastor protestante, y en el primero hasta una fonda servida por gente de la misma secta. Esto prueba el ascendiente y buen nombre de nuestros sacerdotes.

Sebaste.—Esta ciudad, que Herodes fortificó y coronó de un muro de una legua de largo y la aumentó con 6000 hombres, dándole las tierras de los alrededores, no tiene hoy más que 300 habitantes entre ruinas. La de la iglesia de San Juan Bautista es considerada por M. Vogué como la más importante de las basílicas cristianas de Palestina. No queda más que la sencilla fachada, el ábside y la caja del templo hasta cierta altura, y sobre la tumba de San Juan Bautista

en medio del templo, coronada de una pequeña cúpula blanca. Se baja por una escalera de veinte escalones. La puerta es de basalto, mas está fuera de su lugar.

El techo está empedrado de pequeñas losas de mármol. En la pared hay tres como nichos; en uno yace el profeta Abdías, en otro el profeta Eliseo y el tercero es el de San Juan. Fué llevado allí por sus discípulos después de haber sido decapitado por Herodes.

Saliendo de la villa, á cosa de cinco minutos se ven derechas, como soldados no caídos aún en la batalla, 16 columnas monolitas que dicen al viajero dónde estuvo el grandioso teatro que regaló Herodes á Sebaste. Como recuerdo de este pueblo guardo una moneda encontrada en sus ruinas, donde se ven separados por una cruz Constantino y Santa Elena.

Bethulia (Sanour).—Está asentada en la cumbre de un pequeño altozano redondo y aislado en el medio de la llanura, á escepción de una lengua de tierra baja que la une á la pequeña cordillera. Tenía hermosas murallas, de que la desecoronó Abdallah-Pachá, de las cuales restanle aún como florones, algunos trozos de torre. Es una ciudad guerrera muy bien situada, y en aquel tiempo difícil de ganar, pues es larga la subida por todas partes, y solamente á pedradas, podían defenderse de los sitiadores. La llanura es ancha, verde, y sin un árbol para guarecerse del sol, que aquí quema verdaderamente. Ya el esposo

de la bella Judith, cual sombra parece que revolotea aún en torno de Bethulia; murió de una insolación en esta llanura.

Fuimos á comer en Djenim bajo unas higueras de sombra espesa y regalada, en un huerto rodeado de cactus.

En Djenim se cree que Jesús curó los diez leprosos (Lucas, XVII), de los cuales uno solamente le dió las gracias. No ha ganado nada en piedad este pueblo, pues de 3.000 habitantes de que consta, no hay más que dos familias católicas.

Galilea.—En Djenim dejamos la Samaria y entramos á la vez en Galilea y en la llanura de Esdrelón, que se extiende á los pies del viajero cinco horas seguidas, hasta dejarlo al pie de la montaña de Nazareth. Es de forma triangular y la más grande y hermosa de Palestina. A la derecha y á la mitad del llano, dejamos la montaña de Gelboë, seca y pelada, coronada de la blanca tumba de un santón; detrás vimos el Tabor, redondo, verde y hermoso, coronado con la capilla de la Transfiguración.

Nazareth, 8 Mayo.

Un P. Franciscano francés me cuenta que la Casa de Nazareth salió de este país hacia la Dalmacia, después de la última derrota de los cruzados en San

Juan de Acre y del horrible hecho siguiente: En Nazareth, que era entonces Sede episcopal, quedaba aún el Obispo, que se vió rodeado de moros que le amenazaban con quitarle la vida; él, débil y de poca fe delante de los mahometanos, arrojó la mitra y se puso el turbante declarándose apóstata.

Con la pérdida de la Casa santa comenzaron á llover sobre Nazareth calamidades sin número.

Un hecho notable sucedió el año 1622, que quiere notar. Los beduinos de las montañas de Moab, ó de la otra parte del Jordán, lo pasaron un día en són de guerra y saquearon todo este país y acabaron por la Casa y convento de Nazareth. Querían coronar la fiesta matando á los pobres frailes, ó iban á hacerlo, cuando se les apareció una hermosa dama, vestida al estilo del país, diciéndoles muy enfadada que no tocasen á sus sirvientes. Ellos huyeron espantados, diciendo que aquella mujer sola era capaz de sacarlos y echarlos de aquella tierra sagrada. Los pobres frailes no recibieron daño por intercesión de la Virgen María.

En 1885, habiendo una gran sequia, las madres mahometanas de Nazareth, enviaban sus pequeñuelos al templo, donde gritaban á Nuestro Señor: «Señor, dadnos agua.»

Nazareth, que significa Flor, es verdaderamente la flor de Galilea abierta en el seno de sus montañas. Estas, por dejarla sentar cómodamente, tienen la forma de un anfiteatro, ó mejor, de una grandiosa concha, en cuya cuenca ó ancha boca está recostada la ciudad

y cuyo centro es el Santuario de la Anunciación, en el fondo del dichoso valle escogido entre todos los del mundo para recibir las primeras pisadas del Dios hecho hombre.

La forma de concha de este valle, levantado sobre las cumbres de Galilea, trae la idea de la perla, y de la maravillosa manera cómo, según la poesía, la concibe.

Cuando la conquilla está bien formada y preparada en el fondo del mar, á veces se desliga de la tierra á la hora del alba, por una atracción desconocida, sube hasta flor de agua, y allí, abriéndose, toma una gota rosada, se cierra como un estuche y guarda en su seno aquel tesoro del cielo que un día ha de lueir como la más estimada de las piedras preciosas. Así el hermoso valle de Nazareth parece que se haya levantado sobre todos los de Galilea, para recibir á Jesucristo, verdadera y preciosísima perla del Evangelio.

La iglesia de la Anunciación es de tres naves y sencilla; en su centro, delante del altar mayor, se encuentra una escalera de mármol blanco de 15 escalones, y bajando el último se está en la capilla de la Anunciación. Allí, en aquel mismo lugar, bajo aquella misma arcada de granito, el Ángel dió á María la embajada más grande que han visto salir los cielos, y Dios se hizo hombre en las entrañas de una Virgen. Nunca, encontrándome devorado por la sed en los montes de Cataluña, ni en las llanuras secas y ardientes de Palestina, pose los labios en ninguna fuente

con tanto ardor como en esa piedra, fuente de toda nuestra civilización, de donde ha manado con las divinas aguas del cristianismo, todo el bien, lo verdadero y lo santo que vemos en el mundo. La vida interior que ha poblado en pasadas épocas la Nitria y la Tebayda, Miramar y las ermitas de nuestro Montserrat, y en la presente tantos conventos y monasterios, tiene aquí su fuente; la caridad, que hasta en el descreimiento de nuestros días avanza en la sociedad y cura continuamente las llagas de la humanidad enferma, tiene aquí su origen. El Mesías prometido en el paraíso á nuestro primer padre, el deseado entre las gentes, aquí tuvo su cuna y bajó de esas montañas, como otro Moisés de las del Sinaí, á publicar la dulce ley del amor á los desterrados hijos de Eva.

Muchas antiguas casas de Nazareth que están adosadas á la montaña tienen, y lo he visto por mis ojos, alguna habitación bajo la roca, que tal vez en las primeras épocas fué la mansión primitiva: pues de esa parte constaba la Casa de Nazareth y fué la que aquí quedó al ser transportada por manos de ángeles á Loreto. La tradición, según el P. Lievin, dice que el arcángel Gabriel, en el momento de la Encarnación, estaba en la Casa de Loreto, mientras la Virgen se encontraba en el lugar de Nazareth, que estamos visitando. El altar, que habria de ser el mejor del mundo y aún no sería digno de Dios humanado, es de mármol sencillo y contiene un cuadro representando la Virgen en oración mientras el Arcángel la saluda. Deba-

jo del ara é iluminado por cinco lámparas y señalado por una cruz de mármol, está el lugar dichoso que tantos peregrinos vienen á adorar, á través de tierras y mares, señalado con la inscripción: *Hic Verbum caro factum est.*

Taller de San José.—Es una sencilla capilla erigida en el lugar donde trabajaba el Santo Patriarca, ayudado y bendecido por el buen Jesús. Esta capilla y la de *Mensa-Christi* son católicas. La cueva donde se dice que comió con sus apóstoles, hasta después de la resurrección, es una roca llana que se levanta un metro de tierra, y está hoy recortada para comodidad de los fieles que van á oír misa en aquel templo.

Fuente de la Virgen.—Donde las nazarenas van á buscar agua, llevando siempre la airosa ánfora á la cabeza y un poco inclinada. Los griegos han hecho una iglesia más arriba, de donde dicen que viene la fuente, y bajo el altar hay una boca de pozo de un palmo de ancho, de donde sacan agua con un hermoso cubo para ofrecerla á los devotos.

Montaña del Precipicio.—Ayer á las cuatro de la tarde, nos dirigimos por el fondo del valle, yendo contorneando la montaña hasta el lugar del despeñadero, en el que los fariseos de Nazareth querían arrojar al buen Jesús. Hay una pequeña cueva

que servía probablemente de altar en la capilla que hubo en otro tiempo, de la cual solamente se ven las ruinas; lo mismo que del ermitorio que la acompañaría, del cual quedan trozos de pared y dos cisternas, rodeadas de espinosos cactus, tamariz y hierbas. Encima, las rocas están cortadas y rotas de mala manera.

Delante la montaña del Precipicio hay otra montaña á la parte opuesta del torrente de Nazareth, hoy sin agua. A la misma altura de la cueva se descubre de aquí otra. ¿Quién sabe si también fué habitada? ¿Quién sabe si era tradición popular lo que dice Adricomius, autor del siglo catorce, que Jesús, cuando *transiens per medium illorum ibat* fué visto en el mismo instante en la montaña de enfrente, donde dejó estampadas en la roca sus vestiduras?

Desde la cumbre de la montaña del Precipicio damos una ojeada al país. La llanura de Esdrelón se muestra con toda su belleza. Aquí Débora y Barac, al frente de un ejército de 10.000 hombres, deshicieron á Sisara que venía con una armada innumerable y 900 carros armados de hoces. El torrente Cisón, que se ve allí sin una gota de agua, arrastró sus cadáveres por la llanura.

Al pie del pequeño Hermon Naim, y más allá, Endor, donde Saúl fué, mal aconsejado, á consultar á la pitonisa.

Siguiendo la sierra, fuimos á coronar la expedición visitando á Nuestra Señora del Temblor. Cuando los judíos iban á precipitar á Jesucristo, dícese que la

Virgen vino llorando hasta aquí, siguiéndole sus pisadas, y viendo que le iban á despeñar, entróle un temblor grande. Aquí hubo un convento, cuyas ruinas y lugar es aún llamado por los moros Convento de las Doncellas, y una iglesia, cuyo ábside incluía la roca donde la Virgen estaba en su temblor. La capilla que acaban de hacer los PP. Franciscanos, ocupa la mayor parte: tiene en el altar la Virgen rodeada de mujeres compasivas del Zebedeo y sus dos hijos que le consuelan.

San Jaime.—Es una pequeña capilla que de limosnas españolas se acaba de edificar, en el solar mismo del Zebedeo, donde nacieron San Juan Evangelista y el Apóstol de España. Allí había ya las ruinas de una capilla de madera, de la cual quedan dos gruesas piedras que fueron encontradas de bajo del ara, colocadas en el mismo lugar de la nueva y pequeña iglesia. Al rededor se hallan dos ó tres cisternas cavadas en la roca; tal vez fuesen de la casa de los Hijos del Trueno. Una de ellas tiene dos becas redondas y la forma de dos tinajas unidas interiormente; mas en las paredes de roca y en el fondo se ven varios agujeros por donde pasaría un hombre, pero no se ha sacado la tierra.

Esta capilla está á un extremo del pueblo, que es de los más miserables que pueden verse. En dos casas, ó por mejor dicho barracas, hemos visto moler el trigo con una muela de mano movida por una mujer,

como en tiempo de los romanos; delante de la casa tienen el horno, digno de tal molino, donde generalmente se cuece el pan con estiércol seco, de ganado. De modo que ya es un adagio: en Oriente hay *campana de carne* (el muezin), *llave de madera* y *carbón animal*. En esta capillita hemos tenido el gusto de oficiar el día 9 de Mayo, cuando sólo lo habían hecho en ella dos ó tres Padres Franciscanos. En ella he rogado por España y he pedido al gran Apóstol San Jaime, que no deje menguar la fé en el reino á que la llevó, y donde recibió la promesa de la Virgen de que nunca se apagaría.

Al águila de los evangelistas, que tomó el vuelo en la vecina montaña de Nazareth, le he pedido que enderece é ilumine los caminos de la poesia moderna, tan llenos de barro, de polvo y de tinieblas, de duda y desesperación.

En cuanto á mí, humilde cigarra de los bosques de Cataluña, pequeño grillo que aprendí á cantar entre los terrones de la llanura de Vich, pedí la bendición para mis pobres canciones, y la gracia de saber beber la poesia, una sola gota que sea, en la sagrada fuente del Corazón de Jesús, donde él bebió la más alta que se ha escrito sobre la tierra.

Tabor, 9 Mayo.

A la una de la tarde bajamos de las montañas de Nazareth, y atravesando la llanura de Estrelón, pasa-

mos á ver la iglesia de Naim, que acaba de erigir un sacerdote de Nazareth, de apellido catalán, Cardona, en el mismo lugar donde Jesús resucitó al hijo de la viuda que llevaban á enterrar. A falta de católicos en la población, los moros guardan la llave del templo, que ha venido á abrir una mora con su hijo en brazos. Hemos leído el Evangelio de aquel lugar y nos hemos encaminado al Tabor. La subida es suave y la emprendemos por la parte del Norte, verde y umbria, llena de robles, los primeros que he visto en Palestina, carraseas y encinas de un verde que encanta.

¡Qué hermosa vista y qué día tan claro para gozar de tan bello espectáculo! A Poniente vemos, por un rebajamiento del Carmelo, el mar de Cesárea, y esta montaña se nos aparece de una á otra parte, dominándola toda el pico del sacrificio de Elías.

A medio día nos cierran el horizonte las verdes montañas de Samaria, que nos oculta el pequeño Hermón, que tiene á esta parte Naim y á la otra Sunam, la patria de la Sulamita de los cantares. La llanura de Esdrelón se extiende como un tapiz verde del Carmelo al Jordán, un poco restringido al centro del pequeño Hermón. A la parte opuesta del Jordán se ven de Sur á Norte las bajas montañas de Moab, manchadas de bosques y por todas partes incultas; hacia la parte del Norte, sirve de término el Gran Hermón, altivo y hermoso con su corona de nieve, y dominando con su blanca cabellera y su colosal altura todas las montañas de Palestina. Del Hermón aquí,

los ojos se defienen á contemplar la montaña de las Bienaventuranzas, el campo de la multiplicación de los panes y el estanque de Tiberiades, que parece, mirado desde tal punto, un hierro de lanza inmenso dejado allí por algún otro Goliat.

Desde el Hermón hacia Poniente se ve en último término la montaña de *Saphet* ó Cesárea de *Feliph*, que elevada blanquea como Medina Sidonia, vista desde la bahía de Cádiz. Más hacia acá se ve la montaña donde está seatado Caná de Galilea. Toda esta comarca está atravesada por la carretera que siguen los mercaderes del Cairo y de Damasco, que pasa por Napluse y por el pie del Tabor y el monte de las Bienaventuranzas.

Todo es bello en esta montaña, todo es bello á su alrededor. La Galilea no es pedregosa y estéril como la Judea; como no fué tan criminal, parece que la maldición de Dios no la haya herido tan de lleno, y cabalmente el Tabor está en medio de ella, dominando sus mejores paisajes, su único estanque, su llanura más grande y sus montañas más verdes. Á más esta es la más alta de Galilea, redonda, tan bien hecha como bien situada, tapizada de hierbas y vestida de aromáticas plantas y frondosos árboles; no en vano la escogió entre todas éstas nuestro Salvador por pedestal para su glorificación, como escogió el estéril Calvario por padrón de su ignominia. La palabra llena de amor y satisfacción de San Pedro, es la primera que acude á los labios en este altar miste-

rioso de nuestro Señor Jesucristo: *Bonum est nos hic esse*. Sería uno de los puntos de la tierra donde no me desagradaría desplegar la tienda ó al menos prolongar la parada, y dedicarme á mirar ese cielo, aún lleno de la gloria del Altísimo, esos valles y montañas, esos campos, riberas y caminos, donde su divino Hijo dejó impresas las huellas de sus pasos.

Tiberiades, 11 Marzo.

Ayer tarde hicimos un viaje al S. del estanque, hacia donde el sagrado Jordán vuelve á emprender su marcha, interrumpida por cinco ó seis leguas de mar. Me ha recordado al Rose saliendo del estanque de Ginebra, valiente é impetuoso como un caballo que se desvela cansado de dormir, y emprende de nuevo su carrera. La del Jordán no es tan rápida, por ser la tierra más llana, pero todos los años arrastra hacia el Mar Muerto algunos de los beduines que se arriesgan á pasarlo, desnudos, con su fardo de ropa á la cabeza. Los que van á caballo lo pasan mejor y más seguros, pero el intrépido animal tiene que remar con fuerza para vencer la calmosa y avasalladora corriente.

Á media hora corta de la ciudad se encuentra la grande tumba de un judío, cerca de unos baños calientes, célebres en el país. Entre éstos y la ciudad, véense enormes trozos de pared que hacen recordar los

del muelle de la antigua Ampurias, y columnas de granito, ha dos mil años tendidas á la orilla del mar, del que debieron ser ornato en otro tiempo. Es todo lo que resta de la Tiberiades romana.

Esta mañana, á primera hora, en alas de una sencilla barca, hemos ido á ver el Pequeño Jordán ó sea el punto donde desemboca bajando entre Hermón y el Libano.

De la vecina Cafarnaum no queda más que una torre, la mitad de gruesos mármoles, y los cimientos también de mármol de una gran basilica, que Lievin dice que estaba en el mismo lugar de la casa de la suegra de San Pedro, santificada por la presencia de Jesucristo y su Madre Santísima. Restan gruesos chapiteles, trozos de columna y arquivadas de forma grandiosa, cubiertos de hierba y de espinos.

De Bethsaida no queda tanto, pues las paredes que hay son modernas, bien que fabricadas con piedras sucadas de monumentos antiguos. De Corazain, que estaba á la otra parte de Cafarnaum, aún se conserva menos; solamente la terrible maldición que cayó sobre todas: *Vae tibi, Corazain; vae tibi, Bethsaida... Et tu, Capharnaum, nunquid usque in caelum exaltaberis? usque in infernum descendes: quia si in Sodomis factae fuissent virtutes quae factae sunt in te forte mansissent usque in hanc diem*. Más hacia aquí hay una llanura llena de árboles y fuentes, llamada Onádi-Hamam, Valle de las Palomas.

Entre ella y Tiberiades negrea el hoy humilde pueblo de Magdala, patria de Santa Maria Magdalena.

En la primera de estas dos expediciones nos ha acompañado el sacerdote Miguel Karam, del Patriarcado de Jerusalem, y destinado de párroco, ó mejor, misionista en la tierra de Hus, que está detrás del trozo de montaña de Moab, que tenemos delante. Hace un año que abrió la misión y ya tiene 300 fieles convertidos de entre los mil cismáticos griegos que allí había. Los griegos, careciendo de personal, tienen popes beduinos ordenados, que ni saben leer, de modo que no es difícil tomarles el gobierno de las almas, que ni saben ni pueden guiar por el camino del cielo, porque para esto se necesitan dotes especiales, como los del reverendo Karam. Es de raza árabe, del pie del Libano, y á más de su idioma natal habla el siríaco, el latín, el francés y el italiano. Es de gran sobriedad, como el pueblo que rige, y hasta ha dejado de beber vino, por no hacerse antipático á los beduinos que, como viven entre los musulmanes, lo aborrecen; es hombre de una paciencia propia de razas europeas, y, por último, de una amabilidad que atrae y encanta. Es de tipo árabe, y sobre la sotana lleva un manto blanco y el turbante, hecho de un pañuelo obscuro, de manera que se le tomaría por un *chéthk*.

Lástima grande que no haya sacerdotes para todas las misiones que podrían y deberían fundarse!

Son campos vírgenes que esperan al sembrador de la divina semilla del Evangelio. Los beduinos parecen malos, pero no lo son, me decía otro misionista que ha estado entre ellos. Siguen la ley natural un tanto ofuscada por el mahometismo, y la admiración que sienten por Jesucristo abre fácilmente la entrada al que vá á hablarles de la doctrina celestial. Son sobre todo muy sencillos, se admiran del misionista y le escuchan como si hubiese bajado del cielo. Cuando le convidan á comer á una casa, matan el carnero más grande del rebaño para él solo; en cambio, cuando son convidados por él, va toda la tribu, abuelos, padres, hijos y nietos.

Cuando van á la rectoría á pedirle alguna cosa, aunque les diga que no puede dársela ó que no la tiene, hacen como quien no entiende, la piden de nuevo y después la piden en otra forma, y la vuelven á pedir sin descanso, como hacen los niños. Se aconsejan del párroco para todo, hasta para sembrar, comprar y vender, de manera, que éste, ha de hacer una provisión de paciencia que no se acaba nunca.

Caná de Galilea, 11 Mayo.

Saliendo de Tiberiades no tardan á encontrarse tres tumbas á mano izquierda; una es del Doctor Máymon, filósofo judío, hijo de Córdoba, más conocido en Europa con el nombre de Maymónides, y las otras

dos son de Bebe-Vriuc y Joena-Bénsach, rabinos del tiempo de Jesucristo, que le acogieron muchas veces en su casa de Genasareth, pero no se convirtieron.

Se deja el valle y se arriba á la grande y hermosa llanura de Hattine, y, á pocos pasos, se encuentra á mano derecha, á la orilla del camino, el lugar de la multiplicación de los panes. Las gruesas piedras basálticas donde se sentaría Jesús con sus apóstoles aún están allí, como si acabaran de levantarse. La tierra está cubierta, como entonces, de lozana hierba: *erat fenum in loco*; solo falta Jesús y la turba que á su alrededor debía cubrir, como un rebaño, esos márgenes ó ribazos.

Montaña de las Bienaventuranzas, es llamada por los indígenas Kurn-Hattine, los cuernos de Hattine, por terminar en dos puntas, entre las cuales hay un pequeño llano donde se dice que hizo Jesucristo el eternamente célebre sermón de la montaña.

El golpe de vista es inmenso.

Campo de las espigas.—Donde Jesucristo defendió á los Apóstoles ante los fariseos, porque obligados por la necesidad cogieron algunas espigas, recordándoles que, en semejante caso, David *entró en la casa de Dios y comió los panes de proporción que le era permitido comer*.

Caná de Galilea.—La iglesia que los Padres

Franciscanos acaban de construir, está colocada en la misma casa de las célebres y afortunadas Bodas donde Jesús hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. Es la casa de Simón el Cananeo que, según San Cirilo, era el esposo de aquellas bodas. Delante mismo de la iglesia católica, los griegos levantan otra, donde quieren colocar dos gruesas urnas de piedra que dicen ser las del convite.

Las ruinas de la casa de San Bartolomé, son propiedad de los Padres Franciscanos, y están cerca del cementerio católico.

Como en casi todos los pueblos importantes de Palestina, las pobres almas, especialmente las de los niños, son disputadas á la verdadera y única Iglesia por los protestantes, griegos y mahometanos, por todos los medios.

Saliendo de Caná dejamos á la derecha sobre una altura el pueblo de Mesched, patria del profeta Jonás, que guarda cuidadosamente su tumba dentro de una mezquita.

Nazareth, 15 Mayo.

Hemos asistido al Mes de Maria de esta población. Delante del altar, á las cinco y media de la mañana se reúnen los niños católicos, y detrás de ellos algunos grupos de hombres y mujeres, y rezan el rosario en árabe, dirigidos por un joven de veinte años. La ora-

ción del Ave-María, aunque en la lengua de Mahoma, parece más dulce en esta iglesia donde fué dictada en gran parte, por el arcángel Gabriel, y la Virgen nos parece que ha de escucharla mejor, sobre todo cuando la repiten labios de ángeles. Después del rosario cantan la letanía, el *Ave maris Stella*, con una graciosa tonada francesa, que desacentúa, eso sí, las palabras del hermoso himno latino, y el párroco, que aquí es español, ha dicho misa, mientras acaba la función, dando la bendición con la vera cruz.

La Virgen María desde su altar lleno de flores, cogidas por manos puras en los jardines de Nazareth, parece sonreír al canto de los niños y darles también su bendición. Dignese también bendecirnos á nosotros, viajeros que venimos á adorar sus pisadas en la tierra.

Es curioso el modo de portarse los orientales en el templo. Dejando aparte los cismáticos, que se posttran hasta tocar la frente en tierra, se levantan y se santiguan, repitiendo esto mismo lo menos tres veces; los católicos se quitan ó no el turbante ó gorra egipcia, se sientan en tierra ó sobre los talones y no se arrodillan aunque alcen á Dios; mas cuando lo hacen, se bajan hasta tierra, besándola, muy compunidos, gran número de veces.

Las mujeres llevan aquí, sobre la túnica, un manto parecido á un gambeto airoso con mangas cortas, adornado con algun dibujo. Cuando van al templo se lo ponen sobre la cabeza, mas ya dentro de él, se lo bajan hasta las espaldas, dejando ver entonces la

cabeza con un pañuelo como en nuestra tierra, mas coronada la frente con un segundo pañuelo que recuerda el turbante de los hombres. Estos, como las mujeres, no saben olvidar la costumbre arábica de quitarse las babuchas, que dejan al pie de una columna, ó cerca de sí, por más que nuestros religiosos les digan que es válida y buena la oración aunque se lleven zapatos.

Respecto á la devoción me parece que, dejando aparte honrosas excepciones, no entra muy á dentro en el corazón de los orientales, sino que se queda muy á la superficie. No son difíciles de ganar, mas son fáciles de perder. Conocen solamente el exterior de la religión, miran las ceremonias y cosas sagradas en sí solas, independientemente de lo que significan; en una palabra, toman las hojas del árbol divino de la religión, no las ramas y el tronco. Por eso cambian fácilmente. En Bethleem, por haber hecho cambiar los Padres Franciscanos el cementerio en bien suyo, pues el que había era indecente, y yo soy testigo de ello, no hace muchos años, se hicieron cismáticos cuatrocientos del rebaño católico, aunque luego volvieron casi todos.

Si piden alguna cosa en el convento y no se les dá, aunque sea una naranja, cambian de religión hasta que vuelven á tener algún disgusto con la nueva y vuelven á la anterior. Una iglesia que pague bien siempre estará llena, á escepción de la protestante, que habla poco á los sentidos de los orientales. Los protestantes hacen su propaganda en las escuelas,

que levantan por todas partes, sobre todo donde pueden hacer más daño. Centenares de niñas y niños del Líbano, están hoy en escuelas protestantes, para ser mañana otras tantas maestras y pastores, y haga Dios que esa fortaleza de la fe católica en Oriente resista tan fuertes baterías.

Carmelo, 15 Mayo.

A poco más de las dos de la madrugada salíamos hoy de la, para mí, más estimada ciudad de Palestina, la Ciudad Santa. Pasando por delante del templo de la Anunciación hemos rezado, quizás por última vez, en este santo lugar, el Ave-María; hemos desfilado por la orilla de la fuente de María; por primera vez la he visto solitaria; ninguna ánfora mezclaba su rumor, llenándose, al murmullo de sus aguas; ninguna nazarena conversaba bajo el arco de la piedra que cubre la fuente; ningún niño jugaba cojido á las faldas de su madre; la recua de camellos que había de partir de Jerusalem, no había aún en el gran abrevadero; las abejas no libaban juguetonas las flores de la orilla. Diciendo adios á aquellas murmurantes aguas, no bebí, porque tras la montaña, me esperaba bebida más dulce.

Todo dormía en el valle dichoso de Nazareth, menos el buen Jesús que velaba, olvidado de todo el mundo, en el sagrario, que se alza encima del único

lugar del mundo que lleva escritas esas misteriosas palabras: *Hic Verbum caro factum est.*

Desde la cumbre de la montaña volvime aún á Nazareth, que trabajosamente se divisaba, pues esta noche el creciente de la luna no lucía en el cielo, ni, gracias á Dios, había quien adorase al astro en aquella hora en la bendita cuna del Verbo encarnado. Siguiendo á obscuras los zig-zags del camino, bajamos de la sierra al valle de Zabulón por más abajo del pueblo de Rene en dirección del de Séphoris, patria de los padres de la Virgen María, y quién sabe si también patria suya. Antes de llegar á sus primeras casas, nos envía un rayo de luz que asoma desde la parte del Tabor, la estrella de la mañana, que entre todas las del cielo resplandecía como un brillante entre las perlas. ¡En aquella hora y en aquel lugar, qué imagen más dulce y agradable, para nosotros, la de la Virgen María! *Stella matutina, ora pro nobis.* Cuando la Virgen divina fué concebida en Séphoris, cuando nació pura, é inmaculada y hermosa, el mundo, como ahora, y más que ahora, estaba en las tinieblas, los hombres habían olvidado los caminos de la vida, y los valles y montañas de la Galilea, despertando los primeros á aquel rayo de nueva luz, se debieron decir unas á otras lo que nosotros decíamos acercándonos á Séphoris y mirando la estrella del alba: «el día se acerca.»

El día nos ha cogido celebrando misa en la capilla de Santa Ana, liecha en el solar de la que fué su

misma casa en tiempos antiguos, y bellamente restaurada por los custodios de Tierra Santa. Es de las más sencillas y de las que más nos han gustado de las muchas que poseen; pero es solamente una capilla de la antigua Basílica, edificadada por José, Gobernador de Tiberiades en el siglo cuarto, y reedificada de la destrucción de Córoos por los cruzados. Aún hay á la derecha, entre las cuatro ó cinco que yacen rotas por tierra, una esbelta columna de granito.

Los habitantes de Séphoris no estiman en nada, y acaso desconocen, la gloria sin igual de su ciudad, pues de 4.000 que son, solo hay cuatro ó cinco católicos, que oyeron ayer nuestra misa. Los demás son mahometanos fanáticos y de mala índole, mas no tanto aún como en otros tiempos, que no dejaban celebrar la misa sino *jannis clausis*; mas ni en tiempos pasados ni en los presentes, los Padres de Tierra Santa han sido recibidos por aquellos moros salvajes como suelen serlo por los cristianos saturados de civilización en la Rambla de Barcelona.

En Séphoris nos hemos despedido del amable paisano nuestro, el P. Velázquez, que nos ha acompañado, y nos hemos dirigido hacia Khaïpha á través de bosques de robles y tierras á medio labrar, donde se veían como en Battine y Tiberiades, hace dos dias, segadores que empuñaban una pequeña hoz, segando la cebada de un color rosado que tiraba á blanco. En los bosques veíamos levantar á derecha é izquierda del

camino vuelos de tórtolas, que deben ser las perdices de Palestina. Oímos una ave que canta y trina muy bien, mas en ninguna parte el ruiseñor, que solo hemos oído á orillas del Jordán. Al bajar desde la última montaña á los arenales de la marina, encontramos el pueblo de Chèpha-Amr.

El arenal que encontramos dos horas más abajo es de otras tantas de largo, pequeño mar del cual las montañas de arena son las ondas que suben y bajan como las de Bagur, empujadas y transportadas por los vientos. Hoy las mueve en torbellinos de abrasadora polvareda el sirocco, ó viento del Africa, mas por fortuna no hace más que empujarnos, pues como el sol, que la ayudaría á abrasarnos, nos viene de espaldas. Es una franja deslizada del desierto que va ensanchándose en Palestina, desde que ha merecido la maldición de Dios.

Ganada la orilla del mar, encontramos á la izquierda un bosque claro de elegantes palmas, y atravesamos el Cisón, que angulea entre ellas.

Monte Carmelo, 16 Mayo.

Hacia la mitad del día más caluroso que hemos tenido en Palestina, llegamos á Khaïpha, pueblo sentado al pie del Carmelo como Monistrol al de nuestro Montserrat. Lo más notable en él es su colonia agrícola prusiana, que trabaja admirablemente el pedazo

de tierra que separa la ciudad y el mar de la montaña. Son 500 protestantes: los católicos latinos no son tantos y tienen por párroco un P. Carmelita del Hospicio.

En su hermosa iglesia dedicada, no es necesario decirlo, á la Virgen del Carmen, hemos asistido al Mes de María con exposición del Santísimo. Los niños cantaron al són del órgano el *Tantum ergo*, Letanía Lauretana, que gusta mucho á los orientales, todo en latín, como el Ave-María en el Rosario que han rezado; lo que prueba una instrucción más completa que en todos los pueblos de Siria, donde esos cánticos y oraciones se hacen en árabe. Los niños son educados por los benditos Hermanos de la Doctrina Cristiana y las niñas por las damas de Nazareth.

Hasta entrada la noche no hemos salido de Khaipha, hacia el Carmelo, del que no debería hablar por no haberle visto sino á oscuras. No obstante, así y todo, ¡qué hermosa vista! El siroeco, que nos impelia aún con su mano de fuego montaña arriba, movía con fuerza los olivos y los algarrobos. Grandes nubes de anchas alas se miraban en el mar, pintando inmensas y negras sombras, que hacían resaltar, allá bajo, al pie de la montaña, la franja de espuma de la playa, y á la otra banda de Khaipha la franja de arena blanca como la espuma que se extiende en semicírculo hasta Tolemayda. La montaña oscura se hundía en el cielo azul, como una frente de cabello negro en una inmensa mitra bordada de piedras preciosas.

El Carmelo es verdaderamente digno de la nominación que tiene, bajo cualquier aspecto que se le mire. Trono de la Virgen, á quien la Santa Escritura llama *decor Carmeli et Saron*, dió reposo á sus primeros adoradores, y desde su cumbre vió Elías levantarse de la parte del mar la nube que envió la lluvia fecunda y suave que pedía la tierra.

Según tradición, la Virgen en persona vino aquí con su santa madre, que tenía rebaños y una casa para sus pastores. Dejando aparte sus recuerdos innumerables, el Carmelo es la más hermosa de las montañas de la Tierra Santa; mira por una parte á sus pies todas las de Galilea, y por la otra el mar, de que la Virgen del Carmen es patrona desde tiempos remotos. El enorme faro que para guía de los navegantes hay delante de la iglesia, no es más que un símbolo. El verdadero faro de los navegantes, la Estrella del mar, es María.

El superior del Carmelo, P. Francisco, es español, como lo fué el P. Próspero del Espíritu Santo, que en 1635 fundó en el Carmelo la Orden que le debía el nombre que ya había llevado la bandera de su Patrona y madre á todos los pueblos de la tierra.

El convento es el más grandioso de Tierra Santa, mas no tiene tanto espacio como parece, por tener la iglesia en su centro. Esta es de estilo griego, en cruz, blanca é iluminada por una gran cúpula; dicese que ocupa el mismo lugar de la capilla edificada por los hijos de Elías *virgini paritura*. En su centro, bajo

el mismo altar mayor, está la Cueva de Elías, convertida en la iglesia del Santo, sirviendo de altar una roca que le aprovechaba de lecho, según él mismo reveló á principios de este siglo á un religioso español. Elías es muy venerado por los griegos cismáticos, que en diferentes ocasiones quisieron apoderarse del convento, y, lo que es más extraño, por los moros, que le tienen un poco de voluntad mezclada de un grande temor. En esa cueva santa he tenido la dicha de celebrar la misa, á las cuatro de la mañana, una hora antes de dejar esa montaña y sus lugares sagrados, sin conocerlos.

No he podido ver la cueva llamada Escuela de los profetas, donde Elías interpretaba á sus discípulos las Sagradas Escrituras, y donde dicen que pasó algunos días la Sagrada Familia, viniendo de Egipto. No he podido ver el Valle de los Mártires, regado con sangre de los PP. Carmelitas, ni el jardín de Elías, donde se encuentran los célebres melones de piedra; no he podido acercar los labios á la fuente que brotó de entre las secas rocas á los ruegos del gran Profeta.

A las nueve de la mañana, siguiendo siempre la orilla del mar, llegamos á San Juan de Acre. Antes de arribar se encuentra, como en Khaípha, un río abundoso y un palmar.

Sus murallas son de tierra, á la moderna. El interior está lleno de ruinas de edificios antiguos, mas no hay nada monumental; del ancho asperón del puerto que recibió las escuadras de los cruzados, no restan

sino trazos perdidos entre las ondas, que sepultaron tantas naves, tantos brazos y corazones de hierro y tan gloriosas esperanzas.

A las diez partimos hacia Beyrouth, en el vapor *Iberia*, que capitanea un catalán del Rosellón, Calixto Sagols, de Bañuls.

Tyro y Sidón, las hijas del mar, pasan á nueve horas de distancia la una de la otra, ante nuestros ojos, como fantasmas de otros tiempos que surgen de entre las arenas del mar, digna tumba donde fueron enterradas.

Una y otra recibieron la visita de Jesucristo. En Tyro dijo á una mujer pagana que le pedía la curación de una hija suya: «Dejad por ahora comer á los hijos; pues no es necesario tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los perros.»

«Es verdad, señor, repuso ella: no obstante, los cachorros comen bajo la mesa las migajas de los hijos.»

Entonces Jesús le dijo: «A causa de esa palabra, id; el demonio ha salido de vuestra hija.»

Muchas hijas de Tyro siguieron á Nuestro Señor, mas no dejaron de cumplirse las terribles profecías de Isaias y Ezequiel. «Oh, Tyro, exclama este profeta (cap. 27), tú dijiste: Yo soy de una perfecta hermosura. Estoy sentada en medio del mar. Tus vecinos que te edificaron no han olvidado nada de lo que pueda embellecerte.

Te construyeron de abetos de Sanir, con tus en-

tablados á estilo del mar. Para hacerte el palo mayor cortaron un cedro del Líbano.

Dolaron (1) las encinas de Basán para hacerte remos; marfil de las Indias gastaron en tus asientos; materiales de las islas de Italia para hacer tus cámaras.

De lino de Egipto finísimo de diferentes colores se ha tejido la vela de tu palo; el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa hicieron tu pabellón.

Los habitantes de Sidón y de Arad fueron tus remeros; tus sabios ¡Oh Tyro! te sirvieron de capitanes.

Los ancianos de Gebal y los más hábiles te dieron gente para tu servicio...

Los persas y los de Lydia y los de Lybia eran soldados de tu ejército, y en tí colgaron sus escudos y capacetes por ornate.

Los aradianos con sus tropas estaban al rededor de tus muros; y los pigmeos que coronaban tus torres han colgado en la muralla sus aljabas, para completar tu hermosura.

Los cartagineses que comerciaban contigo, llenaban tus mercados de toda clase de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.

La Grecia, Túbal y Mosoch negociaban contigo, trayéndote esclaves y artefactos de cobre.

Tu comercio se ha extendido por todas las islas.

(1) Dolaron, del latín *doleverunt*. Consérvase este verbo con el sustantivo *doladora*, hacha grande que no dejan los aserradores de la Guillería.

Los pueblos de Judá y de Israel también traficaron contigo y trajeron á tus mercados el mejor trigo, bálsamo, miel, aceite y resina.

Las naves entretuvieron tu principal comercio. Tú fuiste rica y hermosa en medio del mar... mas el viento de Mediodía te ha hecho pedazos, *contrivit*, en medio de las aguas.»

Beyruth, 16 Mayo.

Parece, tomando la comparación de un gran escritor de Tierra Santa, una hermosa sultana recostada sobre un cojin verde, contemplando las ondas en su soñadora indolencia. Es una ciudad asiática que se disfrazó, ó mejor dicho, se convirtió en europea, con sus edificios, costumbres, trajes, lengua, y, sobre todo, con su movimiento. Puerta de Damasco y puerto principal de Siria, va haciendo suya toda la vida comercial de esa extensa región y de un maravilloso crecimiento, á pesar de las trabas que le opone, como á todo lo que tiene vida propia, el gobierno turco.

Es una ciudad antigua sin monumentos. Sus principales iglesias son: las de los PP. capuchinos, franciscanos, lazaristas, griegos y armenios católicos.

Lo que es muy digno de visitarse es la Universidad, levantada, hace algunas años, por los PP. Jesuitas, para hacer frente á la Universidad americana, que amenazaba protestantizar aquel país. Consta de tres

cuerpos principales, la iglesia con la Universidad á una parte, y el Seminario á la otra, divididos por dos grandes patios y unidos entre sí por la parte del edificio destinada á los Padres de la Compañía y cate-dráticos.

El Seminario y la Universidad tienen vida independiente uno de la otra: y sus respectivos estudiantes no se ven, pues hasta para los actos religiosos tienen capillas aparte.

Hoy, por ser la fiesta mayor dedicada al Patrocinio de San José, los he visto reunidos en la iglesia grande, en la bendición solemne. ¡Qué gozo daba ver 600 estudiantes, de todas partes, de todo color, pues los hay blancos y negros, procedentes de todas las religiones, cismáticos, moros y hasta judíos, arrodillados ante el Santísimo, haciendo resonar con el *Tantum ergo*, aquella elegante y espaciosa nave de piedra! ¡Qué entusiasmo religioso denotaban aquellas tiernas voces y qué recogimiento se veía en aquellas caras, animadas al mismo tiempo por el fuego de la vida y el ardor de la juventud! Después de la función religiosa se han ido á esparcirse con la representación, hecha por ellos mismos, de un drama árabe, en un teatrillo construido dentro de la misma Universidad, mientras las mujeres de la ciudad celebraban en el templo el mes de la Reina de las flores.

En la misma Universidad se sostiene una imprenta árabe, donde trabajan 70 operarios, estampando libros de devoción, los únicos que se ven en Oriente, y

un periódico. Una de las muchas obras que se han publicado, es la Biblia, y otra de las que se publican, la Suma de Santo Tomás en árabe.

Entre los seminaristas hemos visto algunos monjes maronitas y otros tantos jóvenes destinados al ministerio sacerdotal en aquella montaña, baluarte de la fé.

Esta Universidad es digna de la Orden que la sostiene y es, sin duda alguna, la batería más fuerte que la religión católica ha preparado en Oriente contra el protestantismo.

Beyrouth, como hemos dicho, no tiene monumentos, pero tiene historia; solo de ella citaremos un hecho, no porque sea desconocido, sino porque se ha reproducido en otra forma en nuestros días.

Un cristiano que vivía cerca de la Sinagoga, tenía un Santo Cristo colgado en la pared, cerca de su lecho. Vendió la casa á un israelita y éste, poco tiempo después, invitó á sus amigos á una comida. Uno de ellos, habiendo aperebido la imagen de Jesús Crucificado, acusó al nuevo propietario de mal judío y fué á quejarse á los rabinos. Estos y los ancianos del pueblo vinieron rodeados de una multitud, se apoderaron del crucifijo y dijeron: «Nuestros padres le han cubierto de injurias, hagamos nosotros lo mismo.» Le escupieron, le dieron golpes y renovaron, en cuanto les fue posible, todo lo que el Salvador había sufrido en su pasión. Mas cuando le atravesaron el costado, salió de él sangre y agua. Hallándolas recogido en un

vaso, se dijeron unos á otros: «Los partidarios de Cristo dicen que ha hecho todo género de milagros; llevémosle este vaso á la Sinagoga y derramémosle esta sangre sobre los enfermos. Si es verdad lo que cuentan de Jesucristo, todos serán curados.» Lleváronse el vaso á la Sinagoga, y su contenido hizo un gran número de curaciones sobre ciegos, tullidos, leprosos y todo género de enfermos. Viendo esto los judíos pidieron perdón de su falta y se convirtieron á nuestra santa religión. La Sinagoga fué transformada en iglesia y consagrada á Nuestro Señor Jesucristo.

El aniversario de este hecho se celebra aún el 9 de Noviembre. De la sangre que brotó del costado de Jesucristo, el Obispo de Beyrouth envió alguna cantidad á diversas catedrales, en pequeñas bolas, una de las cuales se conserva en el tesoro de Santa Maria de Venecia. Dos casos que han tenido lugar en Beyrouth, esta primavera, denotan que el fanatismo y quimera de los judíos contra Jesucristo y sus seguidores están vivos y arraigados como nunca.

Habiéndose apercebido una mujer de que un judío llevaba dentro de un saco alguna cosa que se movía: —¿Qué lleváis ahí?—le dijo. Él, sin responder á la pregunta, echó á correr escapado; la mujer gritó, y el judío, lleno de miedo, dejó el saco, donde encontraron una criatura, hija de padres cristianos, seguramente destinada al sacrificio.

En el otro caso ya se había ido más allá. Los vecinos de una casa en que solían reunirse los

judíos, oyeron gritos de una criatura. Sabiendo que allí no había niños, preguntáronse azorados, unos á otros, qué podía ser aquello, y fueron á empujar la puerta de la casa, mas la encontraron cerrada. Obligados por maliciosa sospecha, la echaron á tierra, y hallaron un hermoso infante, atado en una cruz y ya desangrado.

En una ó en otra parte, todos los años se beben la sangre de un niño cristiano; y es que dudan si ha venido el verdadero Mesías y si lo es Jesucristo, y por eso, en caso de haber realmente venido, mediante esta sangre, que convierten en substancia propia, creen los crueles fanáticos hacerse partícipes de sus promesas redentoras.

En los alrededores de Beyrouth se encuentra el lugar en que, según una antigua leyenda, quedó el dragón vencido por San Jorge.

Camino de Damasco, 16 Mayo.

A las seis de la tarde salíamos en el coche-diligencia por el camino de Damasco. Como era día de fiesta encontramos las carcañas de la ciudad llenas de paseantes que iban ó venían de fuera, ni más ni menos que en Barcelona á aquellas horas. Aquella parte de Beyrouth es bonita, muchos de aquellos campos son de regadío y están llenos de moreras de ancha hoja y de verdes y frondosas viñas.

Un bosque de pinos que cubre aquellas cimas, que nos recuerdan el Tibidabo y San Pedro Mártir, baja hasta el pie de la ciudad. Estas cumbres están, sin embargo, más lejanas y son más elevadas que las que sirven de respaldo á la ciudad de los Condes, y están coronadas de pueblos; son como la repisa de las montañas del Libano, que vamos escalando con calma, dando vueltas y rodeos, y mudando cada hora de cabalgaduras. El paisaje cambia á cada pliegue de la sierra, dominado siempre por la nevada cresta. Chitova es la estación que promedia el camino y á la cual llegamos de noche. A la vuelta contemplamos la agrisada luz de la luna que inundaba los verdes prados, por entre dos filas de álamos altos y hermosos de la carretera. El aneroides de mi querido compañero de viaje, el Doctor Almera, marca en algún punto la altura de 1.880 metros sobre el nivel del mar, es decir, que hemos subido á la altura del Montseny. Bajando de la montaña se encuentran trozos de terreno de gran aspereza y aridez; más al llegar á la llanura, el río Barada que se acerca de pronto á la carretera, cambia la decoración, vistiendo de verdor las dos vertientes de su hermosa ribera y acompañando al admirado viajero á las mismas puertas de Damasco. Los álamos y los sauces son los árboles que predominan, notándose entre los últimos una variedad más pequeña, semejante al de hoja blanquecina, cargado de flores, pequeñas y amarillas, de regalado aroma. Un vástago que, á la vuelta, tomé desde el coche, bajo la casa donde murió Abdel-

Kader, al pasar junto á sus jardines, ha dejado en mi cartera el delicado olor del cinamomo. Hermoso sitio escogió para pasar los últimos años de su vida y para morir el gran guerrero. Desde allí el Barada, dividiendo su curso, deja desparramar algunos brazos por el declive de la sierra, y como los riegos son obra mora, dejan descuidados escapar el agua por algunas partes, en improvisadas cascadas, como arregladas por la mano de la naturaleza.

Damasco, 17 Mayo.

El secreto de la larga y siempre afanosa vida de Damasco está en su posición geográfica, y en el agua, que desde una garganta del Libano le baja el río Barada, y que, dividida en mil riegos y canales la refresca, fertiliza y embellece maravillosamente.

Una tradición pone en este oasis el Paraíso terrenal, y los árabes, en su entusiasmo, hasta señalan el sitio de donde Dios Nuestro Señor tomó la tierra para formar el primer hombre.

Cuando llego á la población ésta no me produce la impresión que esperaba; las calles están llenas de barro por acabar de llover; y lo primero que he visto yendo al convento de los PP. Franciscanos, es el mercado de los asnos y después el de los caballos.

Los Franciscanos son todos españoles, y nos reciben, como suelen hacerlo en toda Palestina, con los

Diario de un Peregrino—9

brazos y el corazón abiertos, ni más ni menos que si fuésemos hermanos suyos. La iglesia fué edificada después de la matanza de los frailes y cristianos del año 1860, en que la antigua fué devorada por las llamas; la levantó el venerable P. Enrique Rico, valenciano, que ha pasado 55 años en Tierra Santa, y como el Gobierno turco les apremiaba, se edificó sin arquitecto ni maestro de obras, y lo que es más extraño, sin plano. La ropa de la sacristía lleva la marca de España, y la joya y principal adorno del altar mayor es un gran cuadro, regalo de doña Isabel II, representando la caída de San Pablo, cuando oyó la voz de Jesucristo que le gritaba: *¡Saulo, Saulo, quid me persequeris?*

La primera excursión (tanto vale), la hacemos al teatro de tan grande escena, donde leemos el cap. IX de las Actas de los Apóstoles. Nada la recuerda allí en aquel arenal que el sol abrasa, convertido hoy en cementerio cristiano, sino el signo de la cruz sobre las tumbas de mármol de algunos católicos que se hacen enterrar en él. Que esos mármoles y esa cruz sean prenda de algún monumento que la posteridad levante en aquel lugar, donde el enemigo de la Iglesia que iba á Damasco, *spirans minarum et coedis in discipulos Domini*, se levantó Apóstol de las gentes.

18 Mayo.

Hoy celebramos misa en la casa de San Ananías, de la cual resta aún una habitación subterránea, convertida en capilla por los Custodios de Tierra Santa. La bóveda que la cubre está tan vieja, ahumada y roída por el tiempo, que propiamente parece de roca. Al primer toque de la campana han acudido á la Misa los vecinos, que hasta los moros tienen por abogado de la vista al Santo que la devolvió á San Pablo, haciendo caer de sus ojos como escama *tamquam squamæ*.

No ha sido tan afortunada la casa de San Pablo, *in vico qui vocatur Rectus*, recto aún hoy, bien que no tan adornada como en tiempo de los romanos, pues está convertida en mezquita llamada *Mezquita de Judas*. El santón por un *bakchiche* deja entrar á los cristianos para verla y rezar en ella, y les enseña una antigua piscina, donde, según él, fué bautizado el gran apóstol, y que sirve hoy, ¡malhadada! para las abluciones de los musulmanes.

Un cuarto recuerdo guarda aún esta ciudad de San Pablo, al que se refiere él mismo en los versículos 32 y 33 del capítulo XI de su carta á los corintios.

Damasci, propositus gentis Arrete regis custodiebat civitatem Damascenorum ut me comprehenderet.

Et per fenestram in sporta dimisus sum per murum, et sic effugi manus ejus.

Este muro, de sólida fábrica romana, se conserva todavía, y se enseña aún el torreón desde donde le bajaron en un cuévano.

La Compañía de Jesús ha adquirido la casa de San Juan Damasceno, de la que aún se conservan un arco y la habitación donde nació. En ella quieren hacer una iglesia, que estará muy bien situada en el centro del barrio cristiano.

¡Eneventre este gran Santo, gentil flor de Damasco, nuevos vástagos de santidad en su patria, tantos siglos ha dominada por la media luna, y, bendiciéndola desde el cielo, logre su difícil conversión!

Pasando por delante de una pequeña mezquita, el dragomán católico que nos acompaña nos muestra dentro, por una ventana, no sé con qué fundamento, el sepulcro de San Simón Stilita.

Será una tradición como la de que en la Gran Mezquita guardan la cabeza de San Juan Bautista dentro de una cajita de oro.

La Gran Mezquita ocupa el sitio de un gran templo que estaba rodeado de una altísima columnata, de la cual quedan dos fragmentos; uno de ellos, que era un portal, se puede ver aún con sus tres columnas por banda, más altas que las de la calle del Paraíso de Barcelona, con una inmensa arcada, que se puede ver aún desde el bazar de los argenteros, y más de cerca, desde unos terrados, donde subimos.

Sobre el templo romano edificó la iglesia cristiana Arcadio, hijo de Teodosio, en 395, pero los musulmanes se apoderaron de ella y la convirtieron en mezquita en 705. En una de sus puertas, ferradas de bronce, se ve aún un cáliz grabado, de pie pequeño y corto y de ancha copa, parecido á otro muy antiguo que conservan en Nuria. En su copa lisa están grabados dos pequeños cálices de la misma hechura, que no sé lo que pueden significar.

Sobre la puerta del E. se ve, acompañando una cruz, esta inscripción griega: «Tu reinado, oh, Cristo, es un reinado eterno, y tu reino dura á través de todas las generaciones.»

Uno de los tres minaretes, el más parecido á nuestros campanarios, se llama *Medinet Isa* (Minareta de Jesús). ¿Volverá á ser la mezquita templo de Jesucristo? Dios lo sabe, pero por ahora nuestra religión avanza poco, si no retrocede, en Damasco; pues por el fanatismo de sus habitantes, han huído muchos católicos y cristianos de todas sectas, desde las matanzas de 1860, y ahora viven en un barrio aparte, cerca de la muralla, por donde fué descolgado San Pablo, preparados á seguirle en cuanto la tempestad amenace. No obstante, el fanatismo musulmán mengua cada día. En medio del gran patio de la mezquita, sostenida por dos filas de columnas, hay una casita donde creen los moros que se conservan los vasos sagrados y todo el tesoro del templo cristiano, tal cual fué dejado allí, al tomar ellos posesión.

El sepulcro de San Juan está dentro la antigua Basílica; es de mármol, cubierto de seda bordada y rodeado de una balastrada de bronce dorado.

Yendo á ver el barrio Meindan, en el ensanche de la ciudad, pasamos por cerca de la mezquita Djama-es-Senámeh, que tiene un gentil minarete cubierto de ladrillo verde.

Es notable el convento de los derviches y la mezquita donde se reúnen todos los jueves para efectuar sus extrañas evoluciones. Tiene dos anchos patios rodeados de columnas de mármol. En uno de ellos, rodeado de habitaciones gratuitas para los pobres, donde se les reparte la comida diariamente, hemos visto una niña de catorce años, circasiana, tácitamente destinada á la venta por sus mismos padres!

La tumba de Saladino está en una pequeña mezquita; era de madera ricamente labrada hace cuatrocientos años, como la de su visir que estaba á su lado; mas sus descendientes han tenido el mal gusto de deshacerla para cubrirla de magníficos mármoles, pero sin arte. Está cubierta con un gran tapiz, y en la cabecera hay un gran turbante verde y una bandera roja.

Siguiendo el Baradá abajo, hacia la ciudad, se encuentra cerca de una calle, un plátano de 12 metros de circunferencia. Dicen muy seriamente los musulmanes, que lo plantó el profeta Alí, al pie de una fuente que hizo brotar de tierra de un golpe de lanza. Le llaman el Árbol Santo, y al anochecer le iluminan

con una pequeña linterna triangular que cuelgan de sus ramas.

Visitamos dos casas, una cristiana y otra judía; su puerta de entrada y el corredor que la sigue son sencillos y pobres como los de cualquiera otra de la calle; aquello es una máscara fea que oculta una hermosa cara. El corredor desemboca á un patio enladrillado de mármol, con un bello surtidor en el centro, que deja caer sus aguas en una alberca rodeada de tiestos de flores, de palmitos y rosales sombreados por algún naranjo ó desmayo. En una de las cuatro paredes, pintadas ó cubiertas de mármol, se abre un estrado, cubierto con una bóveda apuntada y rodeado de un diván. Este aposento tiene otro á un lado, cubierto el piso y las paredes de mármoles de varios colores, donde la graciosa línea arabesca juega con los colores de oro y plata y piedras preciosas, que adornan también y enriquecen maravillosamente el techo. El piso es de desigual altura; en la parte baja, destinada á los esclavos y criados, hay también una pequeña piscina de donde brotan dos ó tres hilos de agua, llenando de murmullos la habitación, y en la otra, cubierta de tapices de Persia y bordados orientales, están sentados los señores fumando el narghilé ó tomando café en tazas tan pequeñas como cáscaras de avellana.

Es digno de ser visto por su situación el café de Hamara; está rodeado, como una isla, de las aguas del Baradá, á la otra parte de las cuales se vé el trozo más hermoso y monumental de la muralla, hecha por

los moros y adornada con frases del Corán, con caracteres cúficos.

Las costumbres y vestidos orientales se conservan aquí con alguna pureza. Las mujeres, como las de Jerusalem, van cubiertas con un gran manto blanco y se cubren la cara con un velo. El traje de los hombres es tan bonito como variado; he visto algunos beduinos, que no deben ser pobres, vestidos con pieles de gacela. Dicese que sus mujeres y todos los de su tribu van vestidos así.

En los bazares de tapices de Persia, sederías, pitas y bordados de Damasco, se ven inapreciables y bellísimas. En las ropas, como en los muebles y en las habitaciones, combinan las líneas en infinitas variantes, produciendo maravillosos efectos.

Cerca de la gran Mezquita está el bazar ó calle de los tapines ó chinelas. El lienzo ó cuero bordado está clavado á una sola madera de caoba, que descansa sobre dos travesaños, más ó menos altos, según la dignidad de que goza en la casa la mujer que los compra. Los hay de palmo y medio de altura, de modo que deben caminar como sobre chanclos. De incrustaciones rameadas de nácar, no hay más que pedir.

Antes de decir adios á la ciudad, quisimos verla desde el Salgie, punto que desde el pie de una montaña domina de cabo á cabo aquella fértil y hermosa llanura, verdadero oasis, por el cual deben suspirar los árabes atravesando los desiertos de la Siria.

Salimos á las seis de la tarde en diligencia, donde encontramos al más pequeño de los hijos de Abdel-Kader, en quien respetuosamente saludamos la sombra de su padre, tan grande en las guerras de Argel contra los franceses, como en la matanza de Argel, protegiendo, ocultando en su casa y amparando con su bandera y con su nombre á los cristianos perseguidos.

Desgraciadamente sabía él tan poco de italiano y francés, idiomas con que intentamos hablarle, como nosotros de árabe, lengua con que nos respondió. Mas no dejó de complacerle nuestro respeto y admiración por su padre, de quien le hablábamos, cabalmente al pasar por bajo la hermosa casa de campo donde murió.

Egipto, 19 Mayo.

Nos embarcamos en Beyruth en el vapor *Minerva*, del Lloyd austriaco. En él encontramos al Patriarca de Jerusalem, que venia de Chipre, donde había ido á restablecer, después de Pascua, su salud perdida. Nos habló de sus 24 misiones, allende y aquende del Jordán, y del fruto que sus misionistas alcanzan en esta parte de Palestina, que había sido cristiana, donde existen razas anteriores á la dominación árabe, que guardan como un débil recuerdo del Evangelio mezclado con cierta veneración á Mahoma. Se

lamentó de la falta de obreros en su gran viña, la primera y más inmediatamente plantada por Jesucristo. Nos hizo partícipes de sus esperanzas en el porvenir de aquel país y de su temor de que, con la civilización europea, vengan la corrupción y la duda á arrancárselas en flor. Nosotros le digimos el afecto con que guardábamos y llevábamos á Europa la palma que recibimos de su mano el domingo de Ramos, antes de dar tres vueltas, delante de él, al Santo Sepulcro. Nos despedimos en Jaffa recibiendo su bendición.

El día 25 arribamos en el mismo vapor á Alejandria, habiendo tocado el día antes á Port-Said.

Alejandria, 25 Mayo.

Llegamos al convento de Santa Catalina después de las doce, y es el único día del viaje en que no he podido celebrar la Santa Misa.

En la ciudad de los Ptolomeos no hay nada que recuerde su biblioteca de 500.000 volúmenes, ni su Gimnasium. De su célebre Pharum, que dió su nombre á todos los demás, y estaba construido en figura de torre, que se estrechaba á cada piso, hasta la altura de 400 pies, dícese que se descubren algunos restos en el fondo del mar, en los días de bonanza.

Su monumento más notable es la columna llamada de Pompeyo, pero que fué erigida en honor de

Diocleciano. Su elevación es de 30 metros; la de su base, de granito rojizo y liso, es de 22 metros, por 9 de circunferencia.

Allí mismo estaba el Serapeum ó templo de Serapis, sin igual, después del Capitolio de Roma, y fué el lugar donde se dió la última batalla entre el cristianismo naciente, ya dueño del mundo, y el paganismo agonizante. Mientras los dos partidos estaban con las armas en la mano dispuestos á embestirse, leyóse el decreto imperial que mandaba la destrucción de los ídolos. Son interesantes las vistas del canal del Nilo, de las mezquitas y la del puerto y jardines coronados de palmeras.

El templo de Santa Catalina es grande y espacioso y tiene en su altar mayor un gran cuadro de la Santa disputando con los doctores del paganismo.

Allí se predica, se enseña la doctrina los días festivos en maltés, italiano, francés, árabe y en alguna otra lengua, por otros tantos Padres Franciscanos, que sirven de párrocos á las diferentes nacionalidades. Entre ellos hemos encontrado tres españoles, uno de ellos de Barcelona, únicos que hay en la ciudad, exceptuando una familia.

26 Mayo.

A medio día salimos de Alejandria, por el primer camino de hierro construido en Oriente.

La tierra es pelada y triste, y aquí y allá se esconde bajo una capa de agua salobre, por donde á veces se mete el tren y se arrastra como una formidable serpiente de agua que nos amenazase con alguna de las suyas.

Después el paisaje se anima y la naturaleza del Delta comienza á insinuarse: la llanura se prolonga y se extiende por todas partes sin el límite de una montaña grande ni pequeña, dividida como un mosaico, en verdosos huertos, húmedos prados y estancados arrozales, que aran los negruzcos búfalos con agua hasta la rodilla, como el felláh medio desnudo que los agujionea. Es la primera vez que veo ese feo animal, más bien anfibio, puesto por la Providencia aquí, donde el buey, y sobre todo el camello, compañero del árabe, son inútiles. Pasa las horas de reposo pastando en el prado, reveleándose en el fango ó nadando en el canal, donde se le ve asomar solamente parte de la cabeza para respirar. Tiene dos astas caídas hacia atrás, y no sé si diga aplanadas sobre el lomo, mas su cuello es tan flexible que, cuando embista, baja la cabeza hacia su pecho, y llega á apoyar sus terribles astas sobre la tierra, pudiendo recoger con ellas un pañuelo.

No se ve una espiga de trigo en los campos, todo está tendido sobre las eras, donde los búfalos ó los bueyes, ó unos y otros en buena compañía, lo batan con los pies y con una especie de trillo que arrastran, en el cual hay cuatro hileras de ruedecitas de hierro, que desgranán la espiga, trinchan, desmenuzan y

muelen la paja, dejándola como el tamo de nuestras eras. Encima de este trillo hay un asiento donde se acomodan, dirigiendo la rueda, los yegüeros de este país.

Las eras están al pie del pueblo, que no suele ser grande; y el pueblo al pie del canal, como el niño al pie de la ubre, y las criaturas del pueblo rabosean delante de la puerta de su casa de fango del Nilo, donde la madre cuece la frugal comida de los trilladores.

Los canales son innumerables y se dividen en arroyos y arroyuelos, formando cada cual una malla de una inmensa red extendida sobre el Egipto.

Por aquí veo que se hace del tejado de las casas desván de trastos viejos, donde ponen los cestos y muebles rotos y todo lo que estorba dentro y hasta parte de la paja, como si no fueran bastante pobres y repugnantes de sí aquellas covachas de barro seco.

Nafr-el-Zaiat.

A un cuarto de hora está Saiz, célebre en la historia de Egipto. Guarda entre sus ruinas un muro de 70 pies de altura y cincuenta de grueso. En ella había un monolito que para llevarlo de Elefantina estuvieron empleados, tres años seguidos, tres mil hombres: mas yo no la menciono aquí ni por el muro del templo de Neith, donde se celebraban los misterios de

Osiris, ni por el monolito, sino por haber referido á Solón uno de sus sacerdotes el hundimiento de la Atlántida.

Cairo, 25 Mayo.

El Káhirah, la victoriosa, puede apellidarse la Damasco de Mediodía y la perla de Oriente. Está sentada á la orilla del Nilo, en la punta del Delta, á los pies de la montaña de Mogattam, donde está situada su ciudadela, que parece tener un pie en los jardines de Egipto y otro en sus desiertos, como para velarlo todo.

Tiene su parte antigua, arabesca, oriental, de calles estrechas y tortuosas, de casas que avanzan sobre la calle, tocándose y formando puente con las de enfrente, de preciosas portadas, y dominado todo por los 400 minaretes de otras tantas mezquitas, la mayor parte de mármol, los más bien torneados, altos, esbeltos y airosos que han levantado los sectarios de Mahoma. Tiene bazares de ropas y muebles, bien que sus productos no tienen la originalidad y belleza de los de Damasco, mercados, cafés á millares, donde los árabes pasan las horas fumando el narghilé, cantando y conversando eternamente, como si no turiesen nada que hacer; hay 70 baños públicos y 300 fuentes ó cisternas.

Las mezquitas y muchas casas están rayadas de

blanco y rojo, respondiendo á la variedad de gente y de trajes que á sus pies se agitan. El lustroso negro de Nubia, al lado de su amo comerciante del país; el humilde Felláb tostado por el sol, detrás del soldado inglés blanco como un papel y rubio como los bizcochos que se hacen en la llanura de Vich; el agudador con cuba negra y goteando á la espalda; el enviado del cónsul que á caballo hace apartar la gente delante de la carroza, la fellahina vestida de azul y la ciudadana con su manto negro, que le dá apariencias de fantasma.

Heliópolis.

Apenas llegados, fuimos á ver el Sicomoro de la Virgen, aun cuando está á dos horas de distancia. Bellas son las mezquitas del Cairo, altas y grandiosas son las pirámides, mas para nosotros son más bellos y más altos los recuerdos de la Sagrada Familia en la tierra de los Faraones. Jesús, aquel infante que entró en Mathariyeh, en brazos de su Madre, es más grande que todos ellos; más que los Menés, Sesostris y Ramsés y más duradero que las 30 y tantas dinastías de los reyes de Egipto; él de una dedada las borrará todas con sus templos, palacios y ciudades inmensas, de un soplo hará caer sus ídolos, y únicamente por tumba les dejará la pirámide de Khéops.

Al extremo de la calle Meuski se encuentran los

vestigios de la ciudad ó ciudades antiguas, de las cuales solo quedan montones de tierra, polvo de barro cocido, en forma de pequeñas montañas de hora y media de largo. Toda la ciudad del Cairo, dice el P. Jullien, con sus 400 mezquitas y sus palacios sin número, si fuese derribada, apenas si formaría un montón como esos de que hablamos.

Llegados á *Mathariyeh*, nombre que significa agua nueva, lo primero que vimos fué el pozo milagroso; el agua no sale como algunas veces á flor de tierra, se detiene á tres metros de profundidad, y estando más alta que el Nilo, y no lloviendo en el país para darle vida, es considerada como la única verdadera fuente de Egipto. Hé aquí lo que dice la venerable Catalina Emmerich, viendo llegar la Sagrada Familia á este sitio: «Ellos no encontraban agua en ninguna parte y se sentaron fatigados al pie de un montículo de arena. La Santa Virgen rogó á Dios y vió brotar una abundosa fuente á su lado y regar la tierra al rededor. El trozo de terreno regado fué maravillosamente bendecido; fué de súbito cubierto de verdor, y el precioso árbol que produce el bálsamo, multiplicóse en gran manera. Aquel lugar fué célebre más tarde como á jardín de bálsamo.» El bálsamo ha desaparecido, mas no el recuerdo de Aquel que á él se compara con estas hermosas palabras: *Sicut balsamum aromatizans odorem Iledi.*

Los obispos coptos cogían en este jardín el bálsamo que entra en el crisma. El Sicomoro de la Virgen

que, según tradición, se abrió para ofrecerle escondrijo viéndola perseguida, hállase no lejos de la fuente. Según el P. Jullien, á quien debemos algunas de estas notas, el trozo que se desprendió del árbol para proporcionar refugio á la Virgen, cayó en 1656 y fué conservado como una reliquia en la sacristía de los PP. de Tierra Santa, en el Cairo. Su ancho tronco está aplanado por la parte de N. S., como si no quedase más que la mitad del árbol, tiene siete metros de circunferencia, ocho de alto y se inclina hacia el Norte como haciendo reverencia al infante Jesús, que de la parte del Norte vino á estas tierras. Esta circunstancia, unida á la de ser árbol frutal, háceme recordar la hermosa balada religiosa que me cantaba mi madre en un tiempo y en un pueblo ¡ay! bien lejanos.

El árbol maravilloso está rodeado de una cerca enramada de aromosos jazmines. Sus ramas (en esto y en su belleza parecen imagen de la Virgen, plantada en el jardín de la Iglesia), sus ramas están tan bajas que se puede coger el fruto y las hojas con las manos. Sus hojas se hallan tan verdes como si el árbol de 2000 años acabara de cumplir dos primaveras. El Sicomoro había sido cedido á la Francia, mas ha quedado como propiedad del Kedive; no obstante, los padres jesuitas han puesto un pie en el jardín y han tomado posesión del mismo, edificando sobre una Cueva de Lourdes una capillita de la Sagrada Familia.

El hermoso cuadro del altar representa la Virgen

sentada bajo el Sicomoro; Jesús desde su falda la mira sonriendo y con su manecita le muestra una fuente que acaba de brotar de tierra en gracioso surtidor, donde San José llena una ánfora egipcia. A los pies de la Virgen hay una manta extendida con el capacity de las provisiones, la calabaza y el cayado de viaje y á su alrededor algunas flores, que son siempre las compañeras de María. A un lado se ve el obelisco de Heliópolis, y más lejos las pirámides.

Bajo la mesa del altar hay un ramo de frescas flores, sobre las cuales, mientras nos arrodillábamos, han ido á posarse dos golondrinas cantando, como si las flores y las aves supiesen, ya que los hombres lo ignoran, que hoy es la fiesta de la Sagrada Familia en Egipto.

A las cinco de la mañana, en Alejandria, hemos celebrado su misa especial de este país, y á las cinco de la tarde besamos sus pisadas, recordando la frase del Evangelio de San Mateo: *Et recessit in Egyptum. Et erat ibi usque ad obitum Herodis: ut adimpleretur quod dictum est a Domino per Prophetam dicentem: Ex Egyptum vocavi filium meum.*

El cuadro de la Sagrada Familia se encuentra en todos los templos, hasta en los cismáticos, en todas las capillas y en todas las casas cristianas, y confieso que no se ha apartado de mi memoria en todo el Egipto. En estas llanuras sin fin, abrasadas por el sol ó bañadas por el Nilo, aradas por el búfalo ó ba-

rridas por el temible Simoun, en sus jardines y en sus desiertos, siempre mi imaginación ha visto, más allá, al último término del horizonte, la silueta tan buscada por los pintores de la edad media, de un santo viejecito tirando del ronzal de un jumento y sobre él la Virgen llevando su hijo en brazos, como la había visto Isaias en forma de misteriosa niebla, *Dominus ascendet super nubem et ingreditur Egyptum.* Mas en ninguna parte se ve como aquí, junto á la fuente donde apagaron la sed, bajo el Arbol á cuya sombra descansaron y en el arenal afortunado que con su bendición convirtieron en jardín. En ninguna parte como aquí se vé al buen Jesús sentado en los brazos de su divina Madre, contemplado también por Isaias: *In die illa erit altare Domini in medio Egypti.* ¡Qué hermosos recuerdos! Aquí sacaría los brazos de los pañales Aquel que los había de extender en la cruz; aquí daría los primeros pasos Aquel que tantos habría de dar por la redención del mundo; aquí articularía las primeras palabras aquella voz divina que había de desvelar á la dormida humanidad y debía ser escuchada por todos los ámbitos de la tierra. La oración que del corazón brota á mis labios, postrado ante el cuadro de la Sagrada Familia, es un versículo del himno de Zacarías: *Per viscera misericordie Dei nostri: in quibus visitavit nos, illuminare his, qui in tenebris et in umbra mortis sedent.*

A la sombra del Arbol Sagrado, en su día, no hemos encontrado más que dos mujeres del país, una

de las cuales nos ha parecido mora; junto á la fuente y en los jardines, los grupos de gente se empujaban, y las carrozas llenas iban y venían del Cairo, sin parar un momento.

A 200 pasos del Arbol de la Virgen, se halla el Sicomoro de San José; su tronco está hueco y tiene siete metros de circunferencia.

Heliópolis, la ciudad del Sol, en cuyas ruinas dicen que habitó también la Sagrada Familia, hállase situada á un cuarto de hora.

En las dependencias de su templo, centro de los conocimientos de aquellas épocas lejanas, donde estudiaron Moisés y Platón, vivían 10.000 personas. Tenía delante dos hileras de esfinges de granito, de 22 pies de altura, levantadas por los primeros Faraones.

Solamente queda el obelisco de 20 metros de altura, teniendo 3 de base, bajo tierra, sobre un pedestal de 8. Es el más antiguo de Egipto.

Cairo, 24 Mayo.

Muy temprano pasamos el gran puente del Nilo, que abren cada medio día para dar paso á los barcos, y nos dirigimos á las pirámides de Gizéh por una carretera buena y cómoda, mas despejada de toda poesia; sería más bello ver acercarse esos gigantes de una raza perdida, por entre palmeras, mal sembradas, aquí y allá, desde las sinuosidades de un camino de herradura; mas la carroza, que así se llaman los coches en Egipto,

to, nos ha dejado ya á los pies de la pirámide de Khéops, la reina de las cien pirámides, que derechas ó por el suelo, enteras ó medio arruinadas, existen aún en Egipto. Al verse de pronto á los pies de la montaña de piedra, la única levantada por la mano del hombre, siente uno como una extraña impresión de terror y de frío, diferente á la que producen otras montañas levantadas, amasadas, amoldadas y vestidas por la mano del Creador. El rey que amasó ésta con la sangre de sus vasallos, parece que con la muestra de su poder y de su grandeza, haya puesto también algo de la pequeñez humana. El alma de este formidable cuerpo, no es un Dios ni un ídolo, ni un *sancta sanctorum*, ni un sagrario, son sus mismas cenizas; ¡mas qué sepultura aquí, junto al río que ha visto caer y sepultar tantos pueblos é imperios! ¡qué túmulo levantado en la garganta del desierto, como desafiándolo con sus fieras y vientos y tempestades! ¡qué vigia para ver llegar el Simoun que ha de barrer de polvo y gente tantas y tantas veces esta tierra!

Apenas llegados y al subir á la pirámide, vinome á la memoria el recuerdo de la montaña de Montserrat, donde he subido algunas veces tal día como éste, y hoy ha querido Dios que aquí celebráramos la misa y el rezo, que han hecho volar hacia ella mi corazón, que sabe bien el camino y que allí le tengo aún prisionero.

Los enormes peldaños de rocas que hay aquí me recuerdan los de allá cubiertos de yedra y zarzaparrí-

lla; á veces alargando la mano á un peñasco, me extrañía no encontrarme la mano perfumada de romero, y al volverme para reposar, pareceme que he de ver las cimas de Vacarisses, y San Lloréns del Munt, y que ha de ser el Llobregat el rio que se presenta á mis ojos, como una pieza de lienzo azul, medio rasgada y con sus hilachas y girones extendida sobre el verdadero Delta.

Los ágiles beduinos que me ayudan á subir arrancan mi espíritu de la montaña catalana, tirando y empujándome hacia arriba, y comenzándome á hablar del *bakchiche* de la manera más prosaica del mundo. Se sube por la banda del E. y siempre por el mismo punto, de manera que el camino es conocido y transitado. Los escalones son de altura desigual, mas las piedras de cada uno guardan el mismo nivel en las cuatro caras del edificio. No están así alineadas las piedras en la parte que dá hacia fuera; y habrán contribuido á esto la naturaleza de la piedra, las lluvias y vientos; y tal vez fueran ya dispuestas así para recibir otra capa superior de piedra que la revestía, presentando la superficie uniformemente lisa, como todavía se vé en la parte alta de la segunda pirámide, que ha sido menos maltratada. La altura vertical de Khéops, es de 137 metros; la de la base, medida sobre el plano inclinado, de 137. Su cima está desmochada de una veintena de metros, de modo que forma un pequeño rellano, desde el cual se goza de un sin igual espectáculo.

Delante tenemos extendida la verdosa llanura, estrecha aquí, que riega el Nilo dejando correr y desparramarse en rios y riachuelos sus bendecidas aguas. La salpican pequeños pueblos y ruinas y la domina desde la otra ribera el Cairo con su multitud de casas coronadas de minaretes. A esta orilla del Nilo, á mano derecha, se levanta una hilera de pirámides, la de Abouroach, las de Abousir y las de Sakkaráh, digna cabecera de Memphis. Todas ellas, como la que tengo á los pies, miran la cuenca del Nilo desde el desierto, que llena todo lo restante del horizonte limpio, barrido, sin un árbol ni una niebla, dividido solamente por montículos de formas indecisas y arrugas de arena, como para recoger mejor los rayos y el calor del sol, que se eleva al medio día.

Vista la pirámide, aunque de prisa y corriendo, por de fuera, fuimos á verla por dentro. Entrase por una rampa de un metro 20° de altura y de una inclinación regular. La puerta es de 20 metros de altura. La galería, al llegar á las raíces de la pirámide, se bifurca, y una rama se hunde unos cuantos metros en la tierra, no se sabe por qué. Herodoto habla de un canal que conducía el agua del rio al interior de la pirámide, mas no se encuentra ningún rastro; la otra sube unos 25 metros hasta una galería mucho más espaciosa, que se bifurca también, y de sus dos ramas, una conduce á pie llano á una cámara, llamada de la Reina; la otra, de cinco metros de largo, la más difícil y peligrosa, continúa la rampa de la segunda galería,

hacia arriba, y da á un vestíbulo de 5 metros de altura, 10 de largo y 5 de ancho, llamado Cámara del Sarcófago. Aquí estaba la momia real. Las dos están hechas de enormes piezas de granito; las graderías de caliza muy compacta, que parece mármol, y todo lo restante está trabajado y ajustado de una manera admirable.

Como un perro á la puerta de su casa, delante de la pirámide de Khéphreu está echada la misteriosa esfinge de roca viva. Su cara humana es, desde la barba á la frente, de 9 metros, y 57 su largo desde la cola hasta el extremo de los pies de delante, que ahora acaban de ser desenterrados. Grupos de muchachos de ambos sexos, separados, prosiguen aún en el trabajo dándose prisa, cantando el jefe de ellos como una letanía sobre Alha, y respondiendo el coro con una palabra también de alabanza á Alha ó á su profeta. Con cánticos semejantes se ayudan en los más penosos trabajos los negros de Cuba.

A 200 pasos de la Esfinge, más bajo que ella, totalmente bajo el nivel de la tierra, está el misterioso templo de granito descubierto por M. Mariette. Tiene tres cámaras y está construido de enormes piedras de alabastro y granito, alguna de ellas de 5 metros de largo.

Entre estos dos monumentos acaba de descubrirse otro no menos extraordinario, consistente en una cavidad sepulcral, abierta en la roca, de unos diez metros de hondo, cuyas paredes, talladas también exteriormen-

te, quedan independientes, formando un edificio cuadrangular de roca. En ellas, á media alzada se ve el nicho y hasta la caja de uno de los difuntos, allí enterrados. Saliendo de las pirámides fuimos á visitar el Museo de Boulag, tan notable como ellas. Lo vimos á vista de pájaro, y esto y lo complicado del asunto, nos dispensa el decir nada, mas no de manifestar la admiración por un pueblo que á través de tantos siglos nos ha dejado tantas muestras de su manera de ser, de sentir y de pensar. Entre las momias conocidas de tres y hasta de cuatro mil años, muéstrase la de alguno de los Faraones, del cual aún se pueden ver la estatura, los dientes, los cabellos, el continente y fisonomía, como de una persona que acabe de morir. Entre los muebles, utensilios y objetos de aquellas épocas se ven vestidos, sandalias, peines, tamboriles, vasos, sillas, una escoba, un nivel, cuerdas, armas de sílex y hierro de todas clases, anillos, arracadas y joyas de oro y piedras finas y, lo que es más extraño, granos y frutos, cebada, trigo, lino, racimos, etc.

Con sentimiento salimos de Boulag, donde podría pasarse un mes viendo siempre cosas nuevas, y nos dirigimos al Cairo viejo, donde una tradición coloca una habitación donde la Sagrada Familia vivió algunos años. Santa Elena hizo construir allí una iglesia, mas ya no queda rastro de ella. Solamente puede contemplarse el sitio, dentro de un subterráneo, donde la Virgen ponía al Niño Jesús. La bóveda está sostenida por ocho columnitas y en el fondo hay un altar-

cito donde en otro tiempo podía celebrarse misa; hoy está en poder de los coptos, que allí, en un rincón de la cripta, tienen la pila bautismal, ancha y honda, pues bautizan aún por inmersión.

Según una piadosa leyenda, al pie de esta cueva había una palmera que se inclinó para ofrecer sus dátiles á la Virgen.

En el Viejo Cairo está la mezquita de Amrou ó de las 300 columnas. Dos hay á mano izquierda de la puerta, entre las cuales, pasando, creían recobrar las fuerzas y la salud los soldados moros enfermos en la última guerra.

Otra se ve que tiene una depresión, causada, según la creencia musulmana, por un empujón ó golpe que le dió Omar lanzándola por los aires desde la Meca aquí. Es la mezquita más antigua de Egipto.

Después de la más antigua fuimos á ver la de Mohammed-Alí, que algunos tienen por la más bella, siendo solamente la más rica, pues los arquitectos se han inspirado en las grandes mezquitas de Constantinopla. Las columnas que sostienen la cúpula, y las paredes, por fuera y por dentro, están revestidas de alabastro de tintas pálidas. Más que de mezquita tiene aire de basilica bizantina; de manera que se comprende lo que dijo al verla un obispo francés: «Me alegraría poder celebrar de pontifical en este templo y morir.» Esta mezquita está enclavada dentro la Ciudadela, obra del terrible Saladín, desde la cual se domina la ciudad, como la de Barcelona desde Mont-

juich. No podemos entrar en la mezquita de Hassan por estar cerrada y no poder encontrar al llavero.

Gam' á el-Azhar, *mezquita espléndida*, es la casa de la oración y la universidad del Egipto y del Oriente; 300 profesores enseñan á 9.000 estudiantes venidos de las cuatro partes del mundo musulmán, y muchos de ellos son mantenidos y viven en el mismo establecimiento. Este está dividido en un gran patio rodeado de columnas, que tiene en medio algunas albercas para las abluciones; á un lado dos mezquitas, una de ellas de 380 columnas de mármol granito y pórfido y 1.200 lámparas; á los otros lados, salas y corredores, donde están alojados los escolares por nacionalidades.

Estos están sentados en tierra, sobre una estera, con una hoja del Corán en las manos, leyéndolo en voz alta y aprendiendo de memoria la lección, cabeceando sin cesar hacia atrás y hacia delante.

No vimos más que una aula formal, donde unos cincuenta discípulos formando cuadro, escuchaban al maestro, que, sentado en tierra, como ellos, les dirigía fogosamente la palabra.

Antes que las últimas mezquitas, hemos visitado las principales iglesias y establecimientos religiosos, acompañados del P. Plácido, Franciscano alemán, que predica en cuatro lenguas y habla algunas más, entre ellas la española. Es hombre sumamente amable, de muchos conocimientos y cualidades. Había sido oficial del ejército, y aún se le conoce cuando se entusias-

ma. Era capellán en la guerra contra Francia, y ahora, desde que los PP. de Tierra Santa se han puesto bajo el protectorado de la mencionada nación, conociendo bastante las intenciones del gobierno republicano, ha de entonar cada fiesta después de la misa mayor el *Domine salvam fac rempublicam nostram*; y cuando el cónsul asiste de gala tiene que repetir, cantando, la deprecación tres veces.

Al mismo lado del convento de Franciscanos, hay dos ó tres frailes de la misma orden reformados, y su capilla es la de los pobres coptos convertidos al catolicismo. En el altar hay un hermoso cuadro de la Sagrada Familia llegando á Egipto; los ídolos caen de sus pedestales, y los mismos obeliscos y las pirámides parecen temblar de miedo. El pintor, conocedor de la sencillez de los coptos y de que les haría buen efecto, colocó entre las palmeras, recibiendo la Sagrada Familia, los Santos que ellos más estiman, Santa Catalina, San Francisco y San Antonio.

Los coptos, como dice M. Isabert, son el resultado de la mezcla de todas las naciones que han dominado el Egipto. Encuentra uno en las viejas estatuas y hasta en las momias alguna cosa de su fisonomía. Era un pueblo numeroso, mas se ha ido fundiendo con el árabe y hoy no restan más que unos 150.000, 10.000 de los cuales viven en el Cairo. Todos son cristianos, mas de la secta de Eutyches, esto es, no reconocen en Jesucristo más que la naturaleza divina. Son muy ignorantes y, por tanto, fanáticos. Mas,

se puede sacar parrido y ¿quién sabe si en la disolución en que están los reinos musulmanes, han de tornar al rebaño de Jesucristo?

Confieso que he tenido un inmenso placer al visitar á los PP. de la Compañía de Jesús de esta ciudad, cuando he visto desfilar entre los jóvenes que educan para el sacerdocio, ocho ó diez coptos. ¿Quién sabe si serán el grano de mostaza del Evangelio, que se convierte en un gran árbol? ¿Quién sabe si de esos jóvenes ha de salir el apóstol de su raza?

Otra milicia tiene el catolicismo en el Cairo y es la de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que tienen siempre y ya hace 30 años, un millar de niños, entre católicos latinos y de todos los ritos orientales, cismáticos, griegos, coptos, armenios, abisinios y protestantes, moros y judíos. A todos obliga á aprender la Doctrina y moral cristianas, y no son pocas las veces que un israelita ó un musulmán se lleva el premio y, como generalmente los niños aprenden primera y segunda enseñanza, tornan á la casa de sus padres con el espíritu formado por Jesucristo; estos niños van á llenar las oficinas y primeros lugares del Estado; uno es oficial del ejército, otro juez, otro pachá, y aun cuando no se pasen á los cristianos, cosa difícil aquí, ya que se oponen leyes y preocupaciones terribles, llevan alguna cosa de Cristo á una sociedad que no le conoce; apagan el fanatismo de falsas religiones y sectas desencaminadas y preparan el campo y el auditorio á los predicadores del Evangelio. No puedo

hablar de todas sus conquistas; solo diré que uno de los hermanos más estimados de la congregación, es hijo de una de las principales familias del Cairo, y que un joven médico, salido de esta escuela siendo todavía moro, bautizó muchas criaturas musulmanas, *in articulo mortis*, abriendo las puertas del cielo, á los otros, antes que á sí mismo. No puedo callar una escena que nos refirió, sentados á la mesa, mientras cenábamos, el Superior. Repartió un día estampas á los niños cristianos: un estudiante moro lo miraba y miraba al mismo tiempo una estampa que le quedaba representando á Jesús, atado á la columna y llagado, dejando relampaguear en sus ojos la esperanza de que se la diese. Viendo que no se la daba, acercósele respetuosamente y se la pidió. — ¡Qué! Tú que eres mahometano, —le dijo el Superior, — ¿me pides la imagen de Jesucristo? ¿Será acaso para escarnecerla? — *Mon fraire*, vos no me conocéis, —le respondió mostrando los ojos llenos de lágrimas y al mismo tiempo arrancándole la estampa de las manos y besándola — ¡vos no me conocéis! ¿Mofarme yo de mi Dios y Señor? — Y volviéndola á besar se la llevó á su casa. También yo senti humedecer mis ojos al oírlo referir, y ahora que lo escribo friamente, aún se me humedecen de nuevo. Jesucristo es en nuestros días y en nuestros países lanzado ingrata y cruelmente de muchas almas, mas encuentra refugio, trono y altar en muchas otras en tierras más agradecidas. Roguemos y esperemos.

Las hermanas terciarias de San Francisco, las del Buen Pastor y las damas de la Legión de Honor, cuidan de la educación de algunos centenares de niñas, especialmente de las huérfanas.

Buena compañía nos tenía dispuesta la Providencia para las dos ó tres travesías que hemos tenido que hacer en nuestra peregrinación á Tierra Santa. Llegamos por primera vez con la del P. Eusebio Farnezin, Visitador de la Orden Franciscana de Palestina, que nos dejó edificadas, no solamente con su conversación continua de las cosas del cielo, sino hasta con sus maneras y aire de Santo. Con él tuvimos la dicha de ir por mar desde Port-Said á Jaffa, y por tierra, desde Jaffa á Jerusalem. La segunda vez que pasamos por Jaffa, veníamos desde Beyrout con el Patriarca de Jerusalem, alma pura, tranquila y hermosa, que dedicada á evangelizar de nuevo la Palestina, vive haciendo bien á todos como Jesucristo, *pertransiit benefaciendo omnes*. Viniendo de España á Port-Said gozamos de la compañía gratísima é inolvidable de doce PP. Capuchinos que iban á cristianizar las Carolinas, uno de los cuales fué llamado á recibir el premio de su abnegación y sacrificio antes de llegar al término de su viaje, muriendo á la entrada del Mar Rojo, cuatro dias después de despedirse de nosotros.

Ahora, de regreso á España, nos toca todavía compañía mejor, la de un mártir de la fé, el Ilmo. Berrio Ochoa, Vicario apostólico del Tonkin Central, decapitado por la fé en 1861.

Los seis sacerdotes que nos encontramos á bordo del *Isla de Luzón*, celebramos cada día el santo sacrificio de la Misa sobre sus cenizas, colocadas en un receptáculo canónicamente y puesto bajo el ara del altar, para tenerles más presentes al pronunciar aquellas palabras del introito: *quorum reliquie hic sunt*. Sobre el altar, á derecha é izquierda del Santo Cristo, tenemos dos fotografías de cuadros de su martirio. Su inseparable compañero, era nuestro compatriota, el P. Almató, que llama *angelical* la biografía del obispo de Centuria, que acaba de publicarse.

¿Mas, por qué no vienen juntos á la madre patria, después de muertos, los que no se separaron en vida? ¿Por qué el padre torna sin el hijo? ¿Por qué Cataluña no reclama las reliquias de su ilustre mártir, el P. Almató, como Vizcaya las del P. Berrio Ochoa? La venida de éste y su pasaje por nuestra tierra creemos que despertará la memoria del otro, y sus adorables cenizas vendrán á honrar al dichoso pueblo que nacer le viera.

Día de la Ascensión.—1886.

Gracias á Dios, estamos de regreso; el verdoso Montseny, con algun fleco de nieve aún sobre su frente, se ha dejado ver hace rato tras el Mont-Negre. Bajo la serranía de los Tres Turons y Burriach se ven los pueblos de la costa alineados junto al agua que

les da vida. El espadado Montjuich nos muestra su dorso de monstruo marino y no tardan á descubrirse los campanarios, palacios y muros de la ciudad querida que se asienta en su gigantesca falda. Estamos en nuestra casa, de regreso del viaje que más deseaba nuestro espíritu. Para el cristiano y para el sacerdote que viene de Palestina, ¿qué otro viaje puede haber más interesante? Hemos ido á buscar algo más de lo que acostumbran buscar los que navegan, algo que vale más que el oro y la plata, y lo hemos encontrado y lo traemos. Venimos cargados de recuerdos preciosos de aquellos que no se olvidan, hasta las imágenes de los divinos personajes de la Historia Sagrada nos van siguiendo. ¡Dulce suceso! Al embarcarnos en Suez, encontramos el cuadro de la Sagrada Familia, que en Egipto encontrábamos y veíamos por todas partes, y delante de él hemos celebrado misa todos los días hasta llegar á Barcelona, donde la trinidad de la tierra tendrá dentro de breves años, tal vez, el templo más grande y más hermoso que tiene en el mundo. Con tan buena compañía, y sobre todo con tan buena guía como llevamos hoy al puerto de la patria, ojalá podamos atravesar el mar de la vida, y libres de todas sus tempestades y escollos, llegar al puerto de la patria celestial.

FIN.

Diario de un Peregrino—41



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA SELECTA

Colección de obras de los mejores autores nacionales y extranjeros

Á 2 REALES TOMO.

OBRAS PUBLICADAS

| | Vols. |
|--|-------|
| <i>Viaje alrededor de mi cuarto y Excursión nocturna alrededor de mi cuarto</i> , por J. Maistre (3. ^a edición) | 4 |
| <i>Werther</i> , por Goethe (3. ^a edición) | 4 |
| <i>Aventuras Maravillosas</i> , por Edgard Poe (3. ^a edición) | 4 |
| <i>Avatar</i> , por Teófilo Gautier (4. ^a edición) | 4 |
| <i>Leyendas de Oro</i> , por T. Llorente (3. ^a edición) | 4 |
| <i>El Endemoniado</i> , por C. Dickens (3. ^a edición) | 4 |
| <i>Hugo el Lobo</i> , por Erckman Chatrian (2. ^a edición) | 4 |
| <i>Amorosas</i> , por Teodoro Llorente (3. ^a edición) | 4 |
| <i>Baladas</i> , por Walter Scott (2. ^a edición) | 4 |

| | vols. |
|--|-------|
| <i>Cántico de Nochebuena</i> , por C. Dickens. | 1 |
| <i>Cuentos de los Vosgos</i> , por Ereckman Chatrian. | 1 |
| <i>Novelas Alemanas y Escandinavas</i> . | 1 |
| <i>Vencido!</i> , por Mme. Emilio de Girardin (2. ^a edición). | 1 |
| <i>La Reina de Saba</i> , por T. Bayley Aldrich (2. ^a edición). | 1 |
| <i>Doloras</i> , por Ramón de Campoamor. | 1 |
| <i>El mundo tal y como será en el año tres mil</i> , por Emilio Souvestre (2. ^a edición). | 2 |
| <i>El Progreso</i> , por Emilio Souvestre. | 1 |
| <i>Cuentos flamencos</i> , por E. Conscience. | 1 |
| <i>Dos episodios</i> , por E. Vichert. | 1 |
| <i>El Título de propiedad</i> , por E. Eggleston. | 1 |
| <i>Federico el guardabosque</i> , por E. Chatrian. | 1 |
| <i>Cuentos suecos</i> . | 1 |
| <i>Aventuras de un niño calavera</i> , por Bayley Aldrich. | 1 |
| <i>Espírita</i> , por Teófilo Gautier. | 1 |
| <i>Croquis americanos</i> , por Bret Harte. | 1 |
| <i>Los pequeños poemas</i> (1. ^a serie), por Ramón de Campoamor.—El tren expreso; La novia y el nido; Los grandes problemas; Dulces cadenas; La historia de muchas cartas; El quinto no matar; La calumnia; Dichas sin nombre; Como rezan las solteras; El anillo de boda; Los amores de una santa. | 1 |
| <i>Doble amor</i> .—Margot, por Alfredo de Musset. | 1 |
| <i>Relatos breves</i> , por Felipe Mathe. | 1 |
| <i>Fantasías</i> , por Carlos Dickens. | 1 |

| | vols. |
|--|-------|
| <i>Historia de una Momia</i> , por Teófilo Gautier. | 1 |
| <i>Los pequeños poemas</i> (2. ^a serie), por Ramón de Campoamor.—Los buenos y los sabios; D. Juan; El trompo y la muñeca; La gloria de los Austrias; Los amores en la luna; La música; La lira rota; Los amorios de Juana. | 1 |
| <i>Los pequeños poemas</i> (3. ^a serie), por Ramón de Campoamor.—Por donde viene la muerte; El amor y el río Piedra; Las tres rosas; Las flores vuelan; Utilidad de las flores; Los caminos de la dicha. | 1 |
| <i>Escenas de Cuartel</i> , por Federico de Madariaga. | 1 |
| <i>Colón</i> . Poema de Ramón de Campoamor. | 1 |
| <i>Páginas rusas</i> , por el conde León Tolstoi. | 1 |
| <i>Majaderías</i> , por Enrique Gaspar.—Contiene este tomo: Las corridas de toros; Una carta del demonio; Una apuesta; Un baño; Una culebra; La artillería postal; Una barba en Hong Kong; Los martigues; Lo; Las narices; El principio; El pudor de los sentidos; Rótulos, anuncios, epítafios y otras menudencias; Un puñado de anécdotas; Carta á mi sobrino; Veintidós días de pueblo; El reloj; Bailar; La fisonomía de los guarismos; Las hojas; Un cuento de Ayala; Por el hilo se saca el ovillo; La policía rusa; El revés; La mano; Una jugada célebre; Las botas del difun- | 1 |

| | |
|---|---|
| to; Una teoría de Camilo Flammarión; Orestes furioso; Un presentimiento; Los perros. | 1 |
| <i>Más majaderías</i> , por Enrique Gaspar. | 1 |
| —Contiene: Camilo Flammarión; La pena de muerte; El mono; Seamos justos; Los adjetivos; Tengo el gusto de presentar a mi amigo...; Carta de uno que hace papel, á otro que lo emborriona; Con los ojos cerrados; El amigo de confianza; Los de encima; El suicidio; Quiero y no puedo; Los versos en el teatro; ¿Existe el valor?; Los dioses falsos; Los pecados capitales que se llaman mortales, son siete; Cómo se hacen las obras dramáticas; Cuánto; La gran comedia. | 1 |
| <i>Humoradas</i> , por Ramón de Campoamor. | 1 |
| <i>Más relatos breves</i> , por Felipe Mathé. | 1 |
| —Cosas de la vida.—Cadenas rotas.—Casa modelo.—Caza mayor.—Inútil para el servicio.—Matemáticas puras.—¡Pater!—Genio y figura...—Plaza sitiada, plaza tomada.—El nudo gordiano.—Caso de conciencia. | 1 |
| <i>Cuentos del día de Reyes</i> , por G. Dickens. | 1 |
| <i>Un Problema</i> , por Enrique Gaspar. | 1 |
| <i>Poesías</i> : Cartas amatorias—Églogas—Los besos, por el P. Arolas. | 1 |
| <i>Barcelona en 1888 y París en 1889</i> .—(Narraciones humorísticas), por Carlos Frontaura. | 1 |
| <i>Doloras</i> , por D. Ramón de Campoamor. (2.ª serie). | 1 |

| | |
|--|---|
| <i>Graziella</i> , por A. Lamartine. | 1 |
| <i>Cuentos de la calle</i> , por D. Alfonso Pérez Nieva. | 1 |
| <i>Viaje á Atenas, 1872-1875</i> , por D. Enrique Gaspar. | 1 |
| <i>El Enano negro</i> , por Walter Scott. | 1 |
| <i>Tiranías del corazón</i> , por Mme. Catherine Brabbent. | 1 |
| <i>El Drama Universal</i> , por D. Ramón de Campoamor. | 2 |
| <i>Bajo la parra</i> , por D. Salvador Rueda. | 1 |
| <i>Novelas cortas</i> , por D. Luis Cánovas. | 1 |
| <i>Cuentos escogidos</i> , por D.ª Emilia Pardo Bazán.—Contiene: El indulto.—Travesura pontificia.—Fuego a bordo.—Planta montés.—Nieto del Cid.—Bucólica.—Crimen libre.—Temprano y con sol...—El Premio Gordo. | 1 |
| <i>El Licenciado Torralba</i> , por D. R. de Campoamor. | 1 |
| <i>Diario de un peregrino á Tierra Santa</i> , por Mosén Jacinto Verdaguer. | 1 |
| <i>Nada entre dos platos</i> , por D. Enrique Gaspar. | 1 |

Seguirán:

| |
|--|
| <i>Cantos de la vendimia</i> , por D. Salvador Rueda. |
| <i>Para la noche...</i> , por D. Alfonso Pérez Nieva. |
| <i>Historia del Matrimonio</i> (Cuadros vivos matrimoniales), por D. Antonio Flores. |

El cielo alegre, por D. Salvador Rueda, precedido de un prólogo de D. José M.^a Pereda.

La *Biblioteca Selecta* se publica en volúmenes de 200 ó más páginas, elegantemente impresos y encuadernados en rústica, al precio de 2 reales en toda España.

Los pedidos se dirigirán al editor, Caballeros, 1, Valencia, y se servirán francos de porte á cualquier punto de la Península. El certificado es de cuenta del peticionario.

Esta casa no responde más que de los paquetes que certifica.

No se servirá ningún pedido si no se acompaña el importe.

- 30—*Fantasías*, por Carlos Dickens. 1
31—*Historia de una Momia*, por Teófilo Gautier. 1
32—*Los pequeños poemas* (2.^a serie), por D. R. de Campoamor. 1
33—*Los pequeños poemas* (3.^a serie), por D. R. de Campoamor. 1
34—*Escenas de Cuartel*, por D. Federico Madariaga. 1
35—*Colón*. Poema de D. Ramón de Campoamor. 1
36—*Páginas rusas*, por el conde León Tolstoi. 1
37—*Majaderías*, por D. Enrique Gaspar. 1
38—*Más majaderías*, por D. Enrique Gaspar. 1
39—*Humoradas*, por D. Ramón de Campoamor. 1
40—*Más Relatos breves*, por D. Felipe Mathé. 1
41—*Cuentos del día de Reyes*, por C. Dickens. 1
42—*Un problema*, por D. Enrique Gaspar. 1
43—*Poesías*, por el P. Arolas. 1
44—*Barcelona en 1838 y París en 1839*, por D. Carlos Frontaura. 1
45—*Doloras*, por D. Ramón de Campoamor (2.^a serie). 1
46—*Graziella*. (Recuerdos de la Juventud) por Alfonso de Lamartine. 1
47—*Cuentos de la calle*, por D. Alfonso Pérez de Nieva. 1
48—*Viaje á Atenas, 1872-1875*, por D. Enrique Gaspar. 1
49—*El Enano negro*, por Walter Scott. 1
50—*Tiranías del corazón*, por Mme. Catherine Brabant. 1
51 52—*El Drama Universal*, por D. Ramón de Campoamor. 2
53—*Bajo la parra*, por D. Salvador Rueda. 1
54—*Novelas cortas*, por D. Luis Cánovas. 1
55—*Cuentos escogidos*, por D.^a Emilia Pardo Bazán. 1
56—*El Licenciado Torralba*, por D. R. de Campoamor. 1
57—*Diario de un peregrino á Tierra Santa*, por Mosén Jacinto Verdaguer. 1
- Seguirán:
Cantos de la vendimia, por D. Salvador Rueda.
Para la noche..., por D. Alfonso Pérez Nieva.
Historia del Matrimonio (*Cuadros vivos matrimoniales*), por D. Antonio Flores.
El cielo alegre, por D. Salvador Rueda, precedido de un prólogo de D. José M.^a Pereda.

Próxima á publicarse

NADA ENTRE DOS PLATOS

POR

D. ENRIQUE GASPAR

La Biblioteca Selecta se publica en volúmenes de 20 ó más páginas, elegantemente impresos y encuadernados en rústica, al precio de 2 reales en toda España.

Los pedidos se dirigirán al editor de la Biblioteca, Caballeros, 4, Valencia, ó á las principales librerías de esta casa.

No se servirá ninguno si no se acompaña el pago.

Los correspondientes de Ultramar y extranjería tendrán libertad de señalar el precio que estimen conveniente.

Impr. de F. Vives Mora, Lancia, 20

PO
.V
D5
c.

O